



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES**

**CARLOS MARÍN
UN PERIODISTA
ANTE EL
ESPEJO**

**TESIS QUE, PARA OBTENER
EL GRADO DE LICENCIADO
EN CIENCIAS DE LA
COMUNICACIÓN
(PERIODISMO), PRESENTA:
VÍCTOR NÚÑEZ
JAIME**



ASESORA: MTRA. FRANCISCA

CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO DF, 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CARLOS MARÍN UN PERIODISTA ANTE EL ESPEJO

Víctor Núñez Jaime



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
Ciencias de la Comunicación (Periodismo)**

Mucho —a veces demasiado— es lo que escribimos los periodistas sobre los demás, pero poco es lo que nos atrevemos a escribir sobre nosotros mismos. (...) cuando se trata de mirarse al espejo, de explorar cómo funcionan las entrañas del oficio, no es mucha tinta la que corre. Ahí, la pluma se seca. Quizá sea porque la naturaleza del oficio está en ser especialista del prójimo y no en intérprete de sí mismo. Quizá sea porque la velocidad de las noticias y la adrenalina de los cierres no deja tiempo para pensar en lo que se hace. O, simplemente, porque no se quieren revelar secretos. Lo cierto es que aquella “casa de cristal” que debe ser el periodismo más parece un búnker de cemento. Es difícil concebir un periodismo que tira línea y pide transparencia en lo público y lo privado cuando no es capaz de abrirle sus propias puertas a los demás.

*Alejandro Santos Rubino, director de la revista
Semana (Bogotá, Colombia)*

*Los periodistas somos muy dados a la
autocomplacencia y muy poco a la
autocrítica; y desde luego la sola posibilidad
de que otros nos enjuicien, nos parece una
ofensa intolerable.
Manuel Buendía*

Í N D I C E

Introducción.....	1
De la entrevista y otros recursos utilizados en este trabajo.....	11
Carlos Marín. Un retrato con palabras.....	28
Carlos Marín entrevistado.....	36
Carlos Marín. Un periodista ante el espejo.....	40
Carlos Marín en las voces de otros periodistas.....	94
Conclusiones.....	132
Bibliografía.....	138
Anexo 1. Carlos Marín reportero, periodista.....	142
Anexo 2. Cuestionarios aplicados a los entrevistados.....	151

INTRODUCCIÓN

“La entrevista es el acto de la intromisión necesaria a esas existencias ajenas que nos dicen mucho de la nuestra.”

María de Jesús Casals Carro

La del periodismo es, como tantas otras, la historia de individuos cuya existencia ha incidido directamente en el ejercicio profesional. En consecuencia, el presente trabajo intenta individualizar a *uno* de los que se encuentran entre “la masa de los informadores”. Esta es la revisión de la trayectoria profesional de un periodista. Una historia de cuantas ha producido el mundo del periodismo, con experiencias demasiado valiosas como para que caigan en el olvido.

Resulta de particular interés saber la manera en que un reportero ha librado sus batallas diarias en el desempeño de su profesión, para luego revisar y analizar sus principales aspectos y retomar aquellos que nos sean útiles, pues en la particularidad de un reportero pueden concentrarse varias enseñanzas para un numeroso grupo de aspirantes a ser periodistas.

En *El camino de un reportero*, Manuel Mejido reflexiona sobre la necesidad de valorar la actividad de los informadores: “El ejercicio del periodismo es impersonal. Al lector le interesan las noticias, las opiniones, los reportajes, el relato de los hechos en una crónica. Con el diario en sus manos, nunca se detiene a pensar en el autor de ese trabajo. ¿Cómo lo hizo? ¿Fue un golpe de suerte? ¿Alguien lo ayudó? ¿Estaba cansado? ¿Fue fácil? ¿Quién es ese personaje anónimo no obstante la firma que precede el texto? El trabajo del reportero tiene nombre, pero es impersonal. (...) El reportero no es un receptáculo de la generosidad de los dioses. Tiene que luchar, sufrir, sacrificar, trabajar y defender siempre rabiosamente, si es necesario, el fruto de su esfuerzo.”¹

¹ Manuel Mejido. *El camino de un reportero*. p. 195

Veamos ahora en qué ha consistido la carrera de Carlos Marín, uno de los periodistas contemporáneos esenciales y representativos para comprender la vida política y el ejercicio periodístico en México durante el último tercio del siglo XX y los primeros años del XXI.

En su larga historia, el periodismo mexicano ha visto pasar a hombres y mujeres que han enriquecido con su labor las páginas de diarios y revistas. Sin embargo, pocas investigaciones en este campo han estado destinadas a rescatar la trayectoria de aquellos que han dedicado su vida a este oficio, no como intelectuales y escritores, sino principalmente como reporteros.

Esta investigación no pretende ser una simple apología. En la trayectoria de Carlos Marín hay claroscuros, episodios de su vida profesional con ambigüedades y contradicciones propias de un periodista cuyo temperamento está regido por la pasión en el desempeño de su oficio, en sus filias y en sus fobias. Pero poco alcanzan los reconocimientos si de lo que se trata es de trazar los vértices de un reportero que lo mismo despierta admiración en algunos que rechazo en otros.

Sirva este trabajo entonces para conocer los detalles del itinerario profesional de un personaje del periodismo mexicano gracias a su relato personal y el de quienes lo formaron, los que se formaron con él y los que han sido formados por él. Todo como un esfuerzo por presentar su labor en forma balanceada sin caer en glorificaciones o en críticas sin sentido.

“Todos —dice Jorge Ramos— tenemos una cacería pendiente. Todos. Algunos, los menos, atrapan a su presa; otros apenas logran identificarla; la mayoría sólo la ve pasar o la deja ir. Pero quien no atrapa a su león corre el riesgo de ser devorado por él. (...) Generalmente el tiro mortal lo damos con una pregunta bien puesta. (...) La cacería comienza identificando claramente al objetivo. ¿Quién es? ¿De qué se trata? ¿Vale la pena sacar al león de su guarida? Luego sigue el método. ¿Qué pregunto? ¿Cómo lo acorralo? Para terminar con la alquimia periodística. ¿Cómo transformar esta entrevista, esta investigación, esta información... en noticia? La actitud del que se lanza a la caza del león es vital: ojos bien abiertos, oídos atentos, captando por igual las palabras y el corazón, dedos flexibles, bailarines, sobre la computadora.”²

Yo elegí cazar a Carlos Marín porque me interesó saber cómo ha sido la labor de un periodista que al salir de las aulas comenzó su carrera entre una serie de colegas ya

² Jorge Ramos. *A la caza del león*. p. 17-19

“consagrados” y posteriormente se consolidó en medio de un contexto nacional e internacional que ha moldeado su ejercicio periodístico. Me propuse destripar su trayectoria periodística para luego sintetizarla y valorarla.

Toda investigación requiere de una metodología y de técnicas específicas para garantizar su desarrollo. ¿Cuál fue entonces el método que quien esto escribe siguió, esa serie de pasos a seguir para alcanzar la meta o el conjunto de procedimientos para obtener el resultado?

En primer lugar, me dispuse a poner en orden mis ideas para encontrar un tema concreto de mi interés y así saber buscar bien y trabajar sobre él. Para ello tomé en cuenta algo que tuviera que ver con mi proyecto de vida profesional: ser periodista. Aproveché los conocimientos adquiridos sobre el periodismo, la metodología, las técnicas de investigación y entonces comencé con una indagación preliminar. ¿Quién es Carlos Marín y en qué ha consistido su trabajo? ¿Qué hace de este personaje una especie de muestra representativa del periodismo mexicano contemporáneo? Después de leer su currículum detallado en la más reciente edición de su *Manual de periodismo* (Grijalbo, 2004), me dediqué a buscar en la hemeroteca sus principales trabajos. De esta manera, obtuve el marco de referencia.

Comprendí entonces que ocuparse de Carlos Marín y, por el momento no de otro (a), se justifica por sus aportaciones a la enseñanza y ejercicio del periodismo mexicano, desde su práctica por más de 30 años como reportero, editor, director y profesor. En consecuencia, consideré interesante y útil revisar el desempeño profesional de un periodista que ha proyectado y confrontado en su trabajo una activa manifestación de intereses políticos y sociales en el país. Precisamente, el desenvolvimiento de sus labores cobra mayor fuerza debido a la serie de acontecimientos que ha vivido de cerca y que han influido de manera determinante en la vida nacional y en la innovación del periodismo.

Si bien es cierto que el nombre de Carlos Marín, así como algunos de sus reportajes, notas informativas, entrevistas o crónicas, han tenido trascendencia en el periodismo mexicano, su vida en el proceso de la información no es suficientemente conocida. Y precisamente, un personaje de esta naturaleza se hace más interesante por lo que no se sabe de él.

Pertinaz reportero, observador agudo, interlocutor del poder y testigo de sus excesos, Marín ha revelado y retratado episodios y personajes clave en la política, la sociedad y la cultura del país. Sin embargo, no pretendo afirmar que Carlos Marín es el fundador o

el eje de una manera diferente de hacer periodismo en la actualidad o de su enseñanza misma, pero sí es uno de sus principales impulsores. Sus métodos de investigación y los asuntos de su material informativo han tenido una importante repercusión en las acciones de los principales actores públicos de la nación.

Además, Marín ha formado parte de casos polémicos dentro del periodismo: fue miembro del grupo que abandonó *Excélsior* en 1976; años más tarde protagonizó la ruptura con el grupo de la revista *Proceso* encabezado por Julio Scherer; y luego vino su ascenso a la dirección editorial del Grupo Milenio después de la salida de Raymundo Riva Palacio.

En suma, se hacía ineludible satisfacer la parquedad de la vida profesional de uno de los principales periodistas contemporáneos porque, pensé, si un periodista está acostumbrado a pedir información a los demás, lo lógico será que cuando alguien le pida información acerca de él, la proporcione. Por eso, aquello de “perro no come perro” o “entre gitanos no se leen las cartas”, debe ser desterrado del ejercicio periodístico.

En forma paralela comenzó también la investigación bibliográfica para retomar nociones que han servido de base para este escrito y así elaborar el marco teórico. Volví a libros y autores estudiados en las aulas y descubrí e incorporé planteamientos para mí desconocidos. No está de más mencionar que, posteriormente, en la realización de las entrevistas (con el personaje principal, así como con los secundarios) y en la redacción de este trabajo, apliqué las nociones revisadas.

Me planteé entonces presentar una recreación de la trayectoria profesional de Carlos Marín (a través de varias entrevistas con él, otras personas que lo conocen y la identificación de sus principales textos periodísticos), desde sus inicios a principios de los años 70 del siglo XX en el periódico *El Día* y *Últimas Noticias* de *Excélsior*, pasando por su larga estancia en la revista *Proceso* hasta llegar a su actual desempeño en el Grupo Editorial Milenio donde es actual director editorial, sin olvidar su labor como profesor de periodismo.

Esta investigación también ha tocado la puerta de amigos y “adversarios” del entrevistado principal. Ambas partes ofrecen detalles para esclarecer y abundar en lo expresado por Carlos Marín. Aclaran dudas y enderezan entuertos. Cada uno fue convocado a la grabadora para expresar sus puntos de vista, pues a todos los invité a servirse de su propia razón y no les pedí respuestas que desconocen. Aclaro: todas son personas a las que yo busqué, que no ellas a mí.

Existen muchos más que han convivido también con Marín, pero consideré a los que recurrí como una muestra representativa de personas serias y profesionales que pudieran contribuir a perfilar al personaje central. Todos y cada uno de los entrevistados secundarios han conocido a Carlos Marín y han trabajado con él en diferentes etapas y en distintos medios de información. Por ejemplo, José Carreño fue su compañero en *El Día*, Carlos Ferreyra en *Excelsior* (y ahora en *Milenio*); Froylán López Narváez y Vicente Leñero también en *Excelsior* y luego en *Proceso*; Roberto Velázquez aportó sus vivencias como alumno de Marín; Ciro Gómez Leyva, Andrés Ruiz y Rafael Ocampo en *Milenio*. Sin embargo, los testimonios de Manuel Becerra Acosta, Vicente Leñero y Raymundo Riva Palacio fueron extraídos de diferentes textos ante la imposibilidad de entrevistarlos: el primero porque ya murió y los dos últimos porque no quisieron hablar argumentando diferencias personales y profesionales con Marín, las cuales —dijeron— no estaban dispuestos a recordar. Lo mismo ocurrió con Rafael Rodríguez Castañeda, actual director de *Proceso*, quien dijo que en su revista tienen la “costumbre de no hablar de la gente que se va.”

Ahora bien, conforme avanzaba con estos testimonios tomé en cuenta el señalamiento de la periodista colombiana María Teresa Ronderos: “Algunos reporteros prolongan la investigación indefinidamente, paralizados por el miedo de sentarse al fin a escribir. Hay que parar en algún momento de hacer entrevistas. ¿Cómo se sabe cuándo ya es suficiente? Cuando se comienzan a repetir las respuestas y cada entrevista adicional no aporta un valor a lo que ya se tiene.”³ Por eso decidí que ese número de testimonios era apto para tener un panorama de cómo otros periodistas ven profesionalmente a Carlos Marín.

Tanto el marco de referencia como el marco teórico, comentados líneas arriba, precisaron la perspectiva científica desde la cual desarrollé este trabajo, ya que siempre tuve presente los requisitos señalados por Umberto Eco⁴ para cumplir cabalmente con una investigación científica:

- 1) La investigación versa sobre un objeto reconocible y definido de tal modo que también sea reconocible por los demás.
- 2) La investigación tiene que decir sobre este objeto cosas que todavía no han sido dichas o bien revisar con óptica diferente las cosas que ya han sido dichas.

³ María Teresa Ronderos, *et. al. Cómo hacer periodismo*. p. 54

⁴ Cfr. Umberto Eco. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. p. 43-46

3) La investigación tiene que ser útil a los demás.

Elaboré también un esquema preliminar para guiar temáticamente la investigación, mismo que me permitió, posteriormente, elaborar los cuestionarios (*Cfr.*, Anexo) de las entrevistas y después ordenar la información recopilada.

Para la realización de este trabajo, dije antes, he utilizado como técnicas de investigación la entrevista y la información bibliohemerográfica. La principal, con Carlos Marín, intenta ser una entrevista biográfico-sincrónica, es decir, se abordan momentos específicos de su vida profesional, tales como: su experiencia como reportero en *El Día*, *Últimas Noticias* de *Excélsior*, *Proceso*, *Milenio* y su labor docente en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Iberoamericana y la Universidad Internacional de Florida.

Siempre tuve en cuenta que para entrevistar lo primero que se requiere es sentido común, la utilización clara del lenguaje, buena disposición para escuchar a nuestros interlocutores, y ante todo una condición generadora de creatividad e imaginación para que el lector la asimile, la recree; para que la viva y, al mismo tiempo, la reinvente.

Recurro a la entrevista de semblanza para conocer a fondo a uno de los reporteros más destacados en los últimos años; para ver sus virtudes, defectos, éxitos, fracasos, ratos felices y momentos amargos; sus circunstancias; cómo es, qué piensa, por qué piensa de una forma y no de otra, cuál es su influencia en el medio donde se desenvuelve...

En la entrevista de semblanza abundan datos o anécdotas biográficas y su extensión tiene relación directa con el interés que va a despertar en el público. Al efectuarla, a veces, cinco minutos son una eternidad; otras veces, una hora nos parece tan breve que deseáramos seguir escuchando por mucho más tiempo a nuestro entrevistado. Esto último me ocurrió a mí y en términos generales me siento satisfecho: con los encuentros realizados he intentado captar la originalidad de los planteamientos de Carlos Marín.

Durante las entrevistas no fui sordo: no me preocupé únicamente por seguir el cuestionario previo o la lista de temas ni se me olvidó lo esencial: *escuchar* con atención las declaraciones del entrevistado. El personaje en la entrevista es siempre el entrevistado, nunca el entrevistador.

Procuré no enredarme con los temas. Mi actitud no fue la de confirmar mis supuestas verdades absolutas ni hacer preguntas con respuestas para solicitar su confirmación. No me sentía en un velorio para no reír o pedir aclaraciones. Tampoco intenté ser una metralleta que disparara 50 preguntas en cinco minutos. No se trataba de un

interrogatorio policial sino de obtener respuestas serias dando suficiente tiempo para esbozarlas.

Hice preguntas abiertas para obtener respuestas con pormenores; preguntas cerradas para conseguir datos concretos; preguntas directas para evitar rodeos. Fueron frecuentes las preguntas derivadas para solicitar aclaraciones o reiteraciones. Pero no fui portavoz de otras voces. No quería que Carlos Marín les respondiera a otros, sino a mí.

Para los momentos finales de la entrevista reservé preguntas singulares para motivar a Marín a redondear su pensamiento e incitarlo a exteriorizar algún sentimiento que retratara su forma de ser. Busqué que el final de la entrevista tuviera una intensidad comunicativa y transmitirlo así al lector.

Vino después el proceso de edición: cuidar la forma sin alterar el contenido, reagrupar preguntas y respuestas, eliminar muletillas, jerarquizar. Di preferencia a las frases cortas para motivar o crear imágenes. Aproveché el peso, la forma, el color, la textura, el ritmo y el poder de cada palabra. Se dio, además, la inevitable lucha entre sustantivos y adjetivos.

La estructura de una entrevista se inicia en la frontera donde muere la trivialidad o el enfrentamiento inútil y comienza la búsqueda de certezas. Por eso, muchas veces, y quizá en este caso, la entrevista extensa puede parecer un reportaje. “El reportaje se asemejaría a la entrevista de semblanza cuando el peso de su contenido recayera en un personaje, y esto ocurriría aun sin entrevista. Es decir, el reportaje describiría con detalle a la persona en cuestión y daría un retrato sustancialmente preciso. Si además se realiza la entrevista, el resultado sería mucho mejor.”⁵

Jamás olvidé que el éxito de una entrevista depende en gran medida de su preparación. El entrevistador debe tener conocimiento del personaje y de los temas que giran en torno a él para tener un propósito claro y bien definido. Así lo hice desde que esboqué el “proyecto de tesis”.

No elegí a Carlos Marín sólo porque es uno de los nombres más reconocidos o famosos en el periodismo mexicano, sino porque posee una experiencia que puede dejar aportaciones muy útiles para nuestra profesión. Me ocupé de conocer su carácter y personalidad: ideas, costumbres, forma de expresarse, gustos, virtudes, defectos. Quise también hacer su retrato porque pienso que los detalles no son accesorios, sino relevantes y hasta esenciales. Tanto la entrevista central, como las subsiguientes,

⁵ Carlos Marín. *Manual de periodismo*. p. 228

demuestran que el periodismo es una obra colectiva gracias a la cooperación, la buena voluntad y la comprensión de otros. “El producto final que crea un trabajador de los medios masivos —apunta Ryszard Kapuscinski— no es de su autoría sino que constituye el resultado de una cadena de gente como él que participó en la construcción de una noticia. (...) Lo que nosotros hacemos no es un producto, ni tampoco una expresión del talento individual del reportero. Tenemos que entender que se trata de una obra colectiva en la que participan las personas de quienes obtuvimos las informaciones y opiniones con las que realizamos nuestro trabajo. Por supuesto que un periodista debe tener cualidades propias, pero su tarea va a depender de los otros: aquel que no sabe compartir, difícilmente puede dedicarse a esta profesión.”⁶

Este trabajo está dividido en cuatro capítulos. En el primero se abordan los planteamientos teóricos y empíricos en los que se basa la totalidad del escrito. El segundo es un retrato verbal de Carlos Marín en donde se perfilan diversos aspectos de su personalidad, su quehacer profesional y sus actividades cotidianas. Se incluye, además, un pequeño apartado con las evocaciones de quien esto escribe en torno a los encuentros sostenidos con el personaje. Luego, en “Un periodista ante el espejo”, Marín habla en primera persona sobre su experiencia periodística. Y posteriormente se presentan las voces que hablaron acerca de las acciones realizadas por Marín en su trabajo.

En síntesis, las páginas siguientes intentan escuchar y reproducir la voz de Carlos Marín y algunos con los que ha convivido. Todo ello es su pasado-presente. Pregunté para recrear y reflexionar, recapitular y evaluar, y así pelear contra el olvido sobre temas que son brújula y pasión en su trayectoria profesional. Y Marín ha devanado sus recuerdos: recupera así los pasos profesionales que lo han llevado a construirse como periodista. Podría ser, también (porque habrá quien quiera verlo así), una “egohistoria”, como decían los miembros del grupo francés de los Anales.

Pero, repito, el relato de Marín no pretende ser más de lo que es. No es un texto biográfico, sino memorioso. No cuenta *toda* su vida. Se ha elegido su experiencia periodística, épocas, temas, ángulos que cuentan las partes más importantes de su trayectoria profesional. El entrevistado presenta una visión panorámica de ella en donde, quizá inconscientemente, ha reinterpretado, editado, seleccionado, para ver el sentido de los hechos que lo individualizan.

⁶ Ryszard Kapuscinski. *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. p. 13-16

El resultado es un relato retrospectivo en donde se relata para ti, entrelazando sus recuerdos fragmentados, los cuales, al mismo tiempo, conversan entre ellos.

Cierto, la memoria puede destapar los acontecimientos más recónditos, pero puede ser selectiva y ocuparse primordialmente de los mejores momentos. No obstante, también nos lleva a ver y a oír lo que no siempre quisiéramos. Y aquí es fundamental el trabajo del entrevistador para que nuestro interlocutor aborde otros temas de interés, para desterrar, en fin, la adulación.

Aquí, Marín habla en primera persona para que lo sientas frente a ti, pero sobre todo porque “el relato pormenorizado de una trayectoria por boca de su protagonista es siempre una experiencia aleccionadora, que renueva la confianza en la posibilidad de diseñar un proyecto de vida. (...) La posibilidad de acceder a un recuerdo preciado, a la iluminación de zonas imprecisas, a la captura de momentos fugaces, a la “verdad” de lo ocurrido en tal circunstancia, a un retrato de primera mano, en definitiva, a esa interioridad que hace en cada persona su riqueza, es sin duda una fantasía que, como todas, siempre puede hacerse realidad.”⁷

Recuerda Christopher Silvestre en la antología de *Las grandes entrevistas de la historia 1859-1992* que “Edward Price Bell del *Chicago Daily News* aseguraba que la entrevista con una destacada figura puede convertirse en una fuerza moral e intelectual de primer orden, que refuerza sólidos principios e ideales, recopila hechos y argumentos vitales, incita a los hombres a la acción y deja su importancia en la historia. Una gran entrevista es evangelizadora y educativa, transforma la apatía moral en orden moral, la ignorancia en conocimiento, hace puente entre el genio y la comprensión... El objetivo que subyace a la tarea de un gran entrevistador es el de abrir los labios de la sabiduría, hacer hablar a la esfinge.”⁸

Todo lo dialogado fue *on the record*. Marín y los demás personajes a los que recurrí han autorizado atribuirles todo lo declarado. Sus relatos tienen una función didáctica. Muestran situaciones profesionales cargadas de vida.

⁷ Leonor Arfuch. *La entrevista, una invención dialógica*. p. 154

⁸ Christopher Silvestre, (editor). *Las grandes entrevistas de la historia 1859-1992*. p. 47

No se trata de un texto frío, está lleno de emociones y pasiones. Las experiencias que relata el personaje siguen un orden cronológico en su vida profesional. Como todo texto, éste carece de tonos, cadencias e inflexiones con las que Marín habla. No obstante, a diferencia de la radio y la televisión, la palabra escrita permite ganar en profundidad y contexto.

Aquí está lo que vi y oí. Lo que me dijo Marín y cómo lo dijo, según lo registré. Esta es mi versión, mi presencia, mi estilo, mi forma particular de apreciar al personaje.

Carlos Marín fue mi terreno, la palabra escrita el medio y este trabajo el resultado.

DE LA ENTREVISTA Y OTROS RECURSOS UTILIZADOS EN ESTE TRABAJO

“La autoría de la entrevista corresponde tanto al entrevistado como al entrevistador. Nunca es una transcripción taquimecanográfica exacta ni la copia fiel de una grabación magnetofónica. Se trata más bien del encuentro de dos inteligencias, dos sensibilidades, dos estados de ánimo, dos percepciones del mundo diferentes. El río del pensamiento se iría por otro rumbo si no interviniera la pregunta sagaz y pertinente del entrevistador, sin cuya máquina de pensar, fantasear, imaginar, conjeturar, escribir, se confecciona el texto final de la entrevista.”

Federico Campell

La entrevista es una esgrima de habilidades. Es un “asalto” periodístico: sorprender para obtener información. Es el personaje, sus circunstancias y sus ideas. Por eso, la entrevista es uno de los recursos más generalizados en los medios informativos. Desde los albores del periodismo, se ha utilizado para conseguir información, traer cierta luz a lo que permanecía en tinieblas, e indagar sobre múltiples aspectos de la vida. Ha servido para construir y defender; para combatir e, incluso, destruir.

Si bien es cierto que más que definir a la entrevista hay que vivirla, para efectos de este trabajo académico no está de más ahondar en la concepción, características, estructura, historia y práctica del género. En consecuencia, será necesario detenerse en una serie de definiciones brindadas por teóricos y empíricos, las cuales han sido de utilidad para guiar, confeccionar y matizar este escrito. No obstante, es necesario recordar que es prácticamente imposible encerrar al periodismo en fórmulas exactas, porque se trata de un fenómeno dinámico, cambiante.

Elaborar una historia de la entrevista ha sido una labor ardua para varios investigadores, quienes no se han puesto completamente de acuerdo en la precisión de algunos datos. Sin embargo, contamos con ciertas referencias que permiten establecer los orígenes y evolución del género. Rosa Montero, en el prólogo del libro *Las grandes entrevistas de la historia 1859-1992*, apunta: “Christopher Silvestre asegura que la primera entrevista moderna, tal y como hoy la concebimos, fue publicada en el *New York Tribune* el 20 de

agosto de 1859. Se trataba de una conversación con Brigham Young, un líder mormón, y fue hecha por Horace Greeley, un periodista norteamericano bastante célebre en su tiempo. (...) Sospecho, por ejemplo, que la entrevista con Brigham no es la primera de la historia. Habría que revisar los periódicos españoles, los italianos, los franceses o griegos, que seguro no han sido investigados; o los alemanes, pues a fin de cuentas fue ahí, en Centroeuropa, en donde comenzaron a publicarse los primeros periódicos a principios del siglo XVII.”⁹

En lo que respecta a México, los orígenes de la entrevista se remontan al siglo XIX. “Periodistas como Manuel Caballero y Ángel Pola fueron los primeros en utilizar el género y no dudaron en entrevistar a los grandes hombres: a los capaces, desde su punto de vista positivista, de desarrollar importantes acciones gracias a su talento natural y a sus destacadas actividades que tenían repercusión en la sociedad. (...) La primera entrevista de Manuel Caballero se apega a un pensamiento económico que también era el sentir de muchos hombres del momento. La realizó al inversionista norteamericano Eads, a quien le confiere la autoridad y el conocimiento para construir una parte de la gran obra ferroviaria de México. Tal entrevista apareció en *El Noticioso* el 29 de noviembre de 1880. En ella alterna la información, la descripción del personaje y sus comentarios personales. Constituye el primer testimonio con el que se documenta la aparición de la entrevista en México y en ella se observa el pensamiento de la época.”¹⁰

Estos estudios sobre el nacimiento y consolidación de la entrevista manifiestan que a principios del siglo XX este tipo de textos se encuentran en forma sistemática en los periódicos de muchas naciones del mundo. Hacen hincapié en que la entrevista adquirió un uso generalizado a partir del interés del público por los juicios de crímenes con alguna trascendencia social. El periodista se convertía en detective, en policía, pero sobre todo, en transmisor de diferentes versiones de los hechos ofrecidas por los testigos. Luego, las entrevistas sirvieron para resaltar las labores realizadas por distintos personajes en su propio campo de acción. Cantantes, actores y actrices, políticos, deportistas, personajes singulares de la sociedad, se han sometido a esa especie de “mayéutica periodística” para darse a conocer, ser ejemplos o antieejemplos y formar opiniones.

⁹ *Ibidem*. p. 9

¹⁰ Laura Edith Bonilla. “Semillas de la entrevista en México.” *Revista Mexicana de Comunicación*. No. 93. Junio-julio 2005. pp. 39-40

Veamos entonces en qué consiste el que es prácticamente el género periodístico más utilizado por los periodistas, el nutriente de las otras variantes de la estructura informativa.

“La entrevista —dice Vicente Leñero en el prólogo de la antología *100 Entrevistas. 100 Personajes*— es un diálogo, una conversación, una charla, un encuentro, una plática, un interrogatorio, un duelo de inteligencias y sensibilidades entre un periodista que pregunta y un personaje que responde. Así de simple. Pero así de exacto.”¹¹ Y el producto de ese encuentro luego puede ser reconstruido mediante la escritura por parte del entrevistador y la lectura por parte del lector.

La entrevista, continúa el también autor de *Los periodistas*, es “para dibujar el semblante en claroscuro de un personaje: para calar en su vida, para desentrañar o esclarecer los misterios de una existencia dedicada al cultivo de una tarea, de una profesión, de un arte.”¹²

La mayoría de los que han reflexionado en torno a la entrevista, la vislumbran a partir de la idea de combate o de un método de radiografía. Para el periodista y crítico literario Emmanuel Carballo, la entrevista es “como una confesión general. (...) El entrevistador está capacitado para enfrentarse, en un combate cuerpo a cuerpo, con quien puede ser su asesino o su víctima y en quien siempre le gustaría encontrar un ser comprensivo, lúcido e inteligente. El papel del entrevistador es en sí incómodo para quien lo practica y desagradable para quien lo mira desde la acera de enfrente. (...) Además, el entrevistador es una aguafiestas, un tipo desagradable que en lugar de meter la nariz donde no lo llaman, saca la pluma y el papel (o la grabadora) y apunta lo que es permitido escuchar pero no escribir. Una buena entrevista, por otra parte, principia donde termina el sentido común, la legítima conveniencia y se vislumbra la autenticidad.”¹³

Como veremos en las siguientes líneas, para algunos la entrevista es lo peor en esta vida. Y otros, aunque periodistas, afirman no utilizarla en su trabajo. O aquellos que las han realizado durante años, acaban detestándolas.

Es ya conocida por muchos la definición del escritor Milan Kundera, quien desdeña a la entrevista en su libro *El arte de la novela*:

“ENTREVISTA: ¡Maldito sea el escritor que primero permitió a un periodista que reprodujera libremente sus comentarios! Dio inicio al proceso que no podrá sino

¹¹ Vicente Leñero. *100 entrevistas. 100 personajes*. p. 10

¹² *Ibidem*.

¹³ Emmanuel Carballo. *Protagonistas de la literatura mexicana*. p. 12-13

conducir a la desaparición del escritor: el que lo hace responsable de cada uno de sus palabras. No obstante, me gusta mucho el diálogo (forma literaria superior) y he quedado encantado de muchas conversaciones reflexionadas, compuestas, redactadas en colaboración conmigo. Por desgracia, la entrevista, tal como suele practicarse, no tiene nada que ver con un diálogo: 1) El entrevistador hace preguntas interesantes para él, sin interés alguno para él mismo; 2) No utiliza las respuestas de uno sino las que le convienen; 3) las traduce a su vocabulario, a su manera de pensar. Siguiendo el ejemplo del periodismo norteamericano, no se dignará siquiera a hacer que uno apruebe lo que él le ha hecho decir. Aparece la entrevista. Uno se consuela: ¡la olvidarán! ¡Qué va! ¡La citarán! Incluso los universitarios más escrupulosos ya no distinguen entre las palabras que un escritor ha escrito y firmado y sus comentarios transcritos. Hace un tiempo tomé una decisión: nunca más una entrevista. Salvo los diálogos corredactados por mí y acompañados de mi copyright. A partir de esta fecha, todo comentario mío de segunda mano debe ser considerado como falso.”¹⁴

Por su parte, el reportero polaco y periodista universal Ryszard Kapuscinski asegura desconocer la entrevista: “En realidad, nunca en mi vida he entrevistado a alguien, en el sentido estricto del género de la entrevista. No sé cómo se hace una entrevista. Mucho de lo que escribo sobre la gente viene de observarla, de prestar atención a su comportamiento, de explorar los detalles pequeños como su cara, o sus ojos. Y de hablar con ella, pero no de entrevistarla.”¹⁵

Y la combativa y exitosa en el género, Oriana Fallaci, ha escrito hace poco: “Detesto las entrevistas. Siempre las detesté, comenzando por las que hacíamos a los llamados poderosos-de-la-Tierra. Para ser buena una entrevista tiene que introducirse, hundirse en el corazón del entrevistado. Y esto siempre me ha ocasionado malestar. He visto siempre en esto un acto de violencia, de crueldad.”¹⁶

Unos se oponen a ellas, otros las aborrecen; de alguna u otra manera los informadores siempre la utilizan, a varios les gusta; pero todos las leen, las ven, las escuchan. No entenderíamos al periodismo sin su cimiento elemental: la entrevista. “Este género es para el periodista lo que las matemáticas para el ingeniero, lo que las leyes para el abogado, lo que el fusil para el soldado. Debe saber manejarlo en cada uno de sus piezas. Es tan importante como saber redactar.”¹⁷

La entrevista se ha utilizado por todos y desde siempre; incluso de manera inconsciente, en las conversaciones. “Preguntar es detener por un instante el mundo y someterlo a un examen. Desde la inmolación de Sócrates, el gran preguntador, el tábano de los griegos, hasta nuestros días, las preguntas son socialmente más incómodas que las respuestas.

¹⁴ Milan Kundera. *El arte de la novela*. p.120

¹⁵ Ryszard Kapuscinski. *Op. Cit.* p. 51

¹⁶ Oriana Fallaci. *Oriana Fallaci se entrevista a sí misma. El Apocalipsis*. p. 18

¹⁷ Manuel Pérez Miranda. *La entrevista de prensa*. p.7

Pertencen, claro, al campo de lo incierto y, en consecuencia, es comprensible que puedan desatar cortocircuitos.”¹⁸

Como guía de este trabajo he entendido a la entrevista periodística como “una conversación dirigida por el periodista, casi siempre con un fin predeterminado, que después se trasladará a los lectores u oyentes para su información u orientación; es un encuentro que no se suele dejar que transcurra al azar, pues el periodista busca llevar las riendas para obtener el máximo provecho de tal plática.”¹⁹ Se trata de una conversación para la que es necesario prepararse especialmente y así aplicar con eficacia lo que bien podría llamarse “periodismo preguntón.”

“La entrevista —señala el argentino Jorge Halperín— es la más pública de las conversaciones privadas. *Funciona con las reglas del diálogo privado (proximidad, intercambio, exposición discursiva con interrupciones, un tono marcado por la espontaneidad, presencia de lo personal y atmósfera de intimidad), pero está construida para el ámbito de lo público.* El sujeto entrevistado sabe que se expone a la opinión de la gente. (...) La entrevista, como la conversación en general, pertenece al reino del instante, y el entrevistador debe adquirir maestría en las leyes que gobiernan su curso: lo efímero y lo banal entremezclado con lo profundo, la dispersión, el juicio terminante y muchas veces arbitrario, los cambios de ritmo, el mutuo semblanteo, los juegos de manipulación y de ocultamiento, la confidencia, las puestas en escena. Es teatro al revés: es una obra que primero se actúa y luego se escribe.”²⁰

Con esta definición coinciden dos afamadas entrevistadoras de habla hispana. De acuerdo con Juan Cantavella, “la forma en que Rosa Montero se plantea la entrevista viene explicada en un comentario de hace algunos años: “Para mí la entrevista es un juego; en un sentido tiene casi connotaciones con el teatro en el momento de hacerla. Pero tú vas de entrevistadora sagaz y el entrevistado va de entrevistado fascinante. Son dos personajes que cada uno de nosotros conocemos, y a partir de ahí se entabla el juego. Eso en cuanto a hacerla. En cuanto a escribirla, yo me preparo al personaje, me hago un guión de cómo lo veo, de cuál es la faceta que más me puede interesar de él, y cómo se le puede sacar, y si existe o no, porque en la entrevista miles de veces tienes

¹⁸ Jorge Halperín. *La entrevista periodística. Intimidaciones de la conversación pública.* p.10

¹⁹ Juan Cantavella. “Conversación dirigida.” *Revista Mexicana de Comunicación.* No. 93. Junio-julio 2005. p. 22

²⁰ Jorge Halperín. *Op. Cit.* p. 109

que cambiar totalmente de idea.” O sea, el juego de la seducción por una parte y el juego de esgrima, por otro: dos conceptos absolutamente unidos a la entrevista.”²¹

La mexicana Cristina Pacheco concuerda con la escritora española: “Yo pienso, creo totalmente que [la entrevista] es un juego de enamoramiento en el que uno tiene que conquistar a una especie de enemigo, yo no digo que sea su enemigo, es una persona ajena, que uno nunca ha visto, por eso uno tiene que buscarle el lado flaco. (...) Tiene que ver mucho con el género del teatro, porque tiene la entrada, el desarrollo y la culminación. Usted no puede dejar una entrevista sin final, ni puede empezarla sin un principio concreto, de ubicación, de descripción. Es un género que además me permite aplicar mucho la literatura, hay mucha crónica, es un género que además acepta todos los géneros. Por eso me gusta tanto.”²²

Tradicionalmente, como hemos aprendido en las clases de Géneros Periodísticos, la entrevista suele clasificarse²³ en:

- 1) Entrevista noticiosa o de información
- 2) Entrevista de opinión
- 3) Entrevista de semblanza

La primera busca obtener información noticiosa. La segunda, sirve para obtener comentarios, opiniones y juicios de diversos personajes sobre temas de actualidad o de interés duradero. La tercera, de semblanza, persigue el fin de dar a conocer el carácter, las costumbres, la manera de pensar, los datos biográficos y las anécdotas relevantes de un personaje.

Precisamente en esta última pondré especial énfasis, toda vez que se trata de la base del presente trabajo.

La entrevista de semblanza, o llamada “de personalidad” es

“la que conforma la entrevista como genuino género periodístico. La que recrea, dibuja, muestra, la personalidad de alguien mediante preguntas en un tono de conversación. (...) Constituye una auténtica puesta en escena con dos actores: entrevistador y entrevistado. Pero uno de ellos marca la pauta con sus preguntas —protagonismo absoluto— aunque debe lograr que el lector-receptor perciba al que responde como verdadero protagonista de esta acción. Ese es el reto. (...) En este caso, el periodista entrevistador dispone además de los recursos de las descripciones, de las elipsis, de las transcripciones, del orden conversacional, de la eliminación de lo superfluo. Su ojo observador será el ojo del lector. Su entendimiento con el personaje y del personaje será la percepción final que le llegue a ese lector. Su conocimiento sobre el entrevistado le permitirá hacer preguntas interesantes,

²¹ Juan Cantavella. *Historia de la entrevista en la prensa*. p. 112

²² Ana Leticia Olivera Tapia. *Cristina Pacheco. Entrevistadora entrevistada*. p. 73

²³ Cfr. Carlos Marín. *Manual de periodismo*. p. 129.

oportunas e inteligentes. (...) Una entrevista de personalidad es teatro no ensayado, en directo mientras ocurre la conversación, literatura periodística cuando le llega al lector.”²⁴

Este tipo de entrevista permite explotar en su redacción una serie de recursos estilísticos que en las entrevistas noticiosas y de opinión son más difíciles de encajar. La entrevista de semblanza, tal como se concibe aquí, “es una narrativa, es decir, un relato de historias diversas que refuerzan un orden de la vida, del pensamiento, de las posiciones sociales, las pertenencias y pertinencias. En ese sentido, legitima posiciones de autoridad, diseña identidades, desarrolla temáticas, nos alecciona tanto sobre la actualidad de lo que ocurre, los descubrimientos de la ciencia o la vida, a secas. Fragmentaria, como toda conversación, centrada en el detalle, la anécdota, la fluctuación de la memoria, la entrevista nos acerca a la vida de los otros, sus creencias, su filosofía personal, sus sentimientos, sus miedos.”²⁵

Esta forma fragmentaria que contiene la entrevista (pues la memoria es selectiva), propicia la “reconstrucción de un retrato vivencial o de una historia que es la propia vida (nunca del todo compuesta), a partir de algunas pinceladas (un índice que muestra-señala una totalidad imaginaria de la persona).”²⁶

De forma general, se pretende realizar una semblanza de la vida personal y/o profesional del personaje elegido. Pero en la mayoría de los casos, las declaraciones obtenidas son sincrónicas y no diacrónicas. Es decir, se eligen una serie de acontecimientos particulares que perfilen una forma de vida específica. “El carácter fragmentario de la evocación, la herogeneidad de la memoria, se resolverían en un relato verídico, global, representativo. Y es que el relato permite precisamente esa objetivación, ese distanciamiento del mundo interior, ese ser-otro puesto en palabras, en una sintaxis que otorga coherencia y sentido. Contar la propia vida nunca es una experiencia vana, ni una simple sucesión de imágenes estereotipadas, a pesar de la tendencia a la repetición que manifiestan ciertos entrevistados.”²⁷

²⁴ María de Jesús Casals Carro. “Mayéutica periodística.” *Revista Mexicana de Comunicación*. No. 93. Junio-julio 2005. p. 18 y 20

²⁵ Leonor Arfuch. *Op. Cit.* p. 89

²⁶ *Ibidem.* p. 93

²⁷ *Ib.* p. 147

Una vez que se realiza, revisa y jerarquiza una entrevista, podemos crear un texto en donde “ciertos momentos de la historia serán cargados de fuerte simbolismo, transformándose en claves de un destino más alejado del azar que de la necesidad. Las decisiones vocacionales, los viajes iniciáticos, los trabajos y los días, las peregrinaciones en busca de “lo verdadero” (un amor, un lugar, una profesión, etc.), los encuentros reveladores (con personas, libros, ideas, expresiones artísticas), son estaciones obligadas en esos itinerarios. Algunas historias paradigmáticas operan como punto de referencia, tanto en lo positivo como en lo negativo. La fama, el cumplimiento de metas prefijadas o el azar afortunado se enfrentan a destinos contrariados, marcados por el derrumbe o la fatalidad.”²⁸

En lo particular, me llamaron mucho la atención las proposiciones (por ello he intentado ponerlas en práctica) de la catedrática española Montse Quesada, quien define a la entrevista como una *obra creativa*. En consecuencia, sostiene, “la entrevista de creación tiene por finalidad no sólo presentar unas declaraciones, sin más pretensión que interferir el mínimo de ellas, sino además ofrecer una nueva dimensión que dote de sentido global al texto como obra.”²⁹ En la entrevista de creación el tema es el propio entrevistado, su caracterización personal, sus hábitos cotidianos y cuanta información particular le atañe.

A la hora de *crear* una entrevista se puede echar mano de la descripción, de la evocación de sensaciones, del arreglo del texto (sin alterar su esencia) de la manera más atractiva para el lector:

“El periodista está obligado a pensar todo el tiempo en su lector, porque si no supiera cómo es ese lector, ¿de qué manera podrá responder a sus preguntas? En el periodista, entonces, hay una alianza de fidelidades: fidelidad a la propia conciencia, fidelidad al lector y fidelidad a la “verdad”. A la avidez de conocimiento del lector no se le sacia con escándalo sino con la investigación honesta, no se le aplaca con golpes de efecto sino con la narración de cada hecho dentro de su contexto y de sus antecedentes. Al lector no se le distrae con fuegos de artificio o con denuncias estrepitosas que se desvanecen al día siguiente, sino que se le respeta con información precisa. Cada vez que un periodista arroja leña en el fuego fatuo del escándalo está apagando con cenizas el fuego genuino de la información. El periodismo no es un circo para exhibirse, sino un instrumento para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta.”³⁰

Se admite pues mayor libertad formal cuando no es necesaria la fórmula pregunta-respuesta. En este caso se pueden incluir comentarios y descripciones, así como intercalar datos biográficos del personaje abordado. El objetivo es precisamente que sea nuestro receptor quien quede atrapado con el trabajo que le ofrecemos. “El rasgo

²⁸ *Ib.* p. 101

²⁹ Montse Quesada. *La entrevista: obra creativa*. p. 12

³⁰ Tomás Eloy Martínez. “El periodismo y la narración”, *Cambio*. No. 29. 23 de diciembre de 2001. p. 69

prioritario del lenguaje de la entrevista literaria es la *descripción*. Mediante el uso abundante de descripciones el autor traza la semblanza del entrevistado e informa no sólo de su apariencia física y psicológica, sino también de su entorno y de su ambiente. Por regla general, las descripciones suelen ser muy minuciosas, cuidadosamente elaboradas con breves pinceladas coloristas y en ellas destaca por su presencia persistente el ritmo ligero de frases siempre cortas.”³¹

Una buena narración empleada en la entrevista ayuda a trasladar al lector a donde ocurrió ésta, el entorno ambiental. Y también puede ocurrir lo mismo con las acciones relatadas por el entrevistado si sabemos utilizarlas. “Según Gloria Toranzo —recuerda la profesora Quesada—, toda narración implica:

—La sorpresa que siempre debe producir la realidad exterior por muy conocida que sea.

—La recreación. Una vez que la realidad pasa por el autor, se encuentra matizada, enriquecida por las vivencias del autor mismo, pero sin llegar a deformarla con este contenido personal.

—Autenticidad para descubrir esa riqueza sin plagios más o menos fáciles: sin modas ni modos de otros autores.”³²

Uno de los objetivos de la entrevista es la presentación de un perfil del entrevistado *original e inédito*, obligatoriedad impuesta por tratarse de un texto periodístico. “El quién es, el qué es y el cómo es el entrevistado son las tres respuestas que habitualmente cubre la entrevista de creación. Mediante la identificación explícita del personaje —quién es—, la expresión de su ocupación habitual, cargo o circunstancia que determina la oportunidad de la entrevista —qué es— y las descripciones de su físico, de su actitud y comportamiento durante el transcurso de la entrevista —cómo es— se responde a lo que en términos de la escuela americana se llamaría las 3 W’s de la entrevista literaria: Who, What y How.”³³

La etapa de elaboración de la entrevista no es menos importante que el encuentro sostenido con el personaje. “En realidad —asevera Cristina Pacheco en el prólogo del libro *Entrevistas/Entrevistas* de Mauricio Ciechanower—, la entrevista comienza cuando uno se sienta frente a la computadora y empieza a apreciarse el texto, a volverlo legible, a pulirlo. Siempre hay que pensar que escribimos para el otro. Deseamos que

³¹ Montse Quesada. Op. Cit. p. 20

³² *Ibidem*. p. 23

³³ *Ib.* p.61-62

nuestra entrevista sea leída. La entrevista real, verdadera, comienza precisamente cuando aquella termina. El redactor se coloca de espaldas al mundo y solo —siempre bajo presión del tiempo— revisa el cúmulo de palabras grabadas o escritas para jerarquizarlas y reordenarlas para que el privilegio de una conversación privada se convierta en el de todos los posibles lectores o lectoras. En el proceso que va de la primera escritura a la corrección final, el rigor suple a la espontaneidad, la palabra exacta al gesto o la muletilla, el sinónimo de la repetición. Todo sucede sin que se pierda la frescura y la espontaneidad de la charla que, para convertirse en literatura, debe someterse a las exigencias del texto.”³⁴

La redacción de la entrevista debe ser entendida como la elaboración de un texto interactivo. Según Francisca Robles, se da un suceso (conversación) y un discurso emitido (entrevista publicada). “Esta distancia es la que provoca reclamos a los entrevistadores pues “hacen decir” a los entrevistados algo distinto o bien “hacen parecer” una realidad “distinta” a la percibida por el entrevistado.”³⁵

Además, para el entrevistador es válido hacer la reconstrucción de un suceso y de un personaje a través de evocaciones. La expresión del suceso es necesariamente interpretativa. “El entrevistador incluye en la redacción recuerdos personales que se presentaron durante el suceso. A través de las evocaciones el entrevistador construye un suceso que a su vez será reconstruido por el lector. Esta construcción es narrativa ya que da cuenta de un suceso: el encuentro entre el entrevistado y el entrevistador. Asimismo, tiene un narrador (el entrevistador), un personaje (el entrevistado), un escenario (el lugar donde se realizó la entrevista), elementos que se manifiestan en un discurso: la entrevista como producto periodístico determinado. El narrador cuenta, desde su punto de vista, cómo es el personaje y cómo fue la conversación que sostuvieron. Selecciona escenas y declaraciones para representar el suceso. Narra acontecimientos e interpreta palabras, jerarquiza las acciones, decide *qué* y *cómo* lo dirá. Es autor de la versión final del suceso, ejerce un poder absoluto en la creación del relato.”³⁶

³⁴ Cristina Pacheco, prólogo al libro de Mauricio Ciechanower. *Entrevistas/Entrevistas*. p.14

³⁵ Francisca Robles. *La entrevista periodística como relato. Una secuencia de evocaciones*. p. II

³⁶ *Ibidem*. p. III

Aquí es importante tomar en cuenta lo que dice Miguel Ángel Bastenier en torno a la “ficcionalización” de la entrevista, una vez realizada la edición de las declaraciones obtenidas y la estructura final del texto. “...lo que nos dice el entrevistado es siempre literalmente inmanejable (...) nadie es capaz de expresarse de forma suficientemente inteligible para que el periodista pueda, o mejor deba limitarse a encontrar lo que nos dicen; hay que contar por el contrario, lo que nos quieren decir, que es algo que sólo le puede aproximar, aunque, sin duda, habrá frases o expresiones clave que deberemos preservar; pero no soñemos con que es posible o conveniente *transcribir*, porque lo que hay que hacer es *escribir*. (...) La entrevista no es el espacio de tiempo que consumimos con alguien con quien conversamos, sino algo que luego publicamos después de una ardua interpretación de lo que nos han dicho.”³⁷

En efecto, el entrevistador edita y jerarquiza las declaraciones del entrevistado. “No es sólo que el orden del cuestionario no tiene por qué ser el orden narrativo para su publicación, sino mucho más. La respuesta a la pregunta número tres podrá darse, y ni siquiera de una sola tirada sino normalmente a fragmentos, en las contestaciones a las cuestiones números, cinco, nueve y diecinueve. El periodista, tanto si trabaja en su propia lengua como con la ajena, tendrá que hacer corte y confección, buscar, recortar, repelar, adjuntar lo que nos han querido decir, aquello que nos ha llegado de la manera caótica que corresponde al lenguaje hablado. Por eso, la entrevista es una obra hasta cierto punto de ficción, porque prácticamente nada ha ocurrido tal y como lo contamos; pero lo que debería haber ocurrido, lo que de verdad expresa lo que los protagonistas querían que ocurriera, eso es lo que contamos.”³⁸

Tal afirmación se aparta de propuestas de autores como Ricardo Garibay, por ejemplo, quien en sus entrevistas y crónicas recogía tal cual el habla de sus entrevistados, pues consideraba que así el lector podría imaginárselos como realmente son y conocerlos por su uso individual de la lengua. Pero, Bastenier rebate: “La entrevista es el género de ficción veraz por antonomasia. Dificilmente encontraremos nada más literario, más directamente creativo que la entrevista. Las entrevistas en alguna medida se inventan todas, pero no por ello tienen que dejar de responder a la verdad. Y eso es así porque la misma idea de la entrevista es una utopía periodística: llevar a cabo una trascripción del

³⁷ Miguel Ángel Bastenier. *El blanco móvil. Curso de periodismo*. p. 133

³⁸ *Ibidem*. p. 134

lenguaje hablado al escrito, como si eso fuera posible y, sobre todo, como si pudiera tener algún sentido.”³⁹

Cristina Pacheco explica que “el lenguaje escrito tiene la maravillosa ventaja de la reescritura. Creo que no hay escritura sin reescritura y me refiero tanto al periodismo como a la literatura. La escritura nunca es fácil, cada vez me cuesta más trabajo lograr lo que quiero porque uno se vuelve más consciente; desgraciadamente tus capacidades y tu instrucción no crecen al ritmo de tu conciencia, sería una maravilla. Lo que pasa es que me doy cuenta de errores que no veía antes y sufro mucho, pero también lo disfruto.”⁴⁰

Ahora bien, la duda surge: ¿quién es el verdadero autor de la entrevista? “Responde a una autoría doble —sostiene Federico Campbell—: la del entrevistado y la del entrevistador.”⁴¹ Uno depende del otro. Los dos colaboran. Y sería injusto atribuirle todo lo realizado a una sola parte.

Todo este proceso periodístico descrito anteriormente se asemeja con la creación literaria. “Algunos grandes reportajes —el famoso *Relato de un naufrago* de García Márquez— son también extraordinarias narraciones, auténticas obras maestras de la literatura universal. Y libros como *El viejo y el mar* no podrían haberse escrito, probablemente, sin la capacidad de observación y el amor al detalle que todo reportero y todo policía deben prodigar.”⁴² Pero cabe una aclaración: la buena literatura no tiene por qué ser honesta y el buen periodismo sí.

Cuando Rosa Montero elabora sus entrevistas, piensa lo siguiente: “La entrevista siempre ha sido un género muy literario, y hay piezas periodísticas que aspiran tanto a la eternidad como un buen cuento. (...) Hay entrevistadores que *quieren entender* a sus entrevistados, que se esfuerzan en atisbar sus interiores, en deducir cuál es la fórmula íntima del interlocutor, el garabato esencial de su comportamiento y su carácter, y en esto, en el afán de comprender y de saber, el periodista es como el novelista que, al

³⁹ *Ib.* p. 132

⁴⁰ Ana Leticia Olivera Tapia. *Op. Cit.* p. 89

⁴¹ Federico Campbell. *Periodismo escrito.* p. 33

⁴² Juan Luis Cebrián. *Cartas a un joven periodista.* p. 55

desarrollar sus personajes, está explorando los extremos del ser e intentando desentrañar el secreto del mundo.”⁴³

En esa “necesaria intromisión” en la vida de grandes personajes, ¿qué tan válido es el recurso de presentar una entrevista utilizando la primera persona (como en el caso de las siguientes páginas)? Para Federico Campbell “El periodista nunca debe olvidar que es un intermediario, un representante del lector y no un protagonista: es un espectador, no un actor. Tiene que saber escuchar y no hablar, salvo en el momento de hacer una acotación o solicitar una aclaración. (...) Las mejores entrevistas suelen ser aquellas en las que el periodista desaparece, no se nota, no le roba cámara al entrevistado. En eso consiste su buena educación, su elegancia, su respeto por el lector y el entrevistado.”⁴⁴

Muchas veces, cuando el entrevistador desea conocer abundantes detalles de cierta trayectoria, éste tiene la función de provocar a su entrevistado para que hable lo más cuantiosamente posible; pero ha de evitar las desviaciones de los temas sobre los que se desea obtener declaraciones. “Más que conversaciones se trata de monólogos provocados por mí mediante preguntas y opiniones. Siempre pensé que dejar hablar a la gente y reproducir fielmente lo que dice contribuye extraordinariamente a perfilar su retrato.”⁴⁵

En suma, especifica Vicente Leñero, una entrevista abarca “desde el esgrima veloz de un diálogo puntilloso recogido con celo por la moderna grabadora, hasta la acuarela literaria que dibuja y se engolosina en los detalles de un escenario o en la reproducción memoriosa de una conversación lentamente desgranada.”⁴⁶

Pero para concluir una entrevista en forma y en contenido es necesario implementar una metodología que nos facilite el camino para llegar a nuestra meta. En primer lugar haremos una preparación. Se trata de la “investigación de cajón”. Hay que buscar los datos curriculares de nuestro personaje, estar al tanto de sus actividades actuales; quizá hacer un cuestionario o bien, una lista de temas sobre los que se hablará. Viene aquí la “primera entrevista”, es decir, la que se realiza uno mismo: quién será nuestro personaje y por qué nos interesa, qué le preguntaremos, para qué... “Todo el tiempo que se invierta

⁴³ Rosa Montero en el Prólogo del libro de Christopher Silvestre, (editor). *Op. Cit.* p. 10

⁴⁴ Federico Campbell. *Op. Cit.* p. 34

⁴⁵ Oriana Fallaci, citada por Garguverich, Juan en *Géneros Periodísticos.* p.42

⁴⁶ Vicente Leñero. *Op. Cit.* p.11

en la fase de planeación se recuperará en la investigación; de la misma manera el que se invierte en la reportería se ahorra en el momento de la escritura.”⁴⁷

Cuando uno no está lo suficientemente preparado, entonces hay que solicitar el encuentro. Jorge Ramos, conductor estelar del *Noticiero Univisión* en Estados Unidos y autor de algunos libros de entrevistas, explica: “La suerte no existe en el periodismo. En todo caso, lo que muchos llaman suerte es la combinación de estar preparado cuando surge una oportunidad. Quienes consiguen las exclusivas, las entrevistas más difíciles y realizan las investigaciones de impacto son los que hicieron una llamada más que el otro, quienes esperaron una hora más, quienes no se dieron por vencidos. En los medios de comunicación no trabajan necesariamente los más inteligentes, pero sí algunas de las personas más persistentes que he conocido en mi vida.”⁴⁸

Al momento de acudir al encuentro, hay que tomar en cuenta que “son muchos los avatares de una entrevista, el humor, la hora, el lugar, el por qué, cómo, dónde y cuándo —pilares del periodismo—.”⁴⁹

“No es raro, ante un acontecimiento o un encuentro importante, que sienta como una angustia, el miedo de no tener bastantes ojos, bastantes oídos y bastante cerebro para ver y oír y comprender, como una carcoma infiltrada en la madera de la historia. No exagero cuando digo que en cada experiencia profesional dejo jirones del alma. No me es fácil decir para mis adentros: no es necesario ser Herodoto; por mal que vaya aportaré una piedrecita útil para componer el mosaico, daré informaciones útiles para hacer pensar a la gente. Y si se equivoca, paciencia.”⁵⁰

Lo más importante en esta etapa será *saber escuchar*. Y “la actitud del entrevistador debe ser: “Si yo no hago esta pregunta, nadie más la va a hacer.” El trabajo del periodista es desenmascarar, cuestionar, dudar de todo, corroborar. Y sí, también, ser justo. A veces, la única forma de ser justo es preguntar por quien está ausente.”⁵¹ En su decálogo periodístico, el propio Jorge Ramos, dice: “Realiza tus entrevistas como si nunca más volvieras a ver al entrevistado. (...) No hay nada más triste que hacer una entrevista suave con la esperanza de mantener un contacto. Prepárate. Investiga. (...)”

⁴⁷ María Teresa Ronderos. et. al. *Cómo hacer periodismo*. p. 43

⁴⁸ Jorge Ramos. *Op. Cit.* p. 289

⁴⁹ Elena Poniatowska en el Prólogo de *Mujeres de palabra* de Verónica Ortiz. p. 13

⁵⁰ Oriana Fallaci. *Entrevista con la historia*. p. 11

⁵¹ Jorge Ramos. *Op. Cit.* p. 12-13

Haz preguntas que incomoden, que muevan, que saquen a relucir la realidad y el verdadero color del entrevistado. (...) Nuestra arma es la pregunta; no la desperdicias.”⁵² Dependerá de cada entrevistador si utiliza o no la grabadora o si prefiere sólo el cuaderno de notas. Sin embargo, la entrevista grabada “permite que no se pierda ninguna de las palabras dichas por el entrevistado, lo que posteriormente ayuda a reconstruir sus mecanismos mentales y sus formas de expresión más características.”⁵³ Una vez efectuada la entrevista, revisaremos todas las declaraciones obtenidas y demás material con el que contemos, para editar y jerarquizar. Entonces comenzará la redacción. En esta fase, “el periodista tiene no sólo el derecho sino el deber de editar la entrevista para hacerla más comprensible. Puede cambiar el orden de las preguntas, corregir las expresiones coloquiales o los defectos del lenguaje del entrevistado, acortar expresiones y prescindir de preguntas o respuestas inconducentes. Con esto se busca evitar respuestas extensas que quitan ritmo a la entrevista e impiden que el lector sienta que está leyendo una conversación fluida. Todo ello, por supuesto, con el criterio básico y fundamental de que no se desvirtúe la idiosincrasia del personaje ni la esencia de sus declaraciones.”⁵⁴

A la hora de escribir, muchos suelen decir que el personaje entrevistado “se impone” (esto como resultado de que también se impuso en el encuentro cara a cara de la entrevista) y es él quien va delineando la estructura de nuestro texto. Sin embargo, la periodista colombiana María Teresa Ronderos, dice: “El periodista es el dios de su historia. Es el que tiene el criterio para decidir quién aparece en el texto y quién no, quién habla y por qué, en determinado momento. Este poder también lo convierte en el único responsable de que su relato pierda ritmo si siembra en su escenario personajes irrelevantes o innecesarios, auténticos fantasmas que espantan al lector y lo hacen perder el hilo conductor de la narración. (...) Aquel principio general del periodismo relativo a que es mejor mostrar que decir, es doblemente válido a la hora de escribir un perfil. Es mejor reproducir momentos o anécdotas de la vida de un personaje que reflejen cómo es, que decirlo con algún adjetivo. (...) hay que ser poco generoso con los

⁵² *Ibidem*. p. 288

⁵³ Emmanuel Carballo. *Op. Cit.* p. 15

⁵⁴ María Teresa Ronderos. et. al. *Op. Cit.* p. 209

adjetivos y más pródigo con las anécdotas, las situaciones, las escenas que revelen quién es el personaje.”⁵⁵

En las siguientes páginas, basadas en los conceptos aquí expuestos, se encontrará la que puede ser considerada una entrevista-semblanza o una entrevista-perfil. En este caso lo que importa es el personaje y dar a conocer al lector el carácter, las costumbres y las circunstancias que forjaron su personalidad o las que lo condujeron a convertirse en lo que hoy es. Para ello se requiere dar una descripción física y psicológica del personaje, su forma de vida, sus amigos, su ideología, si es el caso. La descripción del lugar de la entrevista puede ser también una fuente de información muy valiosa acerca del entrevistado.

El perfil, “al igual que el reportaje o la crónica, es una manera de contar una historia y no sólo un complemento. Es una realidad vista a través de la historia detallada de una persona. Puede ser una época, una coyuntura, una hazaña, un oficio o una forma de vida.(...) Es entonces un apasionante género del periodismo que le permite al periodista desplegar habilidades diversas: debe investigar para ir más allá de lo aparente; tener la intuición para descubrir las motivaciones y anhelos del personaje; tener la sensibilidad suficiente para saber hasta dónde revela su vida íntima en aras de la historia que se quiere contar sin violar su privacidad; y ser metódico porque si no lleva cuenta precisa de los hechos podría perder la esencia de la historia en una montaña de anécdotas simpáticas pero irrelevantes.”⁵⁶

Es preciso aclarar que “un perfil no es un retrato al estilo de un óleo de Rembrandt que, como una biografía, revela cada detalle. La biografía tiene como objetivo central contar la historia completa de un personaje. El perfil, en cambio, quiere contar una historia a través de una persona.”⁵⁷

En un perfil de lo que se trata es de humanizar al personaje elegido. Hay que considerar cuáles son los giros principales en su historia; es decir, cuáles fueron los hechos que transformaron su vida o le dejaron huella. Se precisa elaborar una lista con ellos, ordenada del más al menos importante; y con esos puntos de quiebre, diseñar la estructura del perfil.

⁵⁵ *Ibidem.* p.122

⁵⁶ *Ib.* p. 175-176

⁵⁷ *Ib.* p. 177

Es preciso conocer todo lo que se sabe del personaje pero también, en una etapa posterior, alejarse de ese conocimiento. “Efecto de distanciamiento”, llamó Brecht a la técnica mediante la cual podían verse mejor situaciones y personajes cuando dejaban de pertenecernos y se nos volvían extraños y casi ajenos. Una vez conocido, el personaje tiene que salir de nosotros para poder verlo en una dimensión distinta a la afectiva.

Para obtener más datos, anécdotas y perspectivas, es conveniente acudir a los amigos, compañeros y adversarios de nuestro entrevistado. El retrato colectivo es la composición de un retrato con los fragmentos que otros personajes ofrecen del personaje central. En la elección de estos personajes secundarios cuenta la decisión del periodista. Debe saber desde el principio lo que busca, tener una idea clara de sus propósitos. Siempre aparecerá el “dilema de los personajes” ¿Por qué se eligen estos y no otros? ¿Cómo se podrá llegar al equilibrio? Pero hay, como ahora, un momento en el cual se tiene que poner un fin.

CARLOS MARÍN

UN RETRATO CON PALABRAS

Hay dos ritmos en la vida diaria de Carlos Marín. El primero es el de la rapidez: acumula encuentros en su oficina, llamadas telefónicas, lecturas, juntas editoriales, desayunos y comidas con amigos, compañeros y “fuentes.” Intenta sacar el mayor provecho a cada actividad en el menor tiempo posible. Pero también existe otro ritmo que lo regula. Uno que, prolongado, a modo de contrapunto, le exige una gran paciencia: la escritura de su Columna, la revisión de la primera plana del diario que dirige, algunas charlas con sus jefes, con sus familiares, aunque sea por teléfono.

En las ocasiones en las que abandona su oficina para recorrer la redacción de *Milenio*, Carlos Marín exhibe un semblante amigable y cordial con sus compañeros. Les habla a los demás con tanta familiaridad, con bromas, y a la vez con tanto compañerismo, que de pronto parece que todos se olvidan de que él es el director. Quienes están acostumbrados a sus recorridos dicen que es bueno para escuchar, observar, “olfatear” y registrar la noticia. Marín manda entre risas, ordena entre bromas, afirma mientras otros creen que sólo pregunta. Y su opinión es respetada y debatible cuando así le parece a alguien.

En todas las horas, a las ocho, a las once, a las seis, en todas las tardes, en todas las noches, en sus “ratos libres”, por supuesto en el trabajo, como sea y donde sea, el periodismo ocupa su existencia. Por eso, Marín es como un médico de las noticias: las detecta, les toma el pulso, las cuida, las alimenta con sus contactos y nunca, casi nunca, se le escapan.

Carlos es un nombre de origen germano. Dicen que a los que se llaman así les gusta dominar las situaciones en donde se encuentran inmersos, son exigentes consigo mismos y con los demás; son sociables y creativos; su naturaleza es diligente, cuidadosa y emotiva. Se expresan airoosamente en cualquier nivel y lo hacen como pensadores de alta responsabilidad moral, espíritu conservador y apego a la vida de los grupos humanos.

Carlos Marín Martínez nació el 2 de agosto de 1947. “Soy niño héroe 100 años después”, dice orgulloso. En 1947 el presidente de México era Miguel Alemán Valdés,

el “cachorro de la Revolución”, quien en ese año suscribió un convenio con Estados Unidos para legalizar la situación de más de cien mil braceros mexicanos que emigraron, sin llenar los requisitos establecidos. En 1947 también se firmó el Tratado de Paz en París, el cual definió la situación europea y asiática después de la Segunda Guerra Mundial; y se lanzó el Plan Marshall para la ayuda y reconstrucción de Europa. No obstante, cuando Carlos Marín ingresó a la primaria, su mamá y él notaron que la fecha escrita en su acta de nacimiento era 10 de septiembre. Pero a él no parece preocuparle ese error pues dice celebrar el 2 de agosto, el 10 y el 15 de septiembre: “esa noche hago un reventón en el Zócalo donde se asoma un buey en el balcón presidencial...”, dice riendo.

Cuando conversa con alguien, cuando da una conferencia, presenta un libro, o simplemente cuando convive con los demás, Marín saca a relucir que le gusta ser visto en primer plano para ser admirado por su autoridad y sentido del humor. Y la mayoría de las veces logra ser un imán, por lo que dice y cómo lo dice.

Carlos Marín es alegre, bromista, dicharachero, anti solemne, a veces “incorrecto”, pero no malo para las relaciones públicas; utiliza palabras altisonantes porque, para él, la mayoría son definitorias. Tal parece que se ha propuesto “desolemnizar” la vida misma, incluido el periodismo. Es mordaz para desafiar al poder y está siempre al servicio de la curiosidad.

El actual director editorial de *Milenio* tiene ojos pequeños, pelo escaso en la cabeza, tez morena clara, abdomen voluminoso, piernas cortas; mide un metro con 60 centímetros y pesa 60 kilos. Es franco y reservado a la vez, audaz y atento, directo y calculador. Reportero, siempre reportero entusiasta por su profesión: el periodismo es su pasión, su necesidad, su felicidad.

Su trayectoria como periodista profesional (de *El Día* a *Últimas noticias* de *Excélsior* y de ahí a *Proceso*, para luego desempeñarse como director editorial de *Milenio*) avala a Carlos Marín como un experto en los géneros periodísticos. Pero ha practicado más el reportaje. Él se encargó de documentar el espionaje telefónico en México a finales de la década de los 70; la difusión de casos como la existencia del grupo de exterminio de opositores al gobierno mexicano conocido como Brigada Blanca, en 1980; la venta por un millón de dólares del diario *Unomásuno*, en 1989; los documentos de El Búho, la DEA y Marcela Bondensted sobre el cartel del Golfo, en 1994; el plan del ejército para formar paramilitares en Chiapas, en 1998; la identidad del “informante anónimo” de la osamenta de El Encanto, en 1996; la urdimbre del asesinato de Amado Carrillo, el

Señor de los Cielos; el testamento de Emilio Azcárraga Milmo y la penetración del narcotráfico en el ejército, en 1997; la división del Ejército Popular Revolucionario y el surgimiento del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, en 1998; las deudas de la familia Fox en el Fobaproa, en 1999 y el informe militar sobre la muerte del guerrillero Lucio Cabañas, en 2000. A él se le debe aquel memorable titular con el que se conoce el caso que comenzó a mermar severamente las relaciones entre México y Cuba: “Comes y te vas”. Pero estos son sólo algunos de los tantos temas y acontecimientos que ha “reporteado” (Cfr. Lista de sus principales trabajos en el Anexo).

Durante muchos años Marín desdeñó el género de la Columna. “El columnismo ha empobrecido, cuando no degradado, el oficio periodístico. Esto se debe a que estamos plagados de pontificadores que creen que la vida es fácil. Yo no creo en la gente que tiene buenas ideas con la misma frecuencia con que se estornuda o con que se respira. Imagínate lo que puedo pensar de periodistas que todos los días creen amanecer con una gran idea”, le dijo a la revista *Líderes mexicanos* en febrero de 2003, cuando ésta lo consideró un “líder de la pluma” (junto a Raymundo Riva Palacio, Carlos Ramírez, Alfredo Jalife, Miguel Ángel Granados Chapa y Carlos Trápaga, columnistas también de la prensa escrita en México).

Pese a sus declaraciones, Marín escribe desde 1999, primero en *Milenio semanal* y luego en *Milenio diario*, su columna “El asalto a la razón”. Dice que se llama así porque “el mundo se volvió más loco de lo permisible.” Llegó a *Milenio* en mayo de aquel año después de su salida del semanario *Proceso*, publicación a la que le entregó 22 años y medio de su vida.

Carlos Marín fue parte del grupo de periodistas que abandonó *Excélsior* el 8 de julio de 1976, luego del golpe echeverrista al que llegó a ser el periódico más importante de habla hispana. Marín era reportero de *Últimas Noticias*, la edición vespertina de *Excélsior*. Allí había llegado procedente de *El Día*, publicación en donde se inició como reportero al egresar de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, institución a la que él, entre otros, representó en el movimiento estudiantil de 1968.

En *Últimas Noticias* su labor informativa aumentó al mismo tiempo que su aprendizaje “en la reportada diaria” y en la redacción de sus notas. Todo esto gracias a que un día decidió plantarse, “como los hombres”, ante Julio Scherer (su mejor maestro) para pedirle trabajo.

Posteriormente, Marín ayudó de manera sustancial a gestar, echar a andar y consolidar la revista *Proceso*. Cuando en 1996 Julio Scherer decidió dejar la dirección del semanario, se acordó instalar una “dirección colegiada” integrada principalmente por Carlos Marín, Rafael Rodríguez Castañeda y Froylán López Narváez. Sin embargo, luego se optó por elegir a un nuevo director. “Obviamente sabíamos que el señor Scherer quería que fuera Rafael”, afirma Marín, quien no aceptó someterse a una elección, “porque se violaba un acuerdo establecido” y decidió irse. 22 personas también abandonaron la revista para seguirlo y desde entonces, para él, *Proceso* se volvió “una mierda.”

Pero aunque Marín salga de un medio de información para irse a otro, su trabajo no deja de tener singularidad reporteril y estilística: sus reportajes, crónicas y entrevistas, resultado de la combinación de olfato, cruce de datos y verificación, son estimulantes para el oficio informativo en México. “Yo creo —subraya— que el mejor periodista es el mejor reportero, porque quien no domina la nota informativa nunca podrá hacer un reportaje, que es el género mayor por encima de cualquier otro.”

Por ello, Marín cumple con las características descritas alguna vez por Luis Spota: es un general del diario. “Del que va a la batalla cada día y cada día ve el resultado de su combate: el triunfo o el fracaso. No se pierde esa vibración, esa emoción que produce el periodismo, divina, casi orgásmica. El día que eso se pierde, se está muerto pues quiere decir que no se tiene vocación.”

Y también practica las condiciones fijadas por Renato Leduc para ser periodista: “No ser pendejo, darse cuenta de las cosas, analizar los sucesos para saber no sólo de dónde provienen, sino sopesar la importancia que tienen; escribir la noticia y el comentario en forma sincera.”

En efecto, Marín da la sensación de ser todo un general del periodismo. Da la impresión de ocupar ese rango que se encuentra en la cima de la jerarquía militar, sobre los oficiales superiores (comandante, mayor, coronel), los oficiales subalternos (teniente, capitán) y los suboficiales y los conscriptos. Así, el general-periodista comanda una unidad más grande que un regimiento (de reporteros).

También estuvo al frente, durante 19 años, de varios alumnos en la Universidad Iberoamericana. Además, fue profesor, durante un semestre, de Géneros Periodísticos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; cinco años en el Programa

Centroamericano de Periodismo en la Universidad Internacional de Florida y, también durante cinco años, coordinó los talleres de Redacción Periodística impartidos en el Palacio de Minería de la Universidad Nacional.

Sin embargo, sostiene que ahora no extraña dar clases. “No hay tiempo de echar de menos nada con todo lo que tengo que hacer en *Milenio*”, dice.

En su rutina periodística, si Carlos Marín tiene el compromiso de asistir a un desayuno a las ocho de la mañana, se levanta a las 6:30. Si la hora fijada es a las nueve, la cual es mucho más frecuente, se levanta a las 7:30 de la mañana. Sale de su casa en la colonia del Valle rumbo al restaurante acordado con la persona o personas con las que se citó. (Varias veces se trata del Centro Libanés, al sur de la ciudad de México).

Después, Marín se dirige a las instalaciones de *Milenio* porque a las 11:30 en punto comienza la primera junta editorial del día, en donde se empieza a preparar la edición del periódico que aparecerá al día siguiente.

Desde mayo de 1999 Carlos Marín se incorporó a *Milenio*, luego de su renuncia al semanario *Proceso*, como director editorial adjunto. Después de la salida de Raymundo Riva Palacio, el primer director de *Milenio diario*, Marín ocupó la dirección general a partir del 12 de octubre de 2001 y desde entonces ha desempeñado una serie de funciones similares a las descritas por el director fundador del diario madrileño *El País*:

“Sólo otorgándole poder al director podrá este convertirse en un medio de comunicación fuerte e influyente. (...) Cuando fundamos *El País* existía una corriente muy en boga de dar el poder a las redacciones, (...) yo defendí siempre la autoridad y el poder del director, representante de la empresa, y responsable genuino de la línea editorial. Para mí ese poder se simbolizaba y justificaba en dos cosas concretas: derecho de veto sobre todos los originales —incluidos los de publicidad— a fin de que no se publique en el diario nada que su director no quiera y capacidad autónoma de organización de la redacción, de forma que sea el director quien decida en cada caso —personalmente o por delegación— quién escribe qué noticia. (...) Las interferencias de los editores, propietarios o no, y muchas veces simples herederos, de algunos periódicos sobre la línea editorial de los mismos son con frecuencia la causa funesta de la mengua hasta su desaparición. (...) Un director es siempre representante de la empresa, que debe mantener la capacidad de nombrarle y separarle del cargo, pero al mismo tiempo juega un papel difuso de mediador entre su redacción —sin la que sería imposible el periódico— y la propiedad. (...) El armador sería el editor y el capitán, el director. Es el armador quien determina a dónde debe dirigirse el paquebote, pero es el capitán quien determina el rumbo a fin de llegar a puerto deseado. (...) Una formación sinfónica está compuesta de hasta más de cien solistas, especialistas cada uno en un instrumento, que deben saber tocar al unísono de acuerdo con una cadencia y un ritmo que alguien marca. Nada más parecido a una redacción. Porque además se comprobará que la misma sinfonía ejecutada por el mismo elenco pero bajo batuta diferente puede sonar de manera bien distinta. (...) Siempre he dicho que los periódicos se parecen a sus directores, y que éstos acaban por prestarles no pocas características de su temperamento. (...) Un diario es una tarea de equipo, que debe ser liderada por alguien, pero que resulta imposible llevar a cabo en solitario. De modo que el

director debe saber combinar la delegación de poderes con el carisma necesario en la toma de decisiones. (...) El director, además de determinar los titulares de primera y qué dirá el editorial de mañana, gasta una enorme parte de su tiempo en escuchar a los redactores, en despachar con el dueño, recibir embajadores y contestar llamadas telefónicas de individuos poderosos proclives a la amenaza. (...) Esta es la cumbre de nuestra profesión, a la que todos debemos querer llegar. Por último, los buenos alpinistas saben que es peligroso quedarse mucho tiempo allá arriba. El mal de altura no es algo que únicamente aqueje a los políticos.”⁵⁸

Pero Marín afirma no saber si se bajará algún día de la dirección de *Milenio*: “nunca fue mi sueño ser director. Nunca lo pensé. Yo no busqué este cargo y lo que trato es de cumplirlo a partir de un enfoque sustantivo en esto: el reporteril”.

Los que conocen el diario por dentro aseguran que es una publicación que ya no se puede concebir sin la personalidad de su director quien, siempre de traje y corbata, dirige el periódico desde hace más de cuatro años y vive día a día (días festivos y vacaciones incluidas), hora a hora, minuto a minuto, por y para la información.

Cuando el director llega al periódico, el personal de intendencia se encarga aún de la limpieza de la Redacción. Son cuidadosos de no destruir algún papel importante que los redactores han dejado, quizá por descuido, en un mal lugar.

Poco antes del mediodía, llega a la oficina de Marín su secretaria-asistente-receptora y editora de los artículos de opinión que, de lunes a viernes, aparecen en la sección Acentos de *Milenio*. Claudia Amador le ayuda a su jefe con la agenda, contesta siempre el teléfono y con ella hacen antesala los que desean entrar a hablar con el director.

Antes del mediodía, también, comienzan a llegar los editores de todas las secciones del diario.

Cuando dan las 11:30 de la mañana, los editores y el director se reúnen en una larga mesa de madera dentro de una habitación acristalada ubicada frente a la oficina de Carlos Marín. En esta primera reunión periodística del día se comienza a planificar el periódico del día siguiente y se comenta, brevemente, el que ha salido a primera hora de la mañana a la venta.

Las sillas alrededor de la mesa se van ocupando sin ningún orden preestablecido y comienzan a escucharse los temas previstos para la jornada del día y cómo se tiene pensado tratarlos. Muchas previsiones se mantendrán, otras serán como un globo que se desinfla y surgirán otras no previstas.

⁵⁸ Juan Luis Cebrián. *Op. Cit.* p. 108-116

Aproximadamente 30 o 40 minutos después termina la junta y el director vuelve a su oficina. Lee los diarios de la competencia, responde correos electrónicos, atiende el teléfono y a los visitantes. A veces hace un recorrido por la Redacción para saludar a sus compañeros y preguntarles cómo van en su trabajo.

Como a las 2:30 de la tarde, Marín va a comer.

“Un periodista también vale por lo que valgan sus fuentes”, dice una vieja lección de periodismo, y Marín cultiva a sus “fuentes”, las frecuenta con cierta periodicidad y, cuando le demandan confidencialidad, no los traiciona.

A las cinco de la tarde nuevamente la plana mayor periodística de *Milenio* acude a la sala de reuniones de la Redacción para participar en la confección de la primera plana: cada editor expone la nota más importante de su sección y se discute el lugar que ocupará en la portada. Esta primera página habrá de revelar la capacidad y potencia informativa del diario y, al mismo tiempo, será su arma de venta.

Entonces se despliegan los ingenios y la profundidad editorial para titular las informaciones principales y elegir las fotografías que han de acompañarlas, incluso la forma y el tamaño en que éstas deben publicarse; los diseñadores toman nota y ¡manos a la obra!... Esta junta dura más que la primera.

Luego, Marín vuelve a su oficina para escribir “El asalto a la razón”, la columna que publica los lunes en la página tres de *Milenio* y de martes a viernes en la primera plana. Aunque a veces puede atravesarse algo, otras actividades que no le permitan escribir de manera más o menos extensa, como lo hace diario. (Así ocurrió hace poco. Sólo redactó un párrafo: “Por haber nacido en la ciudad de Puebla, única en la que se ha dado una batalla victoriosa por la dignidad nacional (5 de mayo de 1862), el autor de estas líneas tuvo ayer por la noche el recanijo gusto de asistir a la inauguración de *Milenio* en ese estado, donde se imprime y circula desde hace dos meses y medio, y estuvo tan contento que decidió únicamente dejar constancia de este gozoso acontecimiento.”⁵⁹)

Después, continúa viendo las pruebas de portada (que a cada rato cambia), lee, edita y a veces agrega los acontecimientos que se colocan en la columna “Trascendió...”, elaborados por reporteros, editores y fuentes cercanas a ellos; atiende el teléfono y

⁵⁹ Marín, Carlos. “El asalto a la razón. Milenio Puebla.” *Milenio Diario*, viernes 15 de abril de 2005. p. 6

revisa y corrige algunas planas más del periódico para luego dar el último visto bueno a la primera plana y así envíen el periódico a la rotativa.

Finalmente, como a eso de las 12 de la noche, Carlos Marín se retira a su casa a descansar e iniciar al día siguiente una nueva jornada tratando de no perder su humor, su obsesión por el sentido común, su capacidad de reaccionar cuando percibe un “atentado contra la inteligencia”, su disposición para cazar noticias, sin olvidar su papel como director y cabeza de reporteros.

CARLOS MARÍN ENTREVISTADO

— Una tesis sobre mí?
— Sí
— ¿Crees que soy tu pendejo? ¿Que tengo todo el tiempo del mundo para contestarte quién sabe qué cosas?... ja, ja... Bueno, ven mañana a mediodía. Y así va a ser, a ratitos, porque siempre tengo muchas cosas que hacer. ¿Estamos?...

Así reaccionó Carlos Marín cuando le planteé la idea de hacer una semblanza de su trayectoria periodística.

Corto de seriedad y sobrado de buen humor, sus ojos y su sonrisa se burlaban de mí y de él, de las próximas entrevistas.

Acudí entonces al día siguiente, pero Claudia, su secretaria (quien en reiteradas ocasiones intercedió por mí, para que Carlos Marín me recibiera) me dijo que no se podría realizar la entrevista porque Marín debía recibir a otra persona. Me pidió volver una semana después. Resignado, me dispuse a retirarme.

De pronto Carlos Marín salió de su oficina. Me dijo que lo sentía, que lo disculpara, que así es el periodismo: lleno de cosas inesperadas. Me dio un abrazo y cerró la puerta.

Volví una semana después, al mediodía (con excepción de una, todas fueron “charlas de mediodía”, después de la primera junta editorial).

— ¿Otra vez tú?, pinche terco, ¿qué quieres?, ja ja ja, pasa..., me dijo al tiempo que estrechó fuertemente mi mano.

Se efectuó entonces la primera entrevista en, aproximadamente, hora y media (sin contar las interrupciones de varias llamadas telefónicas que él tenía que atender) y al final dijo:

—Mira: la verdad, no creo que tenga mucho sentido esto de conocer mi trayectoria periodística. Bueno, para ti sí. Pero a mí me estás agarrando de tu *pendejillo de indias*. Yo estoy trabajando para ti, pero está bien, si tú quieres, pues... Es parte de la diversión, porque si no me divierto ¿para qué seguimos platicando? La diversión que le encuentro a esta conversación es que tú me estás usando, yo me estoy dejando usar y quiero que el resultado no te sirva de nada... Que te vaya mal. A ver cuándo nos volvemos a ver, ja ja ja ja... —dijo para despedirse con un abrazo.

Siempre tiene esa actitud de bromista.

Todas las entrevistas se llevaron a cabo en su oficina, dentro de la Redacción del periódico *Milenio*.

* * *

Las instalaciones de *Milenio diario* están situadas en el edificio marcado con el número 16 de la calle Morelos en la colonia Centro de la Ciudad de México; a un costado del viejo inmueble de Novedades Editores cuya primera piedra fue colocada por Porfirio Díaz el 16 de junio de 1909, y a dos cuabras del metro Juárez. Todo el personal que labora en *Milenio* se trasladó hasta aquí, procedentes de las oficinas que tenían en la colonia Tabacalera, desde hace dos años. Primero en la planta baja y, desde hace algunos meses, en el tercer piso.

Si subes por el elevador, bajas en el tercer piso y abres la puerta de tu lado izquierdo, encontrarás la oficina de Carlos Marín. Al entrar, pasas a una especie de recibidor donde se encuentra Claudia, su secretaria, quien anuncia a los visitantes. Cuando Marín lo indique, puedes pasar. Te recibe con un fuerte y apretado saludo, mirándote fijamente a los ojos.

En su amplia y cuadrada oficina, una pared es completamente de cristal y por ahí se puede ver a la calle. Otras dos tienen un gran ventanal desde donde puede ver parte de la redacción del periódico, pero todos los cristales están cubiertos por unas persianas grises, las cuales permiten la entrada de poca luz natural, por lo que casi siempre es necesario encender la luz eléctrica. En un extremo, sobre el piso acabado en madera, hay una mesa redonda con 4 sillas negras.

Del otro lado, el que da hacia la calle, se encuentra el escritorio de madera del mismo color que el piso. Sobre él se hallan los periódicos del día, lápices y bolígrafos, algunas pastillas de menta inglesa, hojas blancas y una computadora negra de pantalla plana con la que trabaja Marín y en donde tiene una base de datos con todos sus trabajos que ha realizado a lo largo de su carrera periodística.

A un costado se ubica otra pieza de madera que conecta con el escritorio y sobre la que está un teléfono digital blanco y un radio antiguo, como de los años 30 del siglo XX. Le sigue un librero en el que hay una pequeña bicicleta dentro de una caja de cristal, una cabeza negra de Darth Vader, el villano de la guerra de las galaxias y un “Peje-muñeco”

(réplica caricaturesca de Andrés Manuel López Obrador). Después hay un archivero y frente al escritorio hay un sillón negro de piel para dos personas.

Mientras se desarrolla su vida rápida, Marín accede a conversar sobre ella; más por conciencia profesional que por el gusto de la confidencia. Se sienta, deja caer los brazos en el escritorio de su oficina y espera la primera pregunta. De una cajetilla de cigarros Malboro rojo saca uno y lo enciende. De esta manera, se dispone a efectuar el escrutinio de su trayectoria periodística.

Durante las entrevistas Marín no abandonó su trabajo, continuó (continuará) pendiente de lo que sucedía (y sucederá). Está acostumbrado a las interrupciones; con ellas trabaja. El teléfono suena, su secretaria, editores o reporteros entran repentinamente exigiendo respuestas instantáneas a preguntas urgentes.

Un deslumbrante sentido del humor reina su conversación. Escucharlo provoca risas pero, al mismo tiempo, aprender lecciones de periodismo. Y cuando de hablar de periodismo se trata, Marín se esfuerza por ser claro y deslumbrante. Dice que no es un ser humano perfecto, pero eso sí, eternamente fiel a sus principios.

Siempre procura dirigir la entrevista y hacer lo que le da la gana al intentar saltar de tema en tema con la destreza de un trapezista. Y a cada pregunta responde contando una historia pues su memoria viaja en el tiempo para recorrer pasajes de su vida e identificar personajes conocidos o situaciones vividas, mismas que platica con la alegría o el resentimiento que esas vivencias le dejaron.

Marín habla como si lo estuviera haciendo para un público numeroso y no sólo para el entrevistador, pues eleva su voz y utiliza ademanes para precisar sus palabras. Parece tranquilo, pero de pronto le saltan expresiones que reflejan sentimientos encontrados; la mayoría de sus afirmaciones son directas y seguras; sin embargo, algunos nombres y fechas le son difíciles de recordar.

Varias de sus respuestas provocan otras preguntas.

Carlos Marín mira entre burlón y tímido y, al mismo tiempo, arteramente. Sus ojos pequeños, agudos, se clavan en la mirada del interlocutor como navajas. Registra cada detalle, cada movimiento y nada se le escapa. A veces, con sus ojos, reprueba alguna afirmación o se escuda tras una sonrisa y a algunas preguntas intenta desbaratarlas con sus ocurrencias.

Después de un rato de llevadas a cabo las “charlas de mediodía”, frecuentemente Marín consulta el reloj para dar la señal de terminar porque él tiene otro compromiso y se levanta para advertir que la entrevista está por concluir.

Afuera, pláticas en la redacción: “Un notononón”. “¿Qué te parece esta cabeza?” “¿Ya están las fotos?”...

* * *

Pues bien, este entrevistador ha decidido exiliarse del texto. Doy preferencia a la primera persona para que tú, al leer el relato, tengas la sensación de escuchar al personaje frente a ti. Yo ya tuve la aventura de escribir este trabajo; ahora tú adéntrate en la aventura de leerlo. Da vuelta a la hoja, acorta distancia y deja que sea Carlos Marín quien te conduzca con sus propias palabras que hacen los recuerdos de su experiencia periodística.

CARLOS MARÍN

UN PERIODISTA ANTE EL ESPEJO

El mayor atrevimiento que tenemos los periodistas es enfrentarnos a la *escribidera* sabiendo que poseemos muchas deficiencias, tanto de conocimiento como de comprensión, y resolver así el entuerto con dominio del lenguaje, con buena redacción, con capacidad para articular una realidad caótica, o lo que suponemos que es una realidad o un pedazo de la realidad. Lo digo sin titubeos: el mayor atrevimiento es firmar un texto exponiéndose a escribir puras cosas sin sentido; porque lo que no se entiende no debe escribirse.

Hace ya varios años, Julio Scherer García me acendró la idea de que “el periodista es un cazador en permanente estado de alerta.” Y sé también que lo importante de las publicaciones periodísticas son los reporteros y no los opinadores, por muy inteligentes que éstos sean, porque la materia prima la aporta el reportero.

Y aquí hay que aclarar algo: el periodismo es de ejercicio. El periodismo es de nalgas más que de cabeza. Tienes que estar escribiendo, corrigiendo, volviendo a redactar... sin olvidar, ¡nunca!, que los asuntos periodísticos son importantes por sí mismos y no tienen que mezclarse con el trabajo periodístico ni las relaciones personales ni los intereses económicos. Al decir relaciones personales, también se excluyen las de la empresa.

Si bien es cierto que el trabajo periodístico requiere de conocimiento de personas, cultivo de la relación y una buena dosis de credibilidad ganada a partir del trabajo mismo para estar en la jugada de muchas cosas, las filtraciones no caben.

Estoy convencido de que se cede en todo, menos en los principios. Mientras no sea un asunto de fondo, se pueden permitir muchas cosas a casi todo mundo. Pero cuando es de fondo, entonces digo: *Di no a las mamadas*, para no admitir atentados contra la inteligencia.

Cierto, durante mi estancia en *Proceso* hice grandes reportajes con, digamos, información “privilegiada” que yo conseguía gracias a la investigación que realizaba. Pero yo no creo en las filtraciones: no soy coladera.

Tu puedes filtrar un cedazo, una tela que lo permita, una alcantarilla, entonces ahí se filtra la mierda... No creo en las filtraciones, pero sí creo en la feliz coincidencia entre una fuente conocida, la solidez de la información y el interés periodístico. Y a eso yo no le llamo filtración.

Por ejemplo, en el caso específico del reportaje sobre la Brigada Blanca⁶⁰ te diré que no es mi primer reportaje, pero sí el primero que se publicó sobre la corrupción en la policía que encabezaba Arturo Durazo Moreno.

Yo tenía un conocido que aplicaba una cosa que bauticé como “El gabardinazo”. Es decir, él conocía a algunas personas en distintas corporaciones; llegaba, saludaba, ponía su gabardina sobre una pila de papeles y cuando se iba alzaba su gabardina y se llevaba las carpetas.

Y platiqué con él qué hacer y cómo hacerle.

Yo quería documentos en los que se plasmara la corrupción de la policía de Durazo. Así me enteré, por ejemplo, de que vendían las pistolas, las cachuchas y se robaban los fondos de ayuda para casos de defunciones... En esta pesca de documentos, de pronto empiezan a surgir los de la Brigada Blanca; entonces, ¿filtración de qué?

Necesito conocer a la persona, tener una comunión de confianza e interés para ver y valorar los documentos.

Te voy a poner un típico ejemplo de documento filtrado: en el año 2000, el día de las elecciones que ganó Vicente Fox [2 de julio], el periódico *Excélsior* dirigido por el golpista Regino Díaz Redondo, publicó a ocho columnas algo así como los gastos y despilfarros de Vicente Fox en su campaña. Lo que publicó *Excélsior* ese día yo lo tenía en mi escritorio como tres semanas antes. ¿Por qué en *Milenio* no se publicó?, porque lo vi llegar en un paquete anónimo: era una filtración para ver quién caía.

Yo nunca he sido filtrado ni infiltrado. Es más fácil que yo me infiltre en algo para ver qué pasa. Y esto es metafórico. Pero yo no soy coladera y desprecio mucho a los supuestos periodistas que hablan de la filtración como algo que valiera la pena o dignificara el oficio. ¡Yo nunca he trabajado una filtración!

* * *

⁶⁰ Cfr. Carlos Marín. “Pese a negativas públicas hay pruebas. La Brigada Blanca existe y vive en el Campo Militar Número Uno.” *Proceso*. No.166. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 7 de enero de 1980.

Cultivar relaciones personales no limita mi trabajo: una cosa es ponerte a platicar con una persona y otra cosa es levantarte a bailar con ella. Con las personas-fuente se da cierta relación de cuatismo: yo digo de fulano de tal: ese es cuate, le puedo hablar.

Es muy difícil que se dé una relación entre periodistas y políticos. La amistad es otra cosa. No se debe usar una amistad para conseguir información. Yo sé separar a mis amigos de conocidos, cuates o algo por el estilo en la administración pública o privada que no son precisamente amigos.

Me importa mucho poder acceder a personas para efectos de trabajo y no hago con esas personas actos que me impidan volver a hablar. Es juego abierto: a ver, don fulano, yo quiero esto; o a ver, perengano, quiero que me dé información sobre esto. Me dicen por ejemplo: “oye, te digo esto y esto y lo puedes publicar, pero tal cosa te la digo para que normas criterio y no la puedes publicar o atribuir a mí.” Entonces yo veo cómo lo resuelvo y no traiciono ¡nunca! lo dicho en la conversación.

A la gente se le debe reconocer o respetar por hacer bien su trabajo. Yo puedo tener un amigo que se dedique a lo que tú quieras. Amigo, ex compañero de escuela, un periodista, un abogado, un médico... Él debe saber que yo me dedico a informar, ese es mi oficio. Pero si yo sé que el médico revende medicinas, cobra como si fuera cesárea ponerte un curita y es importante que se sepa, yo lo publico. Sin duda, y además con gusto. Diría: “yo te quiero mucho pero te estas pasando.” Como también pienso lo mismo para quien si ve que yo hago algún trabajo sucio, negocios turbios... ¡Que me delate! A la gente se le debe respetar por lo que hace, no por cuánto la aprecias.

Yo recurro constantemente a mis fuentes. Bueno, no con fuentes así en abstracto, sino con personas. Tengo una relación muy fructífera con personas que a consecuencia de mis trabajos han quedado de la muy mal ante la sociedad. ¿Por qué?, pues porque los puedo ver a los ojos. Siempre digo: “oye ¿no me lo dijiste?, ¿no está aquí el documento?...”

Cuando mis trabajos tienen consecuencias simplemente digo: “qué bueno que tuvo sentido.” Y ya, me voy a otra cosa. No tengo ninguna sensación de poder. No suelo detenerme en lo ya hecho. Quien hace eso tiene un padecimiento característico de mucha gente que se dedica al periodismo: creen que son factores clave del cambio y de no sé cuántas cosas más...

Y esos periodistas terminan enloquecidos, terminan trepados en su ego y luego se ve cómo caen, porque el periodismo no es trascendente.

* * *

Ya ni sé si me han ofrecido chayos o embutes. Quizá en el periódico *El Día*. Yo ya no quería seguir cubriendo fuentes de la ciudad de México, concretamente la regencia, y me decían que era un tonto porque había lana para los reporteros. Pero no, yo no le hago a eso.

El que se mete al fuego corre el riesgo de quemarse y entonces procuro evitar estar en el fuego. Hay una serie de trabajos o una línea de conducta que hace que ya no se le ocurra a nadie acercársete para corromperte.

* * *

El periodismo es efímero. Sal a la calle a ver quién se acuerda de mi reportaje de la Brigada Blanca. ¡No'mbre!... Se acuerdan de un eclipse, del Tsunami, de la batalla de Puebla, pero no de cosas periodísticas. Yo ahora te hago un test de acontecimientos periodísticos y te hago pedazos porque casi seguramente sé más que tú o tengo mejor memoria, y no por antiguo.

De casos recientes nadie se acuerda. El periodismo no trasciende. Los hechos son los que trascienden, las consecuencias en donde quizá se cruza también un periodista. La guerra de Bosnia o de Ruanda o la guerra de Irak nos llegaron a través de versiones periodísticas. Pero quién se acuerda del camarógrafo que tomó por ejemplo la muerte de un periodista en Nicaragua, acontecimiento que precipitó el desconocimiento de las relaciones de México con [Anastasio] Somoza. Se vio en esas imágenes cómo un soldado lo ejecutó con un tiro en la cabeza. Ya no digas quién se acuerda del difunto, ¿quién se acuerda del que grabó esa situación? Sólo algunos, muy pocos, nos acordamos.

Nadie se acuerda tampoco del periodista francés que grabó su propia muerte en el golpe de estado en Chile, cuando de una acera a otra está apuntando su cámara a unos soldados y desde enfrente un tipo le dispara y se ve cómo dirige el otro disparo a la cámara y el espectador se siente fusilado. Trasciende sólo el hecho.

* * *

Está bien que mucha gente no sepa quién soy, qué bueno. Total... mejor que sepan dónde llevar a la escuela a sus hijos o qué comer o cómo usar ahora el Metrobús o qué coche comprar.

Sé que sí soy reconocido, no me hago tarugo con eso, pero yo no soy el inventor de la imprenta ni del periodismo. No. Mi trabajo en *Proceso*, sin duda, estoy consciente, contribuyó a la solidez que llegó a tener la revista. Pero también estaba el trabajo de otros periodistas bajo la conducción del señor Julio Scherer García. A mí me satisface, eso sí, y no tengo empacho en decirlo, que la mayor parte de los trabajos fueron iniciativa mía, fueron mis contactos, mis propias capacidades. Yo no necesitaba que desde arriba me dieran a hacer un trabajo más o menos digerido o planchado.

Y jamás me prohibieron un tema. ¡Jamás! Algunas veces, sobre todo por iniciativa de Vicente Leñero, se hablaba de un tema y se decía: “este tema está como para que lo trabaje Marín.” Así por ejemplo trabajé hasta reportajes metafísicos como la inexistencia de Juan Diego; o fui a Santo Domingo (República Dominicana) a entrevistar a Fernando Benítez porque en México las bandas culturales de *Vuelta* y *Nexos* se estaban agarrando a chingadazos... y tengo claro que a otros se les ocurrió, ya fuera el señor Scherer o Leñero.

Pero la mayor parte de los asuntos yo los llevaba, los planeaba y cada quién sabe cómo se rasca las liendres. Yo me las rasco como puedo.

No es importante el reconocimiento. Las de los periodistas son grandes historias de pequeños hombres. ¡Son historionones! Yo conozco algunas, he vivido algunas muy importantes. Sí, pero son historias grandes de pequeños hombres. Grande Cortazar porque tenía su enfermedad de crecimiento y su gran obra literaria. ¿Grande?, pues debió haber sido Catalina La Grande, yo no sé cuánto medía. Yo mido uno 63 y peso

como 55 kilos; bueno, eso la última vez que me pesé hace como 2 años, creo que ahora pesaré como 60.

* * *

¿Por qué quise ser periodista?... No tengo la menor idea..., pero yo aprendí a leer con periódicos y con poemas de Ramón de Campoamor cuando tenía cuatro años; aprendí también con *El Sol de Puebla*, que era un periódico muy reaccionario, de la cadena García Valseca.

Los poemas de Ramón de Campoamor son poemas que seguramente te parecerán muy cursis. Por ejemplo, uno decía:

*Sólo una vez te vi
pero mi mente
te estará contemplando eternamente.*

Otro:

*Perdí media vida mía
por cierto placer fatal
y la otra media daría
por otro placer igual.*

Al mismo tiempo, sobre todo los sábados y domingos, mi abuelo, Felipe Martínez Villanueva, nacido en Santiago de Compostela, y mi madre, Dolores Martínez Ortiz, nacida en la Ciudad de México, me ponían a leer, lo mismo el periódico que a Ramón de Campoamor.

A mí me llamaba la atención que yo estaba leyendo *El Sol de Puebla* y a veces mi abuelo estaba viendo para otro lado y yo me equivocaba en la lectura. Decía, por ejemplo:

—El fuerte de Lareto...

Y mi abuelo sin voltear decía:

—Loreto, Carlitos.

Y para mí era un acto de magia; ¡¿Cómo podía saber él las letras que yo tenía enfrente?!...

En mi casa siempre hubo *El Sol de Puebla* y *La Voz de Puebla*. Con el tiempo aprendí a “leer al revés”, porque esos periódicos eran tan reaccionarios que lo que sucedía en la

ciudad a nivel social o político, yo lo veía de un modo y en el periódico se decía otra cosa. Aprendí como a decodificarlo. Por ejemplo, en *El Sol de Puebla* sacaron un día, en primera plana, el primer vuelo del hombre a la estratosfera a una columna, y meses después, sacaron a ocho columnas el primer vuelo de un astronauta estadounidense. El gringo sólo había subido y bajado y, el otro, que era ruso, había subido y le había dado tres vueltas a la tierra y luego bajado. Y yo decía: “¿por qué al segundo lo pusieron más grande o le dieron más espacio que al otro?” Encontraba así el revés de la lectura.

Con el tiempo, ya estando en la Ciudad de México, un amigo me invitó a la fiesta de graduación de su hermana.

— ¿De qué va se a graduar? —le pregunté.

—De periodista —me respondió.

Yo en ese tiempo quería estudiar Petroquímica, en el Poli [Instituto Politécnico Nacional].

— ¿A poco se puede estudiar periodismo?

—Sí —me dijo.

— ¿En dónde?

—En la [Escuela de Periodismo Carlos] Septién García.

—Ah...

Ya no fui al Poli y me matriculé en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Y por eso soy periodista.

Yo no sé si tengo vocación de periodista, pero lo que sí sé es que ahí se dio una coincidencia feliz, porque a mí me gusta dizque estar informado; aunque, con el tiempo, te das cuenta de que entre más crees saber, menos sabes.

Tengo varios arrepentimientos, pero profesionalmente quizá es no haber terminado la carrera de periodismo, haberme salido el último año con la idea de cómo que me iban a enseñar a escribir o a leer y por eso me privé de un título que tal vez me hubiera permitido hacer un posgrado. No obstante, yo he dado clases de posgrado, ¿cómo la ves?... Por ejemplo en la Universidad Internacional de Florida, durante 5 años.

* * *

Mi mayor cualidad, entre comillas, es mi obsesión por lo lógico-racional. Esto a veces se traduce en que me dicen:

—Oye, ¿te quito 10 minutos?

—No, yo no te quito nada —contesto, y me sigo.

O me dicen:

— ¿Me quieres regalar un cigarro?

— ¡Desde luego que no! Si quisiera ya te lo hubiera dado, ¿no?...

Es una especie de obsesión por el sentido común.

Lo que más puedo apreciar en la vida es a mis dos hijos.

Para mí, la pareja es interlocución; la familia y México son a todo dar; los amigos son pocos, pero muy buenos; la política es una mierda; la religión es el opio de los pueblos, decía mi tocayo Marx; y el ejército es un mal necesario.

Mira, hay veces que el insulto es sólo una descripción. Pero un buen insulto se toma como tal porque algo al insultado le dice que es cierto lo que le están diciendo; si no, no agravia, no ofende. Hay insultos que se escurren, pero yo creo que los que pegan son los que tienen sustento, aunque frecuentemente se toma como insulto una mera descripción, por ejemplo decirle a alguien ¡hijo de la chingada!

Lo que más valoro en mis amigos es la congruencia, la dignidad, la lealtad. La amistad se puede medir con la prontitud en que responden a un llamado, o uno responde a un llamado de los amigos. Ellos son como muchas cosas en la vida: son históricos y por lo tanto cambian, y yo tengo grandes amigos, sobre todo compañeros de profesión.

Enemigos no tengo y no creo que haya quien se sienta mi enemigo.

Varias veces en mí vida me he sentido valiente, pero no trabajo de valiente, por ejemplo al enfrentar a un policía o a una turba. En una ocasión, un imbécil de la Interpol me sacó una pistola y le dije:

— ¿Por decirte arbitrario me vas a matar?

¡No entendía la relación entre decirle arbitrario y que sacara la pistola...! Y después de eso, vino la temblorina.

Yo creo que nunca me he sentido cobarde. Soy sensato: no creo conocer la cobardía. El miedo sí, sobre todo en maniobras automovilísticas; también sentí miedo en Tlatelolco

porque estuve ahí con Óscar Hinojosa (quien ya murió). Miedo ante la impotencia cuando una persona querida se está muriendo..., miedo a la muerte.

¿Qué cómo me gustaría morir? ¡Qué preguntas!... Para empezar, no me gusta la idea de la muerte. En todo caso, me gustaría de tal manera que ni cuenta me diera y que no causara estragos sentimentales en la gente que me quiere. Sería casi la muerte ideal.

He resentido acciones miserables. Entre las más fuertes, el 2 de octubre de 1968. O en alguna otra turba en donde sientes que estas en Tláhuac; entiendes que las turbas son muy propensas a sacar el reptil que todos llevamos dentro. Ese tipo de cosas forman parte de la miseria humana.

Me identifico con varios personajes históricos. Hay personajes de alcance internacional importante, no se diga el Che Guevara, de quien aprendí que el primer deber de un revolucionario es sobrevivir, lo cual me parece de un sentido común maravilloso, porque ¿de qué sirven muchas banderas si la gente se expone a sin pensarlo? El Che no fusilaba a los soldados de la dictadura de Batista, les decía “soldaditos” y los dejaba libres. También está su proclama espléndida de hacer en el mundo uno, dos, tres, más Vietnam. Aunque ahora vemos que los gringos ya se lo hicieron a sí mismos en Irak, en donde en lugar de selva están atascados en el desierto y no van a salir en muchos años.

Ya te digo: me encanta la historia. Y ligo muchas de mis cosas con la historia. Yo, por ejemplo, soy niño héroe 100 años después. Nací el 2 de agosto de 1947 en la capital de Puebla. En efecto, nací el 2 de agosto, pero con el tiempo, cuando estaba en la primaria, nos dimos cuenta en la casa de que mi acta de nacimiento registraba una fecha equivocada: el 10 de septiembre, lo cual me hace más joven un mes 8 días.

* * *

Recuerdo con mucho cariño mis días de estudiante de periodismo. Un día, estando en clase de Historia de las Culturas, el profesor nos iba a explicar de dónde salieron los caracteres cirílicos de los pueblos eslavos.

Apenas empezó su explicación, yo alcé la mano y le dije de dónde salieron. Y él me dijo:

—Compañero, lo felicito. Sabe usted más que yo, ¡sálgase de mi clase!

Y me echó.

Pero nos caímos muy bien.

Entré a la Septién cuando tus padres eran óvulos descarriados y tus abuelitos apenas se acariciaban las piernas. Era 1966, seis, seis...

Yo ya vivía aquí en la Ciudad de México, en Tacuba, en Mar del Norte 80, la misma calle donde quién sabe quién, se me olvida ahorita [se trata de Goyo Cárdenas], había asesinado a varias compañeras de la Universidad.

Más o menos a los 23 años y medio me vine a vivir a México. ¿Si la pescas?, y eso quiere decir por ahí del 60, del 61.

Pero estamos hablando del 66...

En la Escuela Carlos Septién García recuerdo al profesor Alejandro Avilés, que era director, pero no me dio clases. Me acuerdo del profesor Pérez... Pérez algo [Manuel Pérez Miranda] que ahora es el director. Él me daba clases de periodismo.

Hubo otro viejito, no recuerdo su nombre, que nos daba Raíces Grecolatinas. Un día preguntó si alguien del grupo sabía por qué había tantos idiomas. Yo alcé la mano y le dije que el hombre, en su evolución, a partir de sonidos guturales había ido desarrollando lenguajes. Me interrumpió y me dijo:

—Si usted desciende del mono, ¡sálgase de mi clase!

Y que me saca. Otro más.

A ese profesor lo corrieron de la Septién García por culpa mía, porque yo dije que estaba loco e hice con otros compañeros una protesta por esas actitudes medievales y lo corrieron, de lo cual me arrepiento, porque él ya tenía hecha su vida en ese mundo en que la tierra era plana y a mi no me gustó que no la viera redonda. Pero me arrepiento

Estaba en un grupo en donde había algunas personas que después tuvieron papeles interesantes en la vida. En mi grupo estaba por ejemplo... primero los más inmediatos: Luis Albarrán y Óscar Hinojosa, los dos ya murieron.

Luis Albarrán murió joven después de haber trabajado en el periódico *El Día* y fue por él que yo me animé a trabajar allí; pero en sus últimos años trabajó para IPS, una agencia de información en Centroamérica. Se comprometió muy sólidamente con los movimientos de liberación de ese tiempo, en la guerra de Nicaragua y en la guerra de El

Salvador; finalmente murió como periodista porque tomó partido: su opción fue la lucha de liberación. Murió pero no por la guerra, sino a causa de una enfermedad hepática.

A Óscar Hinojosa y a Luis Albarrán los invité a trabajar un tiempo conmigo en *Proceso*, esa revista que se volvió una mierda pero que se sigue llamando *Proceso*; Luis Albarrán fue corrector y Óscar Hinojosa reportero. Y en sus últimos años Óscar Hinojosa fue subdirector o alto funcionario de *El Universal*, murió hace un año o año y medio. Con ellos dos, más otros estudiantes de la Septién García, hicimos una asamblea en el 68 y pusimos en huelga a la escuela.

Y los representantes en el Consejo Nacional de Huelga del 68 fuimos nosotros tres: Luis, Óscar y yo. Por su puesto eran las marchas y los boteos y aprender de los líderes que se sabe son los históricos, con nombres maravillosamente legendarios, como por ejemplo Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, Marcelino Perelló, Gilberto Guevara Niebla, Roberto Escudero... Y algunos otros que tuvieron papeles más bien miserables en el movimiento, como Sócrates Amado Campus Lemus... Desde luego también estaban Luis González de Alba y Eduardo Valle Espinosa, “El Búho”... y muchos otros. Bueno, de los tres, es decir, de Luis, Óscar y yo, sólo Óscar y yo estuvimos juntos en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre. Nos subimos primero a la terraza del edificio Chihuahua donde estaban los oradores del Consejo Nacional de Huelga, saludamos y nos sentamos con las piernas hacia fuera en el pretil de la terraza... A mí me gusta mucho el relajo y dije:

—Óscar, esto está muy solemne aquí, ¡vámonos a la fiesta allá abajo!

Nos bajamos y nos sentamos en la escalinata frente a la terraza.

Gracias a que nos bajamos, quedamos bien, porque nadie del edificio Chihuahua salió. El Batallón Olimpia tenía la orden de apresar a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga.

Por cierto, Oriana Fallaci sí estaba ahí. Una periodista de confrontación terrible con sus entrevistados pero muy histérica. Ella fue a dar a un hospital; estuvo siempre de cara a la pared y desde la cama del hospital dijo que hubo 500 muertos, o sea: nunca los pudo haber contado.

* * *

En más de lo que tiene que ver con mis compañeros de la Septién García, los más cercanos eran ellos, Luis y Óscar, pero en mi salón estaban dos miembros de lo que fue el MURO. Uno se llamaba Manuel Sánchez y otro se llamaba... se llamaba, luego te digo como se llamaba... escribía una columna que se llamaba “Portafolios”... ¡[José Antonio] Pérez Stuart!, le decían “El soldado”. Los dos estaban o provenían del MURO, una organización fascista, anticomunista (en Puebla yo había conocido la acción del Frente Universitario Anticomunista, que era más radical que el MURO). Bueno, estos dos estaban en mi grupo, en mi salón.

También estaba por ejemplo Socorro Díaz Palacios que, con el tiempo, fue legisladora del PRI, senadora, subsecretaria de Gobernación, luego quiso ser gobernadora por el PRI, dos veces, y no la ganó. Se fue al PRD y ahora está en el Comité de Redes Ciudadanas del “Peje” [Andrés Manuel López Obrador]. Socorro Díaz Palacios... a quien yo llevé al periódico *El Día*.

¿Cuántos años estuve estudiando en la Escuela Carlos Septién García? Pues estudiando, estudiando, no sé; pero fui a la Septién 66, 67, 68 y un pedazo del 69. Ya te digo: me fui porque dijeron que nos iban a enseñar a leer y a escribir y yo pensé que no podían enseñarme eso.

Pero sí me sirvió ir a la escuela, ¿eh? ¡Me sirvió muchísimo! porque, entre otras cosas, daban materias que no daban en las demás escuelas que empezaron a proliferar como epidemia: las escuelas de Comunicación proliferaron como las Academias Vázquez o como las Academias de Taquimecanografía...

Y en esa escuela aprendía muchas cosas muy importantes. Por ejemplo, como te he dicho antes, lo práctico que debe ser el periodismo: es de ejercicio. El periodismo es de nalgas más que de cabeza, por aquello de escribir, corregir y volverlo a hacer... Aprendíamos también Lógica, Filosofía...

En la Septién García es cuando por primera vez me topo con una cosa importante: la demostración filosófica en la escuela de Lógica formal aristotélica de la existencia de Dios. ¡Jamás me había planteado si se podía demostrar que Dios existe! Y me lo demostraron. Me lo demostró el profesor Manuel Pérez Miranda... Quedé muy impactado pero tenía un compañero en mi salón de apellido Sánchez Gardea que me dijo:

— ¡Cuidado maestro! Esto es lógica aristotélica.

— ¿Con qué debo tener cuidado? —pregunté.

—Estos cabrones no nos enseñan Lógica Dialéctica. Te voy a regalar unos libros.

Y entonces me clavé en el Materialismo Dialéctico, el Materialismo Histórico, y entendí, creo, que Dios no existe. No es que crea que no existe, no es un problema de fe, ¡sé que no existe! Yo sé o ignoro, no creo en la elucubración siempre masturbatoria de las deducciones.

¿No te impresiona que me enseñaron la formula exacta de la presencia de Dios y luego que yo pueda hacer la argumentación tanto de que existe como de que no existe? ¿Quieres que te quite la fe en este momento? ¿Te demuestro que no existe? ¿Entenderás que cuando te mueras no vas a ninguna otra vida? No, porque te vas a suicidar; porque tú eres guadalupano, ¡se te nota lo piadoso!...

* * *

Todavía estando en la escuela Carlos Septién, mi amigo y compañero Luis Albarrán me contó que había conseguido trabajo en el periódico *El Día*.

— ¿Qué es eso? — pregunté.

—Pues un periódico así, asado...— me dio detalles.

—Oye, ¿yo puedo trabajar ahí? — le dije.

—Sí.

— ¿Cómo?

—Pues habla con el director...

El Día era, a finales de los años 60 del siglo pasado, *el* periódico de la izquierda liberal mexicana. Su sección internacional era la mejor de toda la prensa pues su editor, José Carreño Carlón, dignificó el lenguaje de los Movimientos de Liberación Nacional en la prensa, porque todos los periódicos del país se referían a los guerrilleros de los 60, de los levantamientos revolucionarios en todo el continente que seguían el ejemplo de la Revolución Cubana, como los subversivos o como los rojos.

Y José Carreño Carlón empezó a dignificar a esos movimientos llamándoles Movimientos Libertarios y a los guerrilleros los llamaba rebeldes o guerrilleros, que es lo que en realidad son. Era la guerrilla de Camilo Torres, la de un tal Vázquez Rojas... y eran las guerrillas de los “amorales años 60” en Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador..., después en Centroamérica.

Y precisamente en esa área había entrado Luis Albarrán como redactor.

* * *

Me decidí y fui a buscar al señor Enrique Ramírez y Ramírez. Acudí varias veces a su oficina pero no me recibía; yo me sentaba en la sala de espera, pedía hablar con él, me decían que me esperara y él salía quién sabe a qué hora y me decía que no tenía tiempo. ¿Te suena, verdad? Te suena...

Entonces, lo que hice fue ir a hablar con uno de los subdirectores, con Javier Romero. *El Día* tenía tres subdirectores: Javier Romero, Jaime Aimamí y Eugenio Muzquiz. El caso es que a Javier Romero, quien venía del Partido Popular, le pedí una oportunidad y tuve la suerte no solamente de empezar bien hablando con él, sino de que en ese momento estaba por salir de Luna de Miel un reportero de la sección Ciudad, de nombre Sadot Fabila y me dijo que yo podía ponerme de acuerdo con el jefe de la sección, Javier González Bata. A éste lo llamó en ese momento y entonces entré supliendo a aquel reportero.

En ese tiempo, en las redacciones no pagaban: había que hacer méritos y te pasabas meses esperando que se compadecieran de ti. Yo entré a reportear asuntos llamados “populares”. Era todo lo que cabe en ese concepto yo lo tenía que reportear vendedores callejeros, locatarios, paracaidistas invasores de tierras, colonias irregulares, zonas donde no había agua, pavimento, casas de cartón, ciudades perdidas.

Y reporteaba, haz de cuenta, el mundo de los organilleros, los mariachis, el mundo de los vendedores de billetes de lotería, los pordioseros. Y esa fuente de información, quizá la más grande del mundo, la empecé a reportear como pude: no me daban orden de información y todos los días tenía que entregar dos o tres notas informativas. Pues manos a la obra, dije.

En los primeros 15 días de que yo había entrado a reportear tuve la suerte, la buena suerte, de leer en *Últimas Noticias*, pues salía a las 11 de la mañana, que se había quemado en una ciudad perdida, en no sé qué colonia. Era un lugar a donde yo nunca había ido, por División del Norte. Cuando vi esa nota estaba en la calle de Palma y Cinco de mayo y dije: “¡qué maravilla!”, tomé un autobús y fui a un mundo raro.

Llegué y de la ciudad perdida ya sólo quedaba el carbón y un poquito de humo, creo que hubo varios heridos, no recuerdo si hubo muertos. En fin, se había quemado una ciudad perdida y como era de cartón, pues se quemó en un ratito.

Era una colonia en un terreno muy accidentado. Los vecinos del lugar me platicaron detalles de lo sucedido, escribí una crónica y al día siguiente volví y volví... Y a los 15 días, día de pago en el periódico, en donde no pagaban como en ningún otro diario porque había que hacer méritos, me dijo el subdirector Javier Romero que el señor Enrique Ramírez y Ramírez, quien no me había recibido todavía, quería hablar conmigo. Romero me acompañó y llegamos los dos con don Enrique.

Ramírez y Ramírez me preguntó algunas cosas de mi gusto por el periodismo, de mis lecturas, de mis ignorancias, en fin, me sondeó. Me dijo que me informaba que en ese periódico tenían cada quincena tres premios a los tres mejores trabajos o trabajadores de la quincena.

—Le informo —expresó— que usted sacó el primer lugar y por lo tanto se ha hecho merecedor a 300 pesos en efectivo.

El segundo premio eran 200 pesos en libros y el tercer premio eran 150 pesos en libros, ¡pero yo me había sacado el primer premio de 300 pesos!

Me dijo, además, que me iban a pagar ya mi salario de reportero (eran 710 pesos). Entonces, esa primera quincena yo salí con mil 10 pesos.

Don Enrique también me invitó a formar parte de los colaboradores de un nuevo suplemento que iba a lanzarse: “El libro y la vida”, que dirigía un abogado, ahora connotado constitucionalista: Raúl Carrancá y Rivas.

Carrancá y Rivas me pidió que me hiciera cargo de una sección de dos páginas para dar noticias de libros y me regaló la novela *Cien años de soledad* [de Gabriel García Márquez]. Estamos hablando de 1969, principios, enero o febrero de 1969, *Cien años de*

Soledad había salido en 1967 y a mí me tocó un ejemplar de la segunda o tercera edición de la Editorial Sudamericana.

Para entonces yo desdeñaba a quienes leían narrativa o poesía, porque yo me había clavado mucho en la Historia, la Sociología, la Filosofía y pensaba, estúpidamente, que uno primero debía tener idea de su lugar en el mundo y después leer cuentitos. Pero empecé a leer *Cien años de soledad* y recuerdo que lo seguía leyendo hasta en los estribos de los autobuses: en el momento de bajar o de subir, dentro del autobús... ¡No encontraba yo tiempo para devorar ese libro!

Y entendí que la *escribidera* tiene su chiste y por algo García Márquez escribió lo que ahora te digo de memoria:

“Muchos años después (coma), frente al pelotón de fusilamiento el Coronel Aureliano Buendía habría de recordar la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo (punto). Macondo era entonces un promontorio de rocas prehistóricas donde las cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.”*

En ese momento dije:

— ¡Ay, este cabrón ya me puso en la prehistoria en unas cuantas líneas!

Y desde ese instante comenzó mi gusto por la narrativa y a lo largo de los años he querido recuperar el tiempo que perdí privándome de grandes obras de la literatura.

Bien, pero estábamos en que había entrado a *El Día*. Seguí reportando y teniendo la buena fortuna de trabajar cosas originales y los premios estos de 300, 200 y 150 pesos, se mantuvieron los primeros seis o siete meses desde que yo entré. En *El Día* estuve un total de 3 años y medio y yo nunca desaparecí de los tres primeros premios. Por ahí fue la melodía.

* * *

* El párrafo correcto con el que se inicia *Cien años de soledad* es: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos.” García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. 12ª ed. Madrid, Cátedra, 2002.

¿Que si me salí de *El Día* para irme a *Últimas Noticias*? No, no me fui al instante a *Últimas Noticias*.

Me salí de *El Día* porque para entonces se había hecho un cerco entorno a don Enrique Ramírez y Ramírez con quien yo inicié una relación espléndida cuando empecé a trabajar. Pero de pronto, algunos funcionarios de la Cooperativa empezaron a tender un cerco. Uno de ellos era hijo de él, otra había sido mi compañera a quien recomendé para que entrara a *El Día*. Los dos, actualmente, son muy buenos amigos míos, pero en ese tiempo, fueron unos cabrones: uno se llama Leonardo Ramírez Pomar y la otra es Socorro Díaz, mi compañera de aula.

Un día, estando ahí en el periódico, el subdirector Jaime Aimamí me preguntó si yo conocía a alguien que se encargara de actividades culturales, una pequeña sección como una cartelera de exposiciones, conferencias... Y yo siempre veía a Socorro leyendo sobre todo a Jorge Luis Borges, pensé en ella y la sugerí, y ella empezó a hacer esa sección.

A partir de ahí se fue clavando en el corazón de la empresa a tal grado que, junto a Leonardo y otras personas, tendieron un cerco y don Enrique Ramírez se me fue siendo cada vez más inaccesible.

Mis últimos siete meses en el día fueron con un hombre que se llamó Mario Ezcurdia como subdirector. Ezcurdia tenía idea de mi trabajo y cuando yo estaba como acotado ahí adentro, llega y me reivindica: en funciones, fui el jefe de redacción del periódico *El Día*, sin nombramiento. Al jefe de redacción, Paulino Velázquez, el periódico lo había mandado a la Unión Soviética para atenderse una afección del corazón, entonces, como no había jefe de redacción y se suponía que yo podía cantar las rancheras, Mario Ezcurdia me puso a cargo, sobre todo de la primera plana del periódico. Fue una reivindicación: yo hacía y deshacía notas y me ponía a cabecear.

Ya dije: hasta la fecha, no sólo Socorro sino también Leonardo y yo somos buenos amigos. Pero Leonardo a mí me quiso fregar durante aquel cerco que le pusieron al director, me puso a diagramar páginas de un periódico vespertino que salió en *El Día*. Aprendí a formar páginas y a proporcionar fotografías y números de golpes. En ese tiempo no se trabajaba con computadoras, sino con una cosa que se llamaba linotipo. Los tipos eran de plomo y de zinc y los caracteres se armaban en cajas. ¿Conoces eso?,

seguro no sabes de qué te hablo. Haz de cuenta que cada línea salía como un peine que en la punta tenía los caracteres; al ir escribiendo en los linotipos caían las líneas a una caja, y había formadores que ajustaban la caja. Yo aprendí a formar en hojas, a hacer el diagrama de cómo debía quedar todo.

Cuando llega Mario Ezcurdia dice:

—Pues ese que parece que sabe reportear y sabe escribir y formar, que supla al enfermo que se fue a Moscú.

En esas estábamos cuando además se había planteado una reivindicación salarial. En ese tiempo yo ganaba mil 750 pesos al mes y Mario Ezcurdia esbozó que yo debía ganar más. Entonces, un día, me habla Ezcurdia y me dice que acababa de renunciar.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Lo que pasa es que yo propuse en un artículo un debate de la Izquierda en el futuro de México y Enrique Ramírez y Ramírez me dijo que había hecho mal porque para debatir el futuro de la Izquierda en México sólo estaba él y que no había quién pudiera discutir con él sobre el tema. Eso yo no lo puedo soportar y renuncio — me dijo.

—¡A caray!... pues ni hablar, nos vemos al rato.

Llegué al periódico y en la oficina donde yo había ejercido la función sin nombramiento de jefe de redacción, lo primero que veo es el sillón de Leonardo Ramírez, hijo del director. Era la oficina donde yo había estado trabajando siete meses.

En ese momento me llamó don Enrique Ramírez y Ramírez, fui a verlo y me dice:

—Señor Marín, sólo para informarle que a partir de hoy usted gana 3 mil 500 pesos.

Me habían duplicado el sueldo.

—Le agradezco mucho, don Enrique.

Me fui a mi escritorio, un escritorio de esos de maroma que parecen normales pero con una ranura que volteabas y salía una máquina de escribir. ¡Sí!, parece que te estoy hablando de cinceles, ¡carajo!...

Saqué la máquina y escribí una carta personal para Enrique Ramírez y Ramírez y una carta solemne al mismo Enrique, renunciando al periódico *El Día*, porque pensé: ¡esto va a ser de la patada! Ya conocía yo la política interna y eso de ver en mi oficina el sillón del hijo del director al que yo me había acercado y dije: ¡Uy!, y me fui del periódico *El Día*.

Estuve dos o tres meses corrigiendo tesis de niños pirruris. Es muy difícil encontrar gente que sepa escribir como yo pienso que más o menos la hago y corregía sus tonterías; de eso vivía. Estaba en esas, cuando...

* * *

Un día me invitaron comer mis amigos “La China” Mendoza, que trabajaba en *El Día*, y Edmundo Domínguez Aragonés, su marido. Comí con ellos en su departamento de Tlatelolco, en el edificio Cuauhtémoc. Ellos en *El Día* me habían apoyado mucho, me invitaron a participar en suplementos, por ejemplo en el cultural, “El gallo ilustrado”.

El caso es que, durante la comida, “La china” me preguntó:

— ¿Qué estas haciendo, compadre?

— Pues corrigiendo tesis.

— ¿Por qué te haces pendejo? — me reclamó.

— No te entiendo —le dije medio sorprendido.

— ¡Tú eres re-por-te-ro!

— ¿Y qué?... Después de estar en *El Día*, ¿qué voy a hacer?...

— ¡Pues vete al mejor periódico de México!

— Pues yo pensaba que ese era *El Día*.

— ¡No te hagas, compadre!...

— ¿*Excélsior*? — le pregunté atónito.

— ¿Pues cuál otro?

— Pero cómo le hago — le dije...

Yo sabía que “La China” era amiga del señor Julio Scherer García, de Miguel López Azuara y de otros personajes de la Cooperativa *Excélsior*; entonces queriendo que me ayudara le insistí:

— ¿Cómo le hago?

— ¡Pues como los hombres! —me respondió. Te plantas enfrente Julio Scherer y le pides trabajo.

— ¡Uta madre!...

* * *

Pues bien, después de aquella comida me fui a mi casa y escribí veintiuna, veintidós líneas, en lo que yo supuse que era como... bueno, no supuse, así resultó, una especie de currículo platicado, en donde quedaba claro que yo había salido voluntariamente del periódico *El Día*. Escribí el texto a máquina mecánica, pero muy bien planteado, creo yo, porque el chiste de los textos es que tengan las palabras necesarias pero no más, y entre más breve mejor.

Entonces me fui a Reforma 18. Le dije a una de las dos secretarias del señor Scherer que quería hablar con su jefe.

— ¿Para qué asunto?— me preguntó.

— Pues para un asunto personal

— Fíjese que no está, pero si quiere tomar asiento y esperar...

— Ah, muchas gracias.

Me senté en un sillón afuera de la oficina, pero me volví a levantar y le dije a la secretaria:

— Oiga, disculpe, ¿usted cree que me dé tiempo de caminar aquí a dos o tres calles y regresar?

— Sí — me dijo.

Me fui caminando por Reforma, di vuelta en Avenida Juárez y me metí a una librería que se llamaba “El Sótano”, estaba cerca del Hotel Regis que después se cayó en el terremoto del 85. Vi las novedades, acababa de salir el primer tomo de *La cristiada* de Jean Meyer, me lo compre y regresé al periódico.

Llegué, me senté en el mismo sillón y empecé a leer el libro.

De pronto tenía una mano junto a mí y escuché una voz:

— ¡Señor Marín!

Volteo y era el señor Scherer.

— Pase usted por favor. ¿Usted quiere hablar conmigo?— preguntó.

— Sí señor.

— ¿Y en qué le puedo servir?

— Pues en que me dé oportunidad de trabajar en *Excélsior*.

— Señor Marín, es imposible; aquí hay como mil cien personas. En realidad tenemos de más...

— Señor, pero usted ni siquiera me ha escuchado... si yo zurzo, lavo, plancho o qué. En mis manos tenía la carta que, pensaba, era como una solicitud de trabajo para ver si alguien un día me llamaba, ¿no?... como una botella al mar.

— Le traigo esta carta, señor.

— A ver, démela... Pero míreme a los ojos y respóndame con franqueza: ¿Usted es chingón?—se me quedaba viendo con una mirada como de halcón, con los ojos sumidos, una mirada muy expresiva— Pero piense bien lo que me va a contestar. ¿Chingón, chingón, chingón?

— Pues creo que eso es lo que me ha provocado algunas situaciones especiales en la vida.

— ¿Ser chingón? —volvió a preguntar.

— Ser chingón — repuse.

— Bien, espéreme tantito.

Entonces Scherer marcó un número de teléfono, sólo dijo:

— Hermanito, ¿bajas?

Y bajó un señor fortachón, más alto que fortachón.

— Mira, Regino, te presento al señor Carlos Marín. Señor Marín, le presento al señor Regino Díaz Redondo.

— Mira —le dice en ese momento Scherer a Regino— el señor Marín trae esta carta. La abre y la lee en voz alta.

— ¿Qué te parece?

— Pues bien — contesta Regino.

— ¿Qué se presente mañana? — dice Scherer.

— Sí — asintió Regino

— ¿A qué hora quieres?

— A las 9.

— Señor Marín, se presenta usted mañana aquí en el piso de arriba con el señor Regino Díaz Redondo — dijo concluyente Julio Scherer.

— ¡Muchas gracias señor! — respondí feliz.

Pensé en seguida: eso quiere decir que ¡ya la hice!

Al salir de la oficina de Scherer yo me atoraba con las plumas de pavo real. ¡No daba crédito! Me subí a un elevador, de esos antiguos, de rejilla, y había un elevadorista muy feo, horrible, y en lo que operaba el mecanismo, le dije:

— Disculpe, ¿qué hace el señor Díaz Redondo acá? —Yo no tenía idea.

Cerró la reja y me dijo escuetamente:

— Es un trabajador.

Me fui con la duda. Ya después averigüé, esa misma tarde o noche, porque ya eran como las siete u ocho de la noche, que Díaz Redondo tenía a su cargo la edición de *Últimas Noticias* de la tarde, o sea, lo que llamaban “La Extra”, que todavía existe, y de la que había una primera edición de las 11 de la mañana.

A partir del día siguiente empecé a trabajar y duré tres años y medio trabajando como reportero en *Últimas Noticias*.

* * *

Mi estancia en *Últimas Noticias* estuvo bien. Éramos pocos reporteros los que en realidad queríamos trabajar. Y, de la planta reporteril de todo el periódico *Excélsior*, pero también de *Últimas Noticias*, de la primera edición y de la segunda de *Últimas Noticias*, había mucho burócrata, mucho echado, mucho gañán.

Por ejemplo, en *Últimas Noticias* éramos cuatro o cinco los reporteros más movidos. Uno se llama Carlos Ferreyra, quien ahora es director de *Milenio semanal*; otro es Abelardo Martín que trabajó también en *Milenio*; otro, Federico Gómez Pombo que está en la Comisión de Nacional Derechos Humanos en el área de Comunicación; otro, muy movido, es Luis Gutiérrez que después trabajó en *Unomásuno* y se quedó de director después de Becerra Acosta.

Ellos y yo éramos los más movidos.

Yo trabajé bien. Creo que el propio Regino se daba cuenta de que había que sacar el periódico con información fresca de gente que quería trabajar, porque ya digo: había

mucha gente gandaya, población burocratizada porque tenían prestaciones y no le daban importancia al trabajo.

Con Regino yo tenía una buena relación, al grado de que a última hora, ya cuando se estaba cerrando la edición, le decía:

— Oiga, ¿ya vio la nota que trae Gómez Pombo o Abelardo o Ferreyra?

— No. Pero ya tengo aquí, sobre el escritorio, el esquema de la primera plana y ya no cabe más.

— Nomás es cosa de acomodar bien —le discutía yo.

Y a última hora entraban buenas informaciones.

* * *

En *Últimas Noticias* aprendí a reportear y resolver la redacción de mis notas, a veces físicamente, a veces por teléfono, de un mínimo de dos o a veces tres textos diarios, en un lapso de dos o tres horas: era una lanzadera. Ahí me dieron a cubrir las fuentes educativas, culturales, universitarias.

Me tocó, entre otras cosas, irme en mi coche y hacer un reportaje de contrabando hormiga en Nuevo Laredo para lo cual me fui con un fayuquero en un viaje de doce horas. Luego, el regreso fue con la cajuela cargada de fayuca para conocer los mecanismos de corrupción. Lo recuerdo porque en ese trayecto, pasando Monterrey, llovía y otro vehículo envistió a mi coche por la cajuela, en una calle secundaria que entroncaba con la carretera México-Laredo. De pronto había cruzado completa esa carretera que es, hasta donde sé, de las más transitadas del país y en donde circula mucho tráiler.

A mi regreso Regino vio que se pagara la compostura del coche. Saqué de lunes a viernes la nota y la continúe durante una semana, cinco días fue la nota principal de *Últimas Noticias*. Quizá fue en 1973 ó 74, por ahí...

Luego experimenté otras cosas.

Yo cubrí el acto, por hacerme cargo de la información educativa, universitaria, de la visita de Luis Echeverría a la UNAM, aquella en donde le dieron la pedrada. Estaba a 4 o 5 cuerpos del presidente, vi lo que pasó ahí y luego escribí la nota. Fue algo memorable.

Total que fueron tres años y medio en *Últimas Noticias*.

La única vez que hice un texto para *Excélsior*, el matutino, fue porque lo pidió el señor Scherer durante la campaña de José López Portillo a la Presidencia.

En Puebla me encontré a cuatro ex gobernadores del estado. Como yo nací en Puebla, sabía que se habían suplido unos a otros en unas guerras políticas de la patada, el interino, el que llegó después...

Me acerqué a ellos y resultó que hice un texto con cuatro entrevistas simultáneas y además le di cronología y engarcé la historia de cada uno y sus conflictos y sus perdones. Un trabajo interesante, por lo menos como experimento periodístico, que publiqué en *Últimas Noticias* por la tarde.

Por la noche, Ángel Trinidad Ferreyra, quien cubría la campaña de López Portillo para *Excélsior* me dijo que el señor Julio Scherer quería que hiciera ese texto pero para el matutino y esa noche pulí y supongo que mejoré el texto original, porque tenía su chiste lo simultaneo, es como un juego de ajedrez.

En la campaña de López Portillo, por cierto, me tocó conocer lo que ahora es la presa de Chicoasén, pero otro tanto hacía abajo, es decir, los cimientos de la presa, en el cañón ese del río Grijalva, cosa que sólo pudimos ver pocas personas, porque el cañón es un abismo y abajo está el lecho del río. Yo estuve a otro tanto abajo, en los cimientos. Ahora eso es una planta hidroeléctrica.

Pero en aquel entonces yo veía hasta arriba como estrellas; hasta arriba había unos pequeños hoyos negros. Unos ingenieros me explicaron que por ahí había sido desviado el río Grijalva.

En fin tuve experiencias de esa naturaleza.

* * *

Estuve en *Excélsior* hasta el 8 de julio de 1976 y mi relación con Julio Scherer era sólo de saludar. Como a los dos meses que entré al periódico iba saliendo a la calle y él entraba y se me quedó viendo, como que me reconoció.

—Buenas tardes — le dije —, soy Carlos Marín.

—Sí, lo sé, lo sé. (Ahora yo sé que no sabía, porque él y yo tenemos un problema común en ese sentido: somos desmemoriados para los nombres..., por cierto, ¿tú cómo te llamas?)

— ¿Cómo está?

—Bien, señor, muy bien.

—A ver —me agarró del brazo y me hizo entrar con él de nuevo al edificio, subir el elevador de la reja del hombre horripilante, entrar a su oficina...

—A ver, dígame por qué está bien — dijo Scherer.

Y yo tuve que argumentar por qué estaba bien.

Luego lo veía con frecuencia, porque todos los días subía a la redacción de *Últimas Noticias* para platicar con su gran amigo y compadre Regino Díaz Redondo. Luego lo veía llegar, por ejemplo, con Gabriel García Márquez, iban por Regino Díaz Redondo y se bajaban a la dirección.

Yo veía a Scherer salir todos los días con su brazo al hombro de Regino Díaz Redondo.

* * *

En las semanas previas al 8 de julio de 1976, día en que nos fuimos varios periodistas de *Excélsior*, Carlos Ferreyra, Abelardo Martín, Federico Gómez Pombo... tenían más idea que yo sobre lo que estaba pasando.

Yo me fui unos días a Puebla para que me hicieran unos exámenes dónde detectaron mi úlcera en el canal pilórico, en el píloro: la unión entre el estómago y el intestino. Cuando regresé mis cuates dicen:

—Oye vamos a platicar porque fíjate que Regino está traicionando a *Excélsior* y al señor Scherer.

Y tuvieron que contarme la película para que yo supiera de qué se trataba.

Se trataba de que Regino quería apoderarse del periódico y se prestó como ariete de una operación tripulada desde la Presidencia de la República por Luis Echeverría para sacar al señor Scherer y su banda de periodistas decentes. Utilizaron a diputados del PRI, a una organización campesina de membrete cuya cabeza era un bandido: el Consejo Agrarista Mexicano. Fabricaron una protesta, una invasión, entre comillas campesina, a un fraccionamiento que era patrimonio de *Excélsior* que se llamaba Paseos de Taxqueña.

En esa conversación con Ferreyra, Gómez Pombo y Abelardo, dejamos en claro que si se consumaba la traición, nosotros nos iríamos de *Excélsior*. Nosotros nunca fuimos cooperativistas, aunque debimos serlo a los seis meses de haber ingresado por ley, pero nunca nos resolvieron la situación. Nosotros estábamos, técnicamente, como empleados eventuales y yo decía: bueno, a ver cuándo ponemos la “Taquería Los Eventuales.”

El 8 de julio de 1976, como a las tres de la mañana, me habló Abelardo Martín. Me dijo que era muy importante que fuéramos a *Excélsior*.

Llegamos como a las tres y media. Supimos que los “reginistas” habían sacado una página de los colaboradores, una página que en la edición del día salió en blanco, donde había una protesta por la intervención del gobierno de Luis Echeverría en la Casa *Excélsior*.

Me acuerdo que Abelardo y yo vimos que nos hicieran copias de esa carta. Conservo, por cierto, la matriz de esa página que es una cartulina gruesa, o sea troquelada, porque en ese tiempo los periódicos se hacían con linotipos; tengo la cartulina grandota con los nombres de colaboradores célebres, entre ellos Octavio Paz y gente así.

Con esas copias y luego fotocopias en pequeño, Abelardo y yo nos fuimos a recorrer el centro. Recorrimos Samborns a la hora del desayuno, eran como las ocho de la mañana y ya estábamos haciendo mítines en esos restaurantes. Yo creo que debieron haber sido tres o cuatro Samborns, porque no estaban tan cerca como ahora, en donde hacíamos eso que se llama mítines relámpago para denunciar, como si fuéramos histéricos, lo que estaba pasando en *Excélsior*. Por ahí fue la melodía.

Hacia las nueve de la mañana o diez, estábamos de vuelta en la redacción porque el 8 de julio de 1976 iba a ser la asamblea donde se definirían las cosas. La asamblea empezó como a las 11 de la mañana. Cuando entramos Abelardo y yo, lo hicimos entre una turba de sombreroudos que estaba en la banqueta y subimos a *Últimas Noticias* y desde la escalera veíamos a gente desconocida.

Llegamos a *Últimas Noticias* porque a los eventuales nos tocó hacer no sólo la segunda edición sino la primera: redactamos textos, inventamos notas, yo no sé qué más hicimos..., algunos cuentos para sacar las ediciones adelante. Mientras, se desarrollaba la asamblea en donde sólo podían estar los cooperativistas.

Oíamos ruidos abajo, tumultos reunidos. En algún momento, después del cierre de la edición de La Extra, pasada la hora de la comida, empezaron a subir los buenos de la película. Me acuerdo de Miguel Ángel Granados Chapa, que estaba a cargo de las páginas editoriales de *Excélsior*, hablando de cómo los “reginistas” habían reventado la asamblea.

En muy pocos minutos fueron sucediendo las cosas; estábamos tirios y troyanos en el mismo edificio y, de pronto, creo que fue el propio Granados Chapa quien dijo que Don Julio había decidido salir del edificio para evitar un enfrentamiento.

Tuvimos claro que era ganar la calle y dejar a esos desgraciados encerrados. Nos salimos a la calle entre los sombrerudos y gritos de personas pagadas que increpaban: ¡Fuera, fuera! ¡Ladrones!, gritaban. Esa gente era acarreada, llegada de quién sabe dónde.

Salimos por la acera de Reforma; yo iba como a diez metros de dónde iba el señor Scherer. Para eso, desde la mañana, Abelardo y yo ayudamos a las secretarias de don Julio a sacar las cosas de la dirección: archivos, directorios, etcétera. Y salimos por la acera aquélla.

El señor Scherer salió entre Gastón García Cantú y Abel Quezada.

* * *

Gastón García Cantú había sido uno de los motivos o pretextos medulares del golpe. Y a la vuelta de los meses regresó a *Excélsior*. A mí me tocó después, en *Proceso*, reconstruir esa historia con la del propio García Cantú, en su papel de infame, y fue motivo de una conversación después con el señor Scherer.

El señor Scherer le guardaba un gran rencor a Regino y yo le decía que era mayor la jugarreta que había hecho Gastón García Cantú, porque Regino se había asumido como traidor y Gastón García Cantú había reulado para volverse lacayo del traidor. Y para mí era peor el papel de Gastón García Cantú porque era un hombre ilustrado y no un

simple golpista inculto como era Regino Díaz Redondo, por más que presumía de hablar francés, pero lo políglota no quita lo naco, ¿no?, aunque él fuera un niño cantor de Morelia o no sé qué, porque venía del exilio español, pero no tenía luz intelectual, moral.

El caso es que salimos por esa acera el 8 de julio de 76.

Tuvimos después varias reuniones en distintos domicilios, reuniones muy neurotizantes.

* * *

¿Cómo fue la gestación de *Proceso*? No, esa no te la digo. Si ya leíste *Los periodistas* de Leñero, ¿para qué?

Bueno, está bien, va mi versión.

Desde las primeras reuniones se trataba de platicar, discutir, resolver qué diablos se podía hacer. Entonces, en esas reuniones se daban diálogos excepcionales, memorables. En algún momento, muy pronto, se empezó a barajar la idea de mantener la cohesión de las más de cien personas que habíamos salido y emprender una nueva aventura periodística.

Simultáneamente, Abelardo Martín y yo, fuimos comisionados para sacar de *Excélsior* a los pocos reporteros que quedaban para ver si el periódico terminaba de caerse, porque el 9 de julio el periódico salió con firmas de personas que no sabíamos qué madres los habían parido. Ya había siete que habían llegado de *El Herald*, el jefe de información de *El Herald* llegó como reportero meritorio, hubo gente de otras partes, llenaron páginas con cables de agencias...

La idea fue: ¿por qué no terminar de dismantelar la empresa?

Abelardo y yo nos encargamos de sacar a otras cuatro personas. Una de ellas fue Luis Gutiérrez, que trabajaba con nosotros en *Últimas Noticias* y que no se iba porque necesitaba pagar no sé que cosa y requería 11 o 12 mil pesos. De un fondo que hizo el señor Scherer con una litografía o un cuadro de Siqueiros que vendió, Abelardo y yo pagamos en una notaría la salida de Luis Gutiérrez.

A otros los convencimos, uno de ellos se llama Miguel Cabildo (quien sigue trabajando en una publicación de mierda que se sigue llamando *Proceso*), lo sacamos Abelardo y

yo; otro se llamaba Óscar y otro no recuerdo quién diablos fue. Total, sacamos a cuatro y creo que se regresó uno.

Salimos el 8 de julio y el 9 estábamos Gómez Pombo, Abelardo, Ferreyra y yo en un restaurante que se llamaba La Caleza, junto a *Excélsior*, desayunando, esperando la reunión que iba a ser enfrente. Llegó alguien de parte de Regino a decirme que me estaba esperando, que por qué no me presentaba, y le dije a ese tipo que porque yo había entrado a un periódico y había amanecido otro y yo ya me había ido. Yo tenía una buena relación, digamos correcta, con el tal Regino pero al ver tan claramente la traición, rompimos con él.

En esas reuniones fue tomando forma un proyecto: salimos el 8 de julio, el 19 de julio se convocó a una reunión en el Hotel María Isabel donde se dio a conocer la fundación de una empresa que se llama Comunicación e Información S.A de C.V. Para conformar esa empresa editorial, se apeló a los lectores o a los que confiaban en ese grupo de periodistas, encabezados por el señor Scherer García y por don Hero Rodríguez Toro, que había sido el gerente de *Excélsior*, para comprar una suscripción popular de acciones, de 500 pesos, con miras a fundar una agencia de noticias y un semanario.

Eso fue el 19 de julio, habían transcurrido 11 días. Esto es interesante, muy importante, porque revela la capacidad profesional, imaginativa, creativa, intelectual, del grupo que salió de *Excélsior*, prácticamente toda la planta de redacción y de opinión de *Excélsior*.

No hubo tiempo para deprimirse. Lo hacen aquellos que no se ocupan de cosas y nosotros pensamos que no había lugar a la depresión. Al contrario, en mi caso yo decía qué maravilla: siempre voy a poder ver a los ojos a mis hijos y eso me daba mucho gusto. Cuando pierdes algo te aferras a otra cosa para no caerte: es como cuando te duele un pie, pues te das una cachetada y entonces ya te duele otra cosa y vas compensando la vida...

Te decía, 11 días después de nuestra salida se anuncia la creación de esa empresa y el 2 de agosto nace la agencia de noticias CISA, las siglas de Comunicación e Información Sociedad Anónima, es decir, pasaron 23 días después de la salida y ya estábamos de vuelta.

Por cierto, nació el día de mi cumpleaños; acuérdate que nací el 2 de agosto aunque, por una equivocación, mi acta de nacimiento dice que nací el 10 de septiembre. A mí no me importa, porque yo celebro el 2, el 10 y sobre todo el 15 de septiembre: hago un reventón en el zócalo donde se asoma un buey en el balcón presidencial...

Bueno, nace la agencia el 2 de agosto y en el ínterin es cuando la viuda de Siqueiros, Angélica Arenal, presta su casa en una calle que ahora se llama Juan Pablo Segundo o algo por el estilo, antes Tres Picos, ahí por Chapultepec. Se hace una subasta de arte en donde Martilló, Raquel Tibol... participan. Total, que en la subasta de arte se reunieron como tres millones 700 mil pesos y con eso nació la empresa.

En el ínterin también algunos cuates, no míos, pero sí de otros, por ejemplo del PRI , nos dieron un télex, que es un aparato para escribir y enviar mensajes, sacado, robado, no sé qué, del PRI y José Pagés Llergo, director de *Siempre!*, nos recibió. A mí me tocaba estar ahí como vela de todos los entierros porque, afortunadamente, Vicente Leñero, el señor Scherer, Granados Chapa, Manuel López Azuada, Manuel Becerra Acosta... creo que dijeron: “¡ay, ya encontramos un payaso!”, y me jalaban a sus cosas. Ahí en Vallarta 20, Pagés Llergo nos ofreció las oficinas de un edificio que tenía en una calle que en este momento no sé por qué no recuerdo el nombre, no sé si era Francia... no recuerdo bien. Era un edificio de 11 pisos, nos ofreció el último piso y el penthouse para que allí nos refugiáramos, por supuesto regalado. Fue un edificio que, cuando ocurrió el terremoto del 85, se cayó perpendicularmente sobre la avenida Chapultepec, pero nosotros estuvimos ahí unos meses porque fue ahí donde nació la agencia de noticias.

Yo llevé una botella de champaña que tenía en mi casa, la quería tronar como en los barcos cuando son nuevos y van a zarpar, pero si le daba el botellazo al télex pues nos quedábamos sin télex. Sólo la descorchamos y estábamos contentos, felices porque ya nacía nuestra empresa.

* * *

Por supuesto esos tres primeros meses o cuatro, nadie de los que estábamos ahí ganaba un quinto. Nada. Llevábamos nuestras máquinas personales de escribir, llevábamos papel, cuartillas para ponerlas en las máquinas; otros se robaban papel de algún otro lado. Había un tipo que era ayudante de redacción que se había ido de *Excélsior* siendo ayudante y en *Proceso* siguió siendo ayudante y murió siendo ayudante... no, no es cierto, y yo le pedí que organizara lo que sería el archivo; él se seguía metiendo a *Excélsior*, que ya para nosotros era *Estiércol*, y se robaba las tripas de papel de la rotativa y nosotros, con reglas, cortábamos el papel para tener cuartillas.

En el edificio que nos prestó Pagés todavía hubo reuniones, por ejemplo una en donde don Manuel Becerra Acosta hablaba de lo importante que sería recuperar *Excélsior*. En otras reuniones, a través de Enrique Lubet y Fernando Meráz, Becerra Acosta me quería sonsacar acerca de que había que volver a *Excélsior* con o sin Don Julio Scherer, cosa que todos los demás no aceptamos. Entonces, él planeó fundar *Unomásuno*, de lo cual dio cuenta la revista *Siempre!* Ese periódico nace al año de crearse *Proceso*, porque para esto, nace la agencia el 2 de agosto y tres meses después, en noviembre, el día 6, nace *Proceso*.

Y ya para entonces habíamos alquilado una casa en la colonia del Valle, en la calle Fresas número 3: ahí es donde tuvimos (parimos) los primeros ejemplares del primer número de *Proceso*.

Había una parte “intelectualoide” de los que salimos que pensaba que la primera portada de *Proceso* debían ser las fotos de las caras de las plumas célebres de *Excélsior*. Pero se impuso otro criterio, el de la mayoría, de que lo importante de las publicaciones periodísticas son los reporteros y no los opinadores, por muy inteligentes que sean, porque la materia prima la aporta el reportero.

Había letras en la portada número uno de *Proceso*, sin fotos.

Se marcó entonces una división que hizo que naciera *Proceso* y luego *Unomásuno* y Octavio Paz, a su vez, fundara *Vuelta*.

Hice un reportaje, años después, que se llamó: “*Excélsior*, las palabras y los hechos”, creo que fue en 1985.

* * *

Cuando inició *Proceso* teníamos un ambiente de trabajo de gran camaradería. Entre otras razones, porque ninguno cobraba un peso, porque todos llevábamos lo que podíamos para poder trabajar: las máquinas personales, entonces mecánicas, el papel... El ambiente era el de la cordialidad que da, digamos, un grupo de náufragos que tiene la esperanza de sobrevivir, ya que en ese momento era importante darnos una especie de terapia ocupacional, sin saber cuál sería el destino de la empresa que se fundó ni del proyecto periodístico.

¿Ahí, en *Proceso*, le aprendí más a Julio Scherer? Yo no sé quién le aprendió más a quién, por supuesto al señor Scherer le aprendí cosas fundamentales; pero el asunto es de ida y vuelta.

En Scherer encontré a alguien que tiene más trabajado, sistematizado un acto reflejo que he mencionado antes: los asuntos periodísticos son importantes por sí mismos y no tiene que mezclarse con el trabajo periodístico ni las relaciones personales ni los intereses económicos. Al decir relaciones personales también se excluyen las de la empresa.

Hay algunas otras cosas que con suerte son al revés: Scherer aquilataba mucho algo que decía textualmente: “maldita pinche terquedad”. Era algo que aprendí en 1968 cuando lo escuché en la voz de Gilberto Guevara Niebla: “compañeros, ¿dónde está la maldita pinche congruencia?” Y eso más bien de aquí pa’ allá.

Cuando se está en un grupo de personas inteligentes, todos aprendemos de todos.

De Leñero también aprendí, por ejemplo, la ventaja, lo positivo que tiene comportarse como jugando pocar abierto: ¿hay algo importante?, ¡pues que se sepa! No jugar al detective chino que normalmente son misteriosos y tontos. ¿Hay algo?, ¡pues a informarlo! ¿Preguntan?, ¡pues a contestar! Sin cartas bajo la mesa; esto evita grillas internas, el chismerío... Bueno, aunque al final cuando salí de *Proceso* se vio que hubo gente que no aprendió eso o que no lo valoró.

Ahora bien, las enseñanzas de Scherer y Leñero, entre otros, no eran una imposición. En una especie de comuna como era *Proceso*, cada quien se bebe la leche que mamó y sabe lo que es útil o no para su propio comportamiento.

* * *

Los que integrábamos la revista nos reíamos porque decíamos: ¿qué pensará la gente si supiera cómo se planea *Proceso*?

Teníamos una reunión los lunes a las 10 o 10 y media, comentábamos el número que había salido el domingo y qué asuntos serían importantes trabajar para el siguiente. Esto se modificaba, como ocurre en los diarios: se piensa en una cosa en la mañana y en la tarde se cambia. Pero en la revista se enriquecía a lo largo de la semana, se caían algunos asuntos, se trabajaban otros y nos volvíamos a reunir el jueves en la noche para definir la portada de la revista.

Las cabezas eran un trabajo colectivo y cuando el asunto no era claro o no quedaba suficientemente satisfecho cualquiera de los que participábamos, había una receta, por cierto también del señor Scherer, que me encanta hasta la fecha: si alguno tiene objeción con alguna cabeza o alguna palabra, seguimos platicando, el chiste era que saliéramos todos satisfechos. De eso dependía la prolongación o la brevedad del tiempo que dedicábamos a estas reuniones. Cuando era claro y no había objeciones, salíamos rápido y hablábamos de otras cosas.

Nos reuníamos, en un principio, Miguel Ángel Granados Chapa, Miguel López Azuara, pero después emigraron. La mayor parte de los 22 años y 5 meses y pico que yo estuve, participábamos el señor Julio Scherer García, el señor Vicente Leñero, subdirector, Froylán López Narváez, a cargo del área de opinión, Enrique Maza, sacerdote jesuita... Y participaba también el chamaco, porque es un chiquillo, que ahora en el directorio aparece como director, o sea Rafael Rodríguez Castañeda, y yo.

Éramos los seis viejitos, de donde yo era el benjamín, el más joven o el menos viejo. Entre los seis, cuando decidíamos algo, tanto en lo periodístico como en lo empresarial, discutíamos lo discutible y terminábamos todos convencidos del resultado de lo que íbamos a hacer, pues el cuerpo directivo se hacía una especie de tanque blindado y por eso fuimos muy sólidos durante tantos años.

* * *

Yo le entregué a *Proceso* 22 años, 5 meses, 12 días.

Floylán López Narváez y yo salimos de *Proceso* en 1999, un 23 de marzo, aniversario del asesinato de [Luis Donaldo] Colosio. A mí no me importa toda la parafernalia que hay en torno a un tipo que sí, creo que era una buena persona, no lo juzgo, pero nos salimos en esa fecha y fue una semana antes de la Semana Santa.

Fue muy grotesco el asunto. Hubo otras 22 personas que también salieron por su puro gusto de no quedarse en una ensalada de mierda. Les dije que con este tipo de pasos tenían la oportunidad de graduarse de hombres y les pasé el dato que ahora te paso a ti, una expresión del Che Guevara: “Este tipo de lucha nos convierte en hombres: el escalón más alto de la especie humana.” Te lo paso al costo, no te lo fusiles, hay que darle el crédito al Che.

* * *

Los días previos a mi salida de *Proceso* fueron muy movidos por causa de una banda que encabezaba Francisco Ortiz Pincheti que se llamaba “Periodistas en Proceso.” Eran nueve en una especie de agrupación pre-sindical porque nunca pudieron juntar 20 personas; habíamos más que esos tristes nueve.

Esta agrupación no pudo nacer mientras estaba el señor Scherer en la dirección, pero a partir de que se retiró en noviembre de 1996 junto con Leñero y Maza, dejaron que funcionara este grupo de presión que en buena medida actuaba como si mereciera vivir de sus rentas, es decir, de lo que a lo largo de años trabajaron y que a la salida del señor Scherer ya no trabajaron tanto o casi nada, incluso a uno de ellos lo corrí: era de la agrupación de nueve, el encargado, decían, de Relaciones Internacionales. Esa persona ya murió, se llamó Ignacio Ramírez. ¿Por qué lo corrí?, porque en dos años y medio había trabajado solamente cuatro textos, todos muy pequeños, como de tres o cuatro cuartillas y uno que le di a trabajar yo, creo que tenía cinco cuartillas.

Ortiz Pincheti, quien había tenido una época gloriosa de muchos reportajes, nunca tuvo una iniciativa de trabajo y no tenía mayores contactos que yo sepa, excepto los del PAN y le ayudaban a trabajar asuntos panófilos: las elecciones de Chihuahua en el 86 y poco más.

Bueno, ahí tienes un típico caso del periodista que no solamente no tenía iniciativa propia sino que tampoco se dejaba filtrar: sólo hacía lo que se le pedía que hiciera; pero a la salida del señor Scherer no hacía nada, bueno, creo que sólo hizo 11 textos en dos años y pico.

¿Yo ya era como el director de *Proceso*? Entiendes casi bien. Mira: a Ortiz Pincheta yo lo iba a correr, ya estaba acordado con Don Julio, la semana posterior a cuando salimos Froylán y yo de la revista. Es como una comedia, ¿no? Diez días antes Froylán y yo habíamos estado en Cuernavaca en la boda de mi queridísima María Scherer Ibarra, hija de Don Julio. Luego viene el 23 de marzo, que es nuestra salida; y ya estaba arreglado que a la semana siguiente yo iba a correr a Ortiz Pincheta por flojo, por echado.

Cuando salió el señor Scherer me dejó a cargo de la información. En una conversación muy sentida, caminando alrededor de la manzana donde está la revista, en la calle Fresas y luego Pilares..., el día de su retiro me dijo:

—Don Carlos, le di mi sustancia: la información, con mi hija por delante (porque María es reportera).

O sea: yo tenía el manejo de la información. Bueno, pues eso es muy importante: si eso equivale a que en *Proceso* se trabajaban los asuntos que en principio yo proponía, acordaba u ordenaba, algo de razón tienes en pensar que yo era ya como el director.

Pero no. Don Julio, por ahí de mayo de 1997, a los pocos meses de que se retiró, quiso que Rafael Rodríguez Castañeda fuera director. Cuando nos lo plantea el propio Rafael a Froylán y a mí, dijimos que no porque habíamos hecho un acuerdo en el Consejo de Administración los mismos seis de quien ya hablé, más el gerente de la empresa, Enrique Sánchez España: no habría director cuando menos un año (esto por la idea de que nadie estaba como para sentarse en el sillón de Don Julio).

A los seis meses ya estaban con la idea de que se nombrara un director y Froylán y yo dijimos que se estaba violando, traicionando, el acuerdo de trabajar en una dirección colegiada. Insistieron en su idea y entonces dijimos: ¡nos vamos!

No había congruencia entre lo acordado y lo que se pretendía hacer.

* * *

El ambiente previo al 23 de marzo de 1999 era muy movido.

Nos reunimos los siete viejitos, si cuento a Enrique Sánchez España, que ahí estaba, quienes teníamos la propiedad de la empresa en lo formal porque ninguno había puesto un centavo. *Proceso* era nuestro legalmente para proteger esa empresa, teníamos en proporciones prácticamente iguales la propiedad e la empresa, tanto de *Proceso* como del taller de impresión, Esfuerzo S.A.

Nos reunimos el Consejo de Administración en donde estaba un notario, los abogados de la empresa y Froylán y yo ya sabíamos desde el día anterior que se iba a imponer a un director.

La reunión era para ver asuntos económicos y yo llevaba una propuesta para ahorrar casi 50 mil dólares al mes. El caso es que el ambiente era muy movido porque desde semanas antes este grupo de nueve periodistas encabezado por Ortiz Pinchetti, pedía un director ya y querían que fuera Rodríguez Castañeda. Y quien le puso soldadura a ese engarce fue mi ex amigo de 20 años Vicente Leñero, que había jurado y perjurado que no iba a permitir que Rafael fuera director, inclusive nos platicaba que su esposa le decía que si lo permitía se divorciaba.

Leñero sabía de los abusos de Rafael: se le había prestado alrededor de 800 mil pesos para una casa que nunca pagó, inventaba prestaciones y él era de los primeros en aprovecharlas y era más bien desconfiable, un buen burócrata-editor pero no salía a la calle, no se mojaba, no se despeinaba y era muy barberero con el señor Scherer.

El fin de semana anterior al 23 de marzo, creo que fue martes, Vicente convenció a Don Julio de que debía nombrar a un director. Entonces yo me entero... ¡hueles!, no lo presentes ni lo intuyes, ¡lo sabes de algún modo!, quién sabe por qué.

Froylán y yo llegamos a una reunión que supuestamente era para ver asuntos económicos pero ya sabíamos que pretendían que un director fuera escogido por la redacción y que los candidatos íbamos a ser Rodríguez Castañeda y yo.

Efectivamente, ese fue el planteamiento de Don Julio. Froylán dijo que le sorprendía porque íbamos a otra cosa, yo también hice como que me sorprendía, hice, porque llevaba yo mi tarea hecha, llevaba mis cuentas y todo y aprovechando que había notario, por cierto fue la única reunión que tuvimos en la que había un notario. Entonces dije:

—Veo un notario y eso responde a la cultura de *Excélsior*.

Porque el señor Scherer fue botado por el traidor Regino de *Excélsior* con notarios y toda la cosa.

Yo le pedía al notario que anotara lo que yo decía y hasta fue chistoso. Dije que yo iba a otra cosa, que se había convocado a otra cosa... Como Don Julio planteó que él no podía, como presidente de la empresa, decidir quién iba a ser director porque no se sentiría bien, y que era mejor que los muchachos de la redacción decidieran.

Habló Froylán y dijo que se traicionaba el acuerdo de que no hubiera director, que había trabajado treinta y tantos años con don Julio, que nunca lo había visto como jefe, que siempre había tenido libertad incluso cuando hacía los editoriales de *Excélsior* y que como ya habíamos dicho: no íbamos a tener director.

Don Julio dijo:

—No sé Marín, ahora...

Por supuesto, Froylán y yo estábamos hermanados y sabíamos todo.

Se hizo un silencio y me tocó hablar a mí. Me di por sorprendido, etcétera, etcétera y resalté lo del notario que era como lo de *Excélsior* veintitrés años atrás y que yo no llevaba declaración de principios ni programa de acción ni pancartas y que eso no era un ejido o un municipio autónomo, no era cooperativa sino una sociedad anónima presidida por Scherer y que no me parecía que hiciera uso de esa facultad para nombrar a un director que, obviamente, quería que fuera Rafael.

Se hizo un silencio y Don Julio dijo algo así como:

—Don Rafael, creo que usted será el nuevo director de *Proceso*.

Me levanté otra vez. Para esto, en la reunión nunca dejé de ver a los ojos a Don Julio, no lo dejé de ver, no veía nada más y él paneaba su mirada y en ese paneo como que me brincaba porque yo nunca le solté la mirada. Yo había trabajado con él ya 26 años y tenía yo 52.

Cuando dijo eso, yo interrumpí:

—Disculpe que lo interrumpa, yo no he tomado vacaciones en 2 años y a partir de este momento tomo vacaciones eternas. Abrí la puerta y me salí.

Me fui al mar. En *Milenio semanal* sacaron dos números seguidos sobre el asunto. El fin de semana siguiente que me fui de *Proceso*, salió: “*Proceso*, la ruptura” y el número

siguiente tiene la versión de Carlos Marín, en donde digo que me iba a la playa para poner unos hoteles que se llamaran Mar guión in, con doble ene: *Mar-inn*.

* * *

Si cuando salí de *Excélsior* no tuve tiempo para deprimirme, cuando salí de *Proceso* tuve menos tiempo porque, afortunadamente, desde el primer momento tuve varias llamadas de apoyo y de ofertas de trabajo. Salí un 23 de marzo de 1999 y al otro día, el 24, la primera llamada que tuve fue de mi admirado y queridísimo Carlos Monsiváis, quien estaba con Carmen Lira y me dijo que ella me abría las puertas para trabajar en *La jornada*. A partir de ese momento reuní, en menos de una semana, 28 o 29 propuestas de trabajo.

Pero lo que hice, como dije, fue irme unos días a la playa para poner en orden mis papelitos (siempre, siempre se me acumulan bonchesitos) donde tenía anotado que me ofrecían tal programa en radio, tal espacio en periódicos, uno o dos programas de televisión... y los puse en orden en una libreta.

Lo primero que hice fue tachar las propuestas que parecían más apantalladoras. Por ejemplo, una de las propuestas era un programa de televisión los domingos a las 9 de la noche.

A final me decidí por *Milenio*: aquí tenía buenos cuates que me invitaron, por ejemplo Raymundo Riva Palacio y Ciro Gómez Leyva.

Entonces, en mayo de 1999, no sin reticencias, pero muy gratificado por mis anfitriones, me incorporé al Grupo Multimedios, con el apantallante y nobiliario título “director editorial adjunto”.

¿En qué consistía mi “trabajo”? en participar cada semana en la planeación de contenidos y cabeceo de la portada del semanario *Milenio*, donde debía dar “tres o cuatro golpes al año” (según me dijo Ciro Gómez Leyva), y en ocupar un espacio de dos páginas para que escribiese en ellas lo que se me diera la gana.

“¡Una columna!”, se me enfatizó, con la misma displicencia que hubieran aplicado si me hubiesen conseguido la beca Guggenheim (o una de las mesas de 100 mil dólares en

el Alcázar de Chapultepec para cenar cerca de Marta Sahagún y escuchar el concierto de Elton John).

Desde hacía muchos años había venido despreciando la columna como género y casi todos los columnistas. Hoy pienso igual: vivo y duermo placenteramente, sin que me angustie saber de qué escribió éste o aquél, y creo que muchos de estos “orientadores sociales”, “líderes de opinión”, “politólogos”, “analistas” o como sea que gusten que se les llame, han venido pudriendo el oficio periodístico, entre otras razones porque casi todos borbotean adjetivos a falta de datos específicos y sus escritos los dirigen a la gente del poder y no a los lectores comunes y corrientes.

—¿Una columna?

—Sí, pero ponle nombre

Lo primero que debo confesar es que me gustó la idea de tener un espacio propio, donde pudiera contar cuentos verdaderos, independientemente de que resultaran hilarantes, noticiosos, inquietantes, sugerentes, abracadabrantés, incisivos, caninos o molares y, de vez en cuando, algunos palíndromos (Sé mamón o No mames, por ejemplo). Hasta me entusiasmé con la idea de escribir grandes historias de seres pequeños, digamos periodistas, e imaginé que la columna podría llamarse “Uno de periodistas”, lo cual deseché porque casi todas me remitían a lo que mi pediatra llama el “síndrome *Proceso*” y terminé escogiendo “El asalto a la razón”, el acertado título que George Lukács dio a uno de sus libros de estética marxista, en el que se devanó los sesos por intentar explicar la irrupción del nazifascismo en la historia universal.

El mundo se volvió más loco de lo permisible, razoné, pensando más en lo absurdo que es hacer colas en los restaurantes VIPS para pagar la cuenta, en el desquiciamiento evidente que significaba para entonces (el México preelectoral) el retorno de los caudillajes, el paro lumpen-derechoso en la Universidad Nacional Autónoma de México y la muy periodística pulverización de las instituciones.

Hoy, la síntesis de la locura global está encarnada en los cruzados del Tercer Milenio: George W. Bush y Osama de Bin Laden, tan iluminados por su respectivo Dios, y los dos comprometidos en “La madre de todas las madrizas” en su repulsiva lucha entre “el Bien” y “el Mal”.

En mi vida profesional he tenido enormes privilegios y placeres (aprendí a leer en periódicos cuando tenía cuatro años de edad y nunca he dejado de hacerlo). Tuve el honor de acompañar al mejor periodista que conozco cuando un zarpazo del gobierno echeverrista lo sacó de *Excélsior*; con Julio Scherer García y muchos otros, participé en la fundación de *Proceso* y disfruté al máximo los 22 años y medio que “trabajé” en esa publicación, hoy degradada.

* * *

Cuando ingresé a *Milenio* tenía 52 años y procedía de la “generación golpeada” del 68. En lo personal, acababa de sortear la muerte de mi madre (que lo fue también de otros diez, del total de quince hermanos que tuve, y menos de un mes y medio después la de su esposo). Cambié de casa, cambié de trabajo, cambié de vida.

No acababa de instalarme en la relajada “tarea” de mi “enorme” responsabilidad (dos jornadas semanales, un texto que podía enviar electrónicamente, sin acudir a la oficina, y tres o cuatro reportajes al año) cuando surgió la idea del diario.

En el ínterin tuve algunas regocijantes satisfacciones, en particular el cascabel al gato de las elecciones presidenciales, con el hallazgo y publicación de las deudas del grupo de [Vicente] Fox en el Fobaproa.

Fue desde las primeras conversaciones y discusiones en torno del diario que, aquí en *Milenio*, incrementé mi enciclopedia de datos inútiles, por ejemplo, con el descubrimiento de la “economía de escala”, la “ingeniería editorial”, el “kicker” (la línea de menor puntaje que antecede a la “cabeza” o titular y que yo conocía como “balazo”); la inversión de tiempo y ánimos en el cruce de memorándums persecutorios, respiré una enfermiza propensión a las suspensiones, los despidos, los tratos en lo oscuro, los premios y castigos injustos y, lo más detestable: el mal humor.

Otros y otras (como diría Vicente Fox) aprendieron de mí. Por ejemplo, que los asuntos importantes no necesariamente son periodísticos; que el mejor trabajo periodístico es el que no admite desmentido alguno o que el periodismo, a fin de cuentas, es intrascendente, y que los periodistas, en el mejor de los casos, somos unos chismosos ilustrados.

* * *

Lo que parecía una especie de bendición (aquellos de tener un “trabajo” bien pagado y sin aprensiones), se volvió como debe ser: apasionante función de todos los días, y el viajar en la montaña rusa (sin cinturón de seguridad) del periodismo diario diluyó cualquiera de las tonterías que pudieron haber amargado mi carácter, al compartir el mejor de los oficios con periodistas a quienes en su mayoría yo desconocía (empezando por mis compañeros de *La Afición*, debido a mi supina ignorancia de prácticamente todos los deportes).

Supe también apreciar el valor del trabajo de áreas impermeables a mi inteligencia, como el de Enriqueta Medina, en Planeación; Vicente Velázquez, de la Comercial, o Javier Chapa, de Operaciones.

Pese a lo que pudiera inferirse, aprendí a disfrutar inclusive los tropiezos profesionales, entre los que recuerdo un “importantísimo” tip de amigos perredistas que resultó falso, el sentido de que Marcos no vendría a la ciudad de México y que nos hizo (a Federico Arreola, Abelardo Martín y a mí) cometer la tontería de cabecear: “Se desinfla la marcha zapatista”, cuando la realidad fue todo lo contrario.

Una infinitamente peor la disfruté también: el 30 de agosto de 2001 publicamos como principal: “En el 2002, austeridad y crecimiento cero”, cuando esto del cero crecimiento se refería más bien al presupuesto.

No me importan mucho las pocas equivocaciones “importantes” que habíamos cometido en poco más de un año nueve meses de nacido el diario, puesto que una característica de *Milenio* es que corregimos de inmediato, de preferencia en la misma página y con similar presentación, lo cual es extraordinario en el mercado de las publicaciones.

Una de cal por las que van de pena: una noche oí desde mi oficina la excitación de Gina Morett, entonces editora de la sección México, producida por el hallazgo extraordinario de Anabel Hernández que se conoce como el “toallagate”. Esa vez yo estaba a cargo de la edición del diario, Abelardo Martín echaba un ojo a los trascendidos y tomé la decisión de sustituir la nota preparada de ante mano como la principal, a pesar de que ya era muy tarde.

Se lo comuniqué telefónicamente a Federico Arreola (el único de mis jefes al que pude localizar); él sugirió la “cabeza”, particularmente acentuó que apareciera la palabra “toalla” (“llega más”, me dijo); pedía al editor de fotografía, Fernando Villa del Ángel, que tomara una foto del portal de Compranet para ilustrar la primera plana y pudimos dar el campanazo del que tanto se habló.

* * *

Siempre he tenido el honor de trabajar donde colaboran cartonistas de primera línea. En *Proceso*, Naranjo marcó toda una época de la caricatura política en México. En *Milenio*, hasta hace poco, todos los días me sorprendía uno de los moneros jóvenes más prometedores: Hernández. Y cada semana, en *Milenio semanal*, Hernández y su compañero Helguera me deleitaban con sus perversiones: una vez compararon a Marta Fox con Hillary Clinton y Evita Perón.

Tengo muchos amigos periodistas dentro y fuera de *Milenio*. Con algunos (se impone la selección natural de las especies) he trabajado; y a muchos más, simplemente, los he tratado a lo largo de todos estos años. Unos han fundado publicaciones históricas y otros han revolucionado el periodismo televisivo. Casi todos han encontrado la manera de expresarse libremente, venciendo los obstáculos. Están los que, por no hallarse a sí mismos, han brincado de un lugar a otro y de medio en medio para encontrar su espacio. Hay otros más, como el prestigiado Ricardo Rocha, que ante la falta de opciones comerciales para sus programas, se las ingenió para transmitirlos en radiodifusoras propiedad del gobierno (lo cual me parece muy inteligente de su parte).

El 12 de octubre de 2001 fui nombrado director de *Milenio diario* y director general editorial del Grupo Multimedios. Desde entonces, la responsabilidad que me confirieron Francisco A. González y Federico Arreola, he intentado cumplirla con la mayor eficacia. Sé que este cargo no significa un título nobiliario de pacotilla y... y... por el momento ya, porque debo asegurarme de que la edición de hoy de *Milenio* gane, como ha venido sucediendo, la preferencia y la confianza de antiguos, ansiados y queridos nuevos lectores.

* * *

Ahora bien, nunca fue mi sueño ser director. Nunca lo pensé. Cuando salí de *Proceso* una amiga me dijo que mi problema había sido no haber buscado o grillado la dirección, cosa que sí hizo Rodríguez Castañeda. En ese momento me di cuenta de que, por la manera en que nació *Proceso*, desde el principio yo tuve eso que algunos llaman poder. Estaba a cargo de toda la infraestructura para que funcionara algo importante, así fuera el funcionamiento de las computadoras; me tocó organizar el área de fotografía, de diseño, hasta de mantenimiento: qué onda con el drenaje, la carpintería, la luz... Yo no tenía que buscar “poder”. De alguna manera la función que yo desempeñaba era determinante, por eso la dirección nunca la busqué, tanto que, cuando el señor Scherer jugó a la elección entre Rodríguez Castañeda y yo, me salí, porque yo no buscaba eso. Tampoco busqué la dirección de *Milenio*. No sé en qué momento la dejaré pero sí sé que yo no busqué este cargo y lo que trato es de cumplirlo a partir de un enfoque sustantivo en esto: el reporteril. Frecuentemente ando reportando cosas o completando o verificando..., todos los días, así sea con los reporteros o los editores para no tener duda. Yo conozco a todos los reporteros que trabajan aquí.

¿Un día normal en mi trabajo actual? Los días empiezan con un desayuno, lo cual quiere decir que si el desayuno es a las 8 de la mañana hay que levantarse a las 6:30. Pero los más frecuentes son los de las 9 y hay que levantarse a las 7:30. Después del desayuno vengo al periódico y espero a que den las 11 u 11:30 y entro a una reunión con los editores, para lo que yo digo, escribirle la carta a Santa Claus: qué queremos del día. Luego, si hay a alguien a quien recibir lo recibo, atiendo el E-mail y el teléfono, leo. Luego viene la comida.

A las 5 de la tarde tenemos otra reunión con los editores para ver lo que sí tenemos y vemos de qué manera lo presentamos para elaborar las cabezas de la primera plana, porque en esta reunión me interesan fundamentalmente los asuntos para primera plana. Les digo a los editores que expongan lo mejor que tienen en su respectiva sección. Después escribo mi texto para “El asalto a la razón”, veo las pruebas de portada, que a cada rato cambia: se cae la nota, tal cosa no se confirmó, la foto no sirvió... Leo, corrijo, edito, suprimo y corrijo los Trascendidos [columna colectiva de *Milenio diario* en

donde se colocan comentarios noticiosos no confirmados]. Esto me ocupa más o menos hasta las 12 de la noche... y esa es mi rutina.

* * *

Respecto a lo que han comentado acerca de que yo quería censurar o minimizar la información del *toallagate* en *Milenio*, afirmo categóricamente que es falsa, vieja y miserable esa versión. En *Milenio* no se ha censurado información para quedar bien con la señora Marta Sahagún y ocultar los negocios de sus hijos. Esas son intrigas de un irredimible pateador de pesebres y crónico difamador: Raymundo Riva Palacio.

Yo no he traicionado el oficio periodístico.

Basta revisar cualquier ejemplar de *Milenio* (en sus distintos diarios y en el semanario); leer a sus reporteros, articulistas y directivos, o ver los magistrales y ácidos cartones de sus moneros, para corroborar que ni la señora Sahagún, ni su marido, ni sus familiares han sido tratados de otra manera que no sea la de la información y la crítica puntuales.

* * *

En cuanto a mi experiencia en radio y televisión, fui guionista del programa *La revista semanal*. Cuando salí de *El Día*, el señor Mario Ezcurdia me invitó a hacer el guión de ese programa que se transmitía los domingos en el Canal 13, cuando sus estudios estaban en la calle de Mina, a un lado del Teatro Blanquita. Tenía una sección que titulé “El oficio del ingenio o el ingenio del oficio”. Salían cosas que mucha gente se inventa para vivir: vender cajas con aire de Tepito... cosas por el estilo. Teníamos también una sección muy interesante de rarezas científicas, por ejemplo cómo era Tóstenes, quien midió la circunferencia de la tierra a partir de un experimento que hizo en las riveras del río Nilo, creo que falló por 40 kilómetros.

También fui reportero de un programa en canal 11 dirigido por Virgilio Caballero que se llamaba *Del hecho al dicho*. Era una versión televisiva de lo que era *Proceso*.

* * *

Cuando empecé a hacer mis comentarios en el noticiario radiofónico de José Cárdenas, le pedí que fuera un diálogo con él al aire. Él bautizó la sección como “Los demonios andan sueltos”, una expresión de Mario Ruíz Masieu que apunto de huir del país echó la maldición gitana de que los demonios se habían desatado. Entonces, más que un comentario, yo dialogaba con Pepe. Incluso, a veces lo ponía en aprietos, me decía:

— ¿Y cuál es tú análisis de tal cosa, Carlos?

— No Pepe, análisis en los Laboratorios Frontera, en el Hospital Ángeles. Yo sé o ignoro. Prefiero que platiquemos sobre lo que sabemos.

Y Pepe Cárdenas se desconcertaba. O de pronto me decía:

—Bueno, Carlos...

—Qué, ¿ya me estas cortando?—lo interrumpía yo.

* * *

Multimedios tiene ocho canales de televisión en el norte del país. *Milenio en televisión* fue una propuesta que nos hizo Televisa e hicimos como dos años de programa. Tenía el chiste de que, pese al horario y el día (los viernes después de López Dóriga y los deportes), llegó a tener más de siete puntos de raiting, creo que el promedio fue más de cuatro puntos.

Se acabó porque en algún momento Federico Arreola tuvo la idea de tener una tercera cadena de televisión. Su idea era hacer una alianza con *El Universal* y *La jornada*. Yo le dije entonces que lo primero que íbamos a hacer era avisar a Televisa que se acaba el programa. Federico dijo que por qué y yo le respondí que porque íbamos a una guerra de televisoras, y seríamos un tercer grupo; yo no tendría cara para llegar a Televisa si la

empresa para la que yo trabajo va a pelar contra ellos y contra TV Azteca. Federico lo entendió y entonces fui a Televisa y lo comenté. Eso fue un martes, al sábado siguiente Federico me habló diciéndome que todo iba para atrás.

En Televisa, generosamente, nos dijeron que podíamos seguir con el programa pero ya no hice nada para que así fuera: habíamos dado el paso en falso y el programa se evaporó.

La televisión me divierte, es una manera de relajarme. Pero, por ejemplo, en el programa de *Milenio* hubo un momento en que quedó planteada la posibilidad de hacerlo cada semana, porque era cada mes. Yo dije: desde luego, no. Me iba cambiar de giro, porque mi ofició está más en le periodismo escrito.

* * *

Coordiné, a partir de 1980 y durante cinco años, los talleres de Redacción periodística de la Universidad Nacional Autónoma de México en el Palacio de Minería. Resolvimos hacer unos talleres de Redacción Periodística que se llevaron a cabo todos los sábados. En algún momento invité como adjunto a Óscar Hinojosa, quien después fue subdirector en *El Universal* y había sido mi compañero de aula en la escuela Carlos Septién García. Eran talleres abiertos en donde llegaban estudiantes de varias escuelas y facultades de periodismo o de la mal llamada Comunicación, llegaban profesionistas y amas de casa medio ociosas o interesadas en el asunto con ganas de aprovechar sus sábados y pensaban que cuando menos podían ir a divertirse. Se hacían grupos de entre 50 y 60 personas durante tres meses, que era la duración de los talleres.

Yo procuraba, como después en las clases de la Ibero [Universidad Iberoamericana, campus ciudad de México], donde di clases 19 años, hacer los talleres muy prácticos.

* * *

En la Ibero [Universidad Iberoamericana, campus ciudad de México] di clases a alumnos de tronco común, más o menos de tercer o cuarto semestre de la carrera de Comunicación, pero no se sabía quién iba a terminar en radio, en televisión o en la calle, en periodismo escrito, en publicidad. Daba dos semestres al año para estos muchachos de tronco común y también dos semestres al año del último semestre de los que ya iban para periodistas, que era la materia Laboratorio de Periodismo.

Daba clases seguramente porque en *Proceso* no tenía tanto trabajo. No. Lo que pasa es que en la revista el trabajo era movido los lunes, los jueves y viernes, en lo que a mí concernía. Yo tenía a mi cargo la producción: era cosa de estar en la reunión editorial de concepción del próximo número, todos los lunes; y el jueves en la discusión y aprobación de la portada y ya desde el jueves la producción: el procesamiento de los primeros textos, las secciones de adelanto; y el viernes, pues terminaba hasta la madrugada del sábado. Esos eran los días apretados.

Entonces yo aprovechaba los martes y los jueves en la mañana para ir a la Ibero, donde el maestro y escritor Francisco Prieto me había invitado a dar clases. Primero iba a las instalaciones de Churubusco y después a Santa Fe. Y ya, por el rigor de la intensidad de la chamba y la lejanía y el nacimiento de *Milenio diario*, dejé de dar clases en la Universidad Iberoamericana.

Para algunas clases invitaba a mis alumnos a un salón de actos múltiples que teníamos en el edificio de administración de *Proceso*. Los citaba ahí para hacer menos latoso mi traslado hasta Santa Fe. No era siempre, pero sí tuvimos muchas clases ahí.

Entre mis alumnos recuerdo, por ejemplo, al escritor Álvaro Enrigue; a Miguel de la Vega, ahora uno de los principales editores en *Reforma*; a varios más, muchos... no recuerdo cuántos alumnos tuve en 38 semestres... Tuve a un hijo de Regino Díaz Redondo, cuando la Universidad Iberoamericana estaba en Churubusco, a un hijo de José Ángel Gurría, que se llama igual que él, pero que es mejor que su padre y su padre es muy inteligente, le decían “el ángel de la dependencia” cuando fue secretario de Hacienda. Este muchacho luego desertó para irse al Colmex y decía que en mi clase se le había movido el tapete para seguir la carrera de periodismo, cosa que a mi me dio mucho gusto.

Y hay muchísimos que fueron mis alumnos, pero la memoria no me permite recordar por completo...

Durante cuatro o cinco semestres en la Universidad Iberoamericana me gustaba llegar el primer día de clases y abrir la puerta con una patada. Llevaba un libro que había comprado en España, se llamaba *Diccionario del crimen* y entraba de sopetón y los muchachos se quedaban con cara de quién es este loco. Les decía:

—Qué pena que nos toca coincidir. Yo soy republicano, laico y gratuito, en tanto, sus padres creen que pueden comprar calificaciones y títulos. Además, seguramente algunos de sus parientes están en Almoloya porque son delincuentes de cuello blanco, pero yo no pedí trabajar para “la CIA de Jesús”, o sea la Universidad Iberoamericana, ni ustedes necesariamente me han escogido.

—No —me aclaraban— aquí sólo estamos los que queremos estar con usted.

—Bueno, el caso es que miren este libro —les decía mostrándoselo—. Vean cómo está hecho: de la A a la Z, pasando por sogas de ahorcados, por la S de silla eléctrica, por la C de cuchillo, por la V de veneno, por la C de cianuro, por la P de pistola...

En la A, el libro abre con la palabra abedul, y les leía la ficha:

—Abedul: árbol que crece en tales latitudes... sus varas fueron implementadas con éxito para la disciplina en las cárceles de Inglaterra en siglo XVIII. La vara de una pulgada de diámetro tiene la propiedad de que dándose en la espalda produce tales efectos... dándose en las nalgas, tales otros... En mil novecientos ochenta y tantos fue experimentada en Japón en algunas escuelas, aunque se trataba sólo de una vara de media pulgada. El profesor Sacakuro Yamamoto golpeó al alumno Fujita Maka y le provocó la muerte. El juez Yacasaua determinó que el profesor era inocente porque lo único que quiso fue educar a ese muchacho.

Y luego aventaba el libro a la mesa.

—Como ven —continuaba diciéndoles— estoy de a cuerdo con la idea de que la letra con sangre entra. Comienza la clase...

¡Uta! Todos quedaban asustados. Se veía en las caras de las muchachas que querían aullar.

Ya después veían que la cosa en realidad era más bien en su beneficio.

A mí me gustaba esto de las clases porque me ayudaba a refrescar o a poner en orden, inclusive a teorizar, sobre lo que para mí ya era una práctica automática en el ejercicio del oficio.

* * *

Allá por 1986 y hasta 1991, me invitaron las autoridades de la Universidad Internacional de Florida a participar en el Programa Centroamericano de Periodismo. Eran cursos para periodistas, editores, directivos y dueños de medios en Centroamérica, en una especie de posgrado. Yo iba a Miami cuatro veces al año, a veces cuando menos una vez, para dar estos cursos durante una semana y me pagaban muy bien. Iba como bracero: por un puñado de dólares..., me apapachaban bien, me daban todo para trasladarme y hospedarme y un cupón de alquiler de coches y me la pasaba bien. Esas salidas casi siempre las tomaba como mis vacaciones y ya no salía más.

Cierto, no tengo títulos académicos, pero para dar mis clases contaba mi experiencia. Los de la Universidad Internacional de Florida me buscaron porque acababa de publicar el *Manual de Periodismo* y en la Universidad Iberoamericana, con la publicación de un libro, por ejemplo, ya puedes dirigir tesis.

* * *

Durante un semestre y por petición de los alumnos, fui a dar clases de Géneros Periodísticos a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue sólo un semestre porque era muy difícil cobrar la miseria que me debían pagar, quizá era el equivalente a la gasolina que gastaba yo para llegar a CU [Ciudad Universitaria] y fue tan latoso que no me pagaron nunca. Yo le decía a Guillermina Baena, entonces coordinadora de la carrera de Comunicación en la Facultad, que no me explicaba por qué valía mi firma para calificar a 180 muchachos y no valía para cobrar. La burocracia era terrible y nunca cobré.

Pero mi grupo en Ciencias Políticas fue quizá el grupo más gratificante durante todos mis años de profesor: los muchachos estaban muy apetentes de aprender. Me acuerdo que en ese grupo estuvo Mayolo López, sobrino de Froylán López Narváez, hoy reportero de *Reforma*; de Ulises Castellanos, hijo de Magú y después yerno de Julio Scherer (está casado con María Scherer Ibarra).

Recuerdo que llegué a la Facultad y vi por primera vez salones para 100 personas, algo que yo no conocía, era como un estadio con pupitres. Llegué como al 20 para las 9 de la mañana y como al 10 para las 9 ya estaban gritando que cerrara la puerta y yo dije:

—No, ¿por qué la van a cerrar?

—Es que usted puede dejar sólo a 25 — me dijeron.

Pero yo veía en mi lista a ¡180 alumnos!, no daba crédito. El salón era para 100 y yo tenía a 180 alumnos (ahí fue como a petición popular). Entonces dije:

—No, yo voy a dar de tolerancia hasta las 9:10 para que entre quien quiera.

Como alas 9:05 ya estaban los 180. Me acuerdo que me subí a la mesa de profesor y pregunté:

—¿Quiénes de los que están aquí participaron en el movimiento del CEU [Consejo Estudiantil Universitario]?

Todos se callaron.

—No sean hipócritas —dije—. Seguramente entre 180 hay algún militante del CEU. No sean cobardes, ¡alcen la mano!

Un muchacho tímidamente empezó a alzar el brazo y una muchacha le dijo:

—¡Ándale, levántala. No te hagas, tú estuviste en el CEU!

Yo dije:

—Qué bueno que aquí hay por lo menos un hombre honrado, pero que fea la actitud delatora de esta mujer.

Pedí que le agradecieran a ese muchacho y a sus compañeros del CEU que el grupo en el que estábamos tuviera 180 alumnos, porque si se hubiera aplicado la excelencia académica que quiso Carpizo seguramente no habría ahí tanto estudiante.

Yo me había comprometido a estar con ellos cuatro horas de corrido, pero con tantos alumnos lo que hice fue partir al grupo y asistir dos veces a la semana en clases de dos horas. Entonces, más bien funcionó como taller: todo mundo hacía trabajos por escrito, porque a mi me gusta que las clases se traduzcan en textos periodísticos. Yo calificué todos esos trabajos, bueno, llegó el momento en que me hice ayudar por Rafael Ocampo o por Miguel de la Vega o no sé por quién, para calificar a ese grupo tumultuario. Me acuerdo que cuando ponía S, que es Suficiente, la mayoría me rogaba que mejor les pusiera NA [no aprobado], que porque sus promedios, que no sé qué. Bueno, los tronaba. Entonces, de los 180 debí de haber reprobado como a 120, cosa que me encantó.

En algún momento yo pedía que leyeran un libro a la semana y sólo en el caso de algún título permitía yo que fuera en dos semanas (creo que era *Palinuro de México*). Les hacía leer los *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, los cuentos de *El llano en llamas*, las crónicas de *Días de guardar* de Monsiváis, y otros, cada semana. En algún momento unos muchachos me dijeron que no tenían para comprar los libros, que les salía muy cara mi clase. Pero yo les dije:

—Qué chistoso, yo les he pedido que los lean, no que los compren. No he sabido nunca de alguien que entre armado a la librería Gandhi, eche bala y diga: ¡arriba las manos, caete con Umberto Eco! Por mí, róbenselos... o léanlos en la biblioteca. Pero si no tienen oportunidad de leer libros no tienen por qué estar en esta clase, mejor métanse a ver a dónde, pero no estorben.

Total: fue muy dinámica la clase.

Así las hacía yo con grupos de poco más de 20 en la Universidad Iberoamericana. Y resultó siempre muy útil, muy buena la práctica de redacción. Sin antes prevenirlos, al término de la clase les pedía una redacción libre acerca de cómo había estado la clase. Era padrísimo corroborar como, de un solo acontecimiento, hay múltiples versiones, que es lo que ocurre en las conferencias de prensa o en cualquier nota, en donde las versiones son distintas. Ahí se veía que al que había calculado 20 alumnos, me permitía decirle: pero cómo no los contaste, sólo eran 24. El que decía que había como 30 alumnos también le preguntaba que por qué no los contó. Y el que se equivocaba en alguna expresión o en alguna cosa, quedaba expuesto a la vergüenza pública.

* * *

Mi forma de enseñar no tenía similitud con los que fueron mis maestros en la Escuela Carlos Septién. Pero lo que me hacía pensar en la Septién era que en las carreras de la mal llamada Comunicación, había, hay, una ausencia de clases humanísticas como las que yo tuve: Historia de las Culturas, Lógica, Ética, Raíces Grecolatinas... Me llamaba la atención que no hubiera esas materias. De alguna manera en mis clases yo introducía esas áreas del conocimiento con las lecturas que pedía y en el propio desarrollo de las clases fomentaba el interés por el cine, el teatro, las actividades formativas, la lectura de periódicos y revistas: tres periódicos diarios y desde luego la revista donde yo trabajaba. Yo siempre les recomendaba a mis alumnos lo que ¡nunca! debía hacer un periodista, por ejemplo, ir a entrevistar a alguien sin saber de todo y más de lo que el entrevistado sabía de sí mismo. Otra cosa que no debían hacer: jugar a que tenían buenas ideas, porque las buenas ideas son escasas y los grandes hombres de la Historia han tenido pocas, muy pocas, quizás 10 en toda la vida; pero hay quien quiere entrarle al periodismo porque dice: es que yo tengo cosas que decir. No me platiques más. Los periodistas nos ocupamos casi siempre de las mismas cosas, lo único que cambian son los protagonistas y las circunstancias. Nos hacemos cargo de otro partido de fútbol, otra elección, otra guerra, otra guerrilla, otro petardo, otra huelga. Pero el gran reto de los reporteros es cómo contar las cosas, de qué manera atraer la atención del lector y clavarlo en el texto para que no lo suelte sino hasta la última palabra. Ahora no me da tiempo de echar de menos cuando yo daba clases, no me da tiempo de echar de menos casi nada porque siempre hay mil cosas que hacer.

* * *

Haber estado en la academia me ha permitido reflexionar sobre varias cosas de nuestro campo de estudio. Por ejemplo, que los medios de comunicación, nombrados así, son una mentira porque no establecen comunicación con el público, son medios de

información. Y me parece muy bien que existan, pero es fantasioso suponerlos de comunicación, porque es imposible.

También vi la necesidad de que el trabajo de los periodistas sea verosímil. Y esto lo relaciono una de las grandes experiencias en mi carrera: haberle hecho una entrevista a Manuel Becerra Acosta, donde me cuenta cómo recibió un millón de dólares por *Unomásuno* y cómo, según él, Carlos Salinas lo expulsó de México.

La entrevista la feché en Madrid porque, aunque se realizó en Bruselas, Daniel [González Leyva], su yerno, poeta, era el agregado cultural de la embajada mexicana en Bélgica. Para no crearle problemas, Becerra Acosta me pidió fecharla en España. Entonces, como habíamos platicado muy largamente en un bosque de Bruselas, donde caminamos durante horas, resolví fecharla en El Retiro de Madrid.

Cierto, fue una imprecisión intencionada. Pero las mentiras son como los pecados, hay veniales y mortales. Para la gente de fe, sobre todo en el catolicismo, te vas al infierno. Yo no creo en el infierno; sé que Dios no existe y el diablo tampoco, aunque el mundo es de los malos. Pero, en el caso de esta mentira, aquí lo sustantivo era que se conociera la versión de Becerra Acosta y su salida de *Unomásuno*, no en dónde habíamos platicado del tema, por eso considero que fue una mentira venial.

Eso lo han hecho muchos periodistas, pero no lo aprendí de ninguno en particular. Yo he tomado café capuchino, pero mi oficio no lo aprendí de Kapuscinski, sin que trate yo de demeritar su trabajo. Yo no he necesitado de Kapuscinski para hacer periodismo, tampoco de Tom Wolf, ni la estupidez ésa que algunos dicen de que inventó el Nuevo Periodismo. El Nuevo Periodismo lo puedes leer en Bernal Díaz del Castillo, el Nuevo Periodismo es, seguramente, Daniel Defoe que hizo el *Robinsón Crusoe* y el *Diario del año de la peste*, que es un gran reportaje conocido.

* * *

A fin de cuentas, ¿qué considero que he aportado al periodismo mexicano? Información. Pero en la mezcla que he realizado del ejercicio periodístico y de su enseñanza, hay algunas cosas que vale la pena retomar. Yo me río mucho de quienes dicen que los periodistas están para decir la verdad, en todo caso, nos ocupamos de verdades periodísticas y el resultado de nuestro trabajo es más verosímil que cierto. Eso es lo que, me parece, he incorporado al periodismo de este país y lo digo también en el *Manual de periodismo*, en las clases, en conferencias.

Y otra cosa: he impulsado que al hacer un periódico, una revista o un noticiario de radio o televisión, el periodista debe pensar más en los asuntos periodísticos que en los asuntos importantes, es decir, lo importante no es necesariamente periodístico. La afirmación estremece, lo sé. Por ejemplo, lo más importante que ocurre es que el sol siga encendido porque es el origen de la vida: la energía, la fotosíntesis, el viento, la lluvia... Sería idiota sacar en un periódico a ocho columnas "Volvió a salir el sol". No hay nada más importante que eso. Pero no es periodístico.

CARLOS MARÍN EN LAS VOCES DE OTROS PERIODISTAS

“Para conocer al otro, sin duda es preciso percibirlo objetivamente, estudiarlo objetivamente a ser posible, pero también hay que comprenderlo subjetivamente. El desarrollo de un conocimiento objetivo del mundo debe ir a la par de un conocimiento subjetivo del otro.”

Edgar Morin

Ciro Gómez Leyva

Conductor de *Fórmula de la tarde* (Radio Fórmula) y ex conductor de *CNI Noticias* (Canal 40)

Los jóvenes que ahora estudian periodismo deberían aprovechar los excelentes trabajos realizados por Carlos Marín. ¡Léanlos! Él ha publicado también un libro de periodismo excelente [*Manual de periodismo*]. Pero sobre todo, creo lo que se debe aprender de Carlos Marín es su condición de periodista ante todas las cosas. Carlos es un tipo que reflexiona siempre como periodista, toma decisiones como periodista y principalmente es de esos periodistas de cepa.

Ahora, ¿qué podemos aprenderle de su técnica y de su forma de hacer noticias? Cada quien tomará lo que le parezca más atractivo, pero lo mejor de Carlos Marín es *el* periodista: es un periodista de tiempo completo, un periodista ejemplar, totalmente ejemplar.

Sí, Marín es un periodista polémico porque en muchas ocasiones ha dado a conocer información muy polémica o muy controvertida.

Carlos Marín tuvo un problema muy fuerte con Carlos Salinas de Gortari porque publicó una larga entrevista con él que al parecer era *off the record* y Salinas no se la autorizaba. Polémico, porque él ha publicado muchas historias, la que finalmente se publicó que era cierto, aquel desayuno de Mariano Azuela y Santiago Creel sobre el desafuero de López Obrador. Sí, por supuesto que es polémico, pero el adjetivo polémico no en términos peyorativos, al contrario.

Yo recuerdo varios de sus trabajos. Ha hecho muchísimos: sobre la guerra sucia, la Brigada Blanca... Hizo uno de los trabajos más importantes sobre narcotráfico y militares; en *Milenio* él abrió la información sobre las deudas de la familia Fox al Fobaproa, y si le seguimos, si le metemos un poco de memoria, van a salir grandes historias.

El trabajo como director lo tendrán que evaluar sus subordinados tanto en *Proceso* como en *Milenio*.

Me parece un articulista diario divertido, entretenido. Pero el mejor Carlos Marín sin duda es el Carlos Marín reportero.

Bueno, el mejor Carlos Marín es como persona.

Pero no extraño al Marín de *Proceso*. Allá daba cañonazos y en *Milenio* los sigue dando y además ahora no es cada semana sino todos los días.

* * *

Conocí a Carlos Marín por ahí de 1994 o 1995. Lo conocí en un plano social, entre cuates, en reuniones sociales, reuniones de periodistas, donde siempre fue muy amable; él formaba parte de la dirección colectiva de *Proceso*, si no mal recuerdo.

Por lo que toca a mi experiencia, Marín ha sido siempre una persona muy solidaria y generosa a pesar de que he trabajado con Carlos Marín siempre a distancia. Cuando entré en 1999 a *Milenio*, yo ya iba de salida de la revista. Algo vimos, en algo participé en cuanto a la formación del periódico *Milenio*, pero desde 1999 no participo en la operación de *Milenio*, que es más o menos cuando entra Carlos Marín.

Mi experiencia ha sido muy grata, muy cordial, compartimos cargo durante mucho tiempo: éramos los directores adjuntos de *Milenio*, quién sabe qué signifique eso. Y desde que él ha sido el director siempre ha sido muy comprensivo, muy buen cuate conmigo; él me invitó para que yo colaborara de lunes a viernes.

Siempre que hablamos, que tocamos un punto personal o profesional o algún asunto que incumbe a terceros, siempre la relación ha sido cordial. Yo no tengo algo que decir en contra de Carlos Marín.

Se ha hablado también del Marín profesor. No es que los periodistas deban compartir su experiencia en las aulas, no deben, porque no hay un deber ser porque el periodista está para dar noticias. Ahora, quienes sienten la vocación de dar clases a mí me parece muy plausible porque lo hacen por enseñar. Carlos, Raymundo, algunos de ellos lo han hecho y me parece extraordinario. ¿Que sea un imperativo? No. Ellos tenían tiempo y ganas de hacerlo.

* * *

A Carlos Marín lo definen sus trabajos. No hay necesidad de hacer apologías sobre él. Marín tiene 10, 20, 30 grandes goles en la historia del periodismo mexicano. Además de su trabajo semana a semana en *Proceso*, ahora su trabajo todos los días en *Milenio*.

Como todos los periodistas es muy bueno en algunos ámbitos y en otros son más fuertes otros periodistas. Pero lo que hace Carlos, dirigir el periódico, escribir su columna, conseguir información, lo hace extraordinariamente.

Yo no sé bien qué pasó en el caso de las toallas en 2001 porque yo no estaba en la redacción, pero tengo entendido que quien estaba esa noche cerrando el periódico era Carlos Marín. Y que en efecto, Carlos Marín tenía algunas dudas sobre qué tanto destacar esa información; fue después de una charla con Federico Arreola que decidieron no sólo llevarla en primera, sino destacarla muy bien.

Ahora, lo que sí sé es que Raymundo Riva Palacio tuvo un enfrentamiento muy fuerte, brutal, tanto con Marín como con Federico Arreola. Y por lo mismo cada quien cuenta su historia, Raymundo lo cuenta muy seguido, Carlos y Federico prefieren abstenerse.

* * *

La cercanía que pueda tener con sus fuentes de información es parte de toda una generación de periodistas, la generación de los viejos columnistas. Así era antes la forma fundamental hacer periodismo: todo mundo tenía que estar comiendo, cenando con sus fuentes. Mucha gente lo hacía, lo hace, no sólo Carlos Marín. ¿Por qué?, porque mucha de la buena información tenía que surgir del *off the record* y te daban tips y

demás... Carlos forma parte de esa generación, como Raymundo Riva Palacio, es igualito.

En lo particular, y lo he discutido incluso públicamente con Marín, cuestiono mucho eso. Yo digo: hoy en día qué flojera ir a comer con un político, primero te tiran unos rollos larguísimos y cuando te van a decir algo interesante, inmediatamente te avisan que es *off the record* y no lo puedes tocar. Pero ellos son otra generación y así se formaron y al parecer así se van a morir, son muchísimos y muchos jóvenes actuales, periodistas de otra generación, lo siguen haciendo.

Manuel Becerra Acosta (+) ⁶¹

Periodista. Director fundador de *UnomásUno*.

Julio [Scherer] me mandó una tarjeta pidiéndome una entrevista y diciendo que le interesaba muchísimo, así con los superlativos que suele usar

Eso fue parte de que yo aceptara, y parte, que yo había escrito un artículo político y *El País* no lo aceptó por las relaciones que había entre la gente de Salinas y la dirección del periódico, con quien yo había tenido en el pasado las mejores relaciones, con (Jesús de) Polanco; (Juan Luis) Cebrián, en mi casa de Malinalco, en fin. Juan Pablo (su hijo) fue meritorio ahí, en una época muy crítica de su vida. Verdaderamente estaba desorientado Jean Paul, y una gente de *El País* me dijo: “Mándamelo”. Y ahí estuvo Juan Pablo un año o más. Le fue muy útil, en fin. Entonces me fastidió mucho que no publicaran esto.

La verdad es que yo no entrevisté, digo, sí entrevisté. Lo que no hice fue leer, precisamente por entrever, la entrevista que Carlos C. Marín me hizo, porque lo conozco, y sé como ampolla todo lo que hace. Es una calca, todo lo perfecta que pude ser Carlos C. Marín de Julio. Habla igual que Julio, se expresa igual que Julio, adjetiva los superlativos, pero

⁶¹ Alegría Martínez. *Manuel Becerra Acosta. Periodismo y poder*. pp. 137-139

no tiene el talento de Julio. No es mal tipo, es muy chistoso. Por eso le dicen Carlos C. Marín. Espero que no se ofenda. Tiene su grandeza moral, pero es como digo.

Entonces la “C” se la pusieron por *clown*. No es feo, los *clowns* son gente.

Un día le preguntaron a Fernando Benítez, una intérprete que teníamos en Moscú: “Si usted no hubiera sido periodista y escritor, ¿qué le hubiera gustado ser?” Entonces él, sin pensarlo, como una máquina ordenadora, dijo:

—“*Clown*”.

De manera que no es peyorativo lo de Marín. Es que él es chistosísimo.

Me acuerdo de *La Tarde*, un diario principal de Bélgica, una sabanota. Invitamos a Marín, y el reportero belga también estaba invitado. Amelia, mi hija; Daniel Leyva, su marido; y yo en Bruselas. Vivíamos en el mismo edificio, pero yo en el tercer piso y ellos en el sexto. Entonces estaba Marín. Cómo se rió el reportero éste de *La Tarde*. Era un reportero especializado en Iberoamérica, un reportero redactor. Más redactor que reportero. Hablaba un español sin acento, conocía muy bien a los políticos españoles.

Le preguntó Amelia: “¿Y por qué te ríes tanto?” Y dijo: “Es que el señor es muy chistoso.”

Esa entrevista la ubicó Marín a petición mía, accedió, la ubicó en Madrid, porque yo no quería perjudicar a los Leyva, pero fue en Bruselas. La mayor parte se realizó paseando, con Juan Rodrigo y Juan Pablo atrás, en el gran bosque Bruselense La Cambre, que tantas reminiscencias me traía de Chapultepec.

La mayor parte de la entrevista fue ahí, siguiéndome con su grabadora. Fue una caminata que lo dejó exhausto. Luego lo invité a comer en las cercanías del bosque, al mejor restaurante italiano. Luego nos reunimos ya en mi casa y siguió preguntando.

Finalmente me dijo:

“Ahora lo voy a fusilar”. Sacó su cámara y no le funcionó

Su camarota, una cámara preciosa, no sé qué marca pero preciosa. No le funcionó, y además la olvidó. Luego tuve que llevársela al aeropuerto. Juan Pablo decía que Marín era un inválido porque no hablaba una palabra en ningún idioma extranjero.

Bueno, Julio se negaba a aprender. Decía que no era necesario, lo cual es ¡absolutamente absurdo! Entonces, debe de ser también de las cosas malas que Marín tomó de Julio. Yo creo que fue su maestro, además de que no es mal periodista Carlos

C. Marín. Bueno, además tiene ímpetu reportero y reporteril. Mucho ímpetu tiene, sólo que lo absorbió la personalidad de Julio.

Andrés Ruiz

Miembro de la contraloría del periódico *La Jornada*

Conocí a Carlos Marín cuando trabajé en *Proceso*. Yo trabajaba en la mesa de edición y él era un reportero que hacía trabajos especiales y además estaba encargado de la parte de producción de la revista, era el responsable de la puesta en plana de la revista, es decidir, la portada; todo lo que restaba después del trabajo de redacción y edición.

Mi relación con Marín fue de compañeros de trabajo. Claro, eran tan largas y agobiantes las jornadas de *Proceso* que jueves y viernes yo veía mucho más a mis compañeros de trabajo que a mis hijos, vivíamos ahí prácticamente. El viernes comíamos en la revista y salíamos hasta el cierre de edición. Salíamos muy tarde, sobre todo cuando le tocaba a Marín hacer un reportaje, porque era muy lento para escribir y también estaba en la parte de producción y tenía que invertir tiempo en eso y salíamos como hasta las tres o cuatro de la mañana. Una vez asignado el trabajo en la revista no hay forma de sustituirlo y había que esperar, además, muchas veces eran reportajes de portada.

Carlos Marín era un buen compañero, una persona con la que se llevaba uno bien; siempre es bromista, una de sus características principales.

De repente nos íbamos a comer con otros compañeros. Tiene un gran humor y siempre estábamos a las carcajadas. No éramos grandes amigos, pero sí muy buenos compañeros de trabajo; luego sí vino una separación muy grande con esto que se dio.

Me lo he encontrado en varias ocasiones y lo he saludado muy bien. Es una gente a la que estimo y aprecio, si hemos tenido diferencias han sido de enfoque, políticas o de línea editorial. Este es un medio de muchas pasiones pero yo trato de no abonar a eso, porque si cada diferencia editorial con alguien se convierte en una cuestión de pleito

personal, pues te la pasarías peleándote con todo el mundo. Y es un signo de muy poca madurez personal.

Me fui de *Milenio* por lo que se había acumulado en el trato a la información y porque se permitía que cayera alguien de la dirección por presiones externas. Para mi eso es inaceptable y me fui a *La Jornada* y ahí sigo.

Yo siempre recomiendo el *Manual de Periodismo* de Carlos Marín, antes también de Leñero. Es una herramienta útil, un manual bien armado a partir de la experiencia profesional. No es muy común este tipo de libros en el mercado.

* * *

Creo que, afortunadamente (porque no me hubiera gustado ver lo que pasó), yo me salí de *Proceso* poco después de que Don Julio Scherer dejó la revista, después de los veinte años de su fundación. Ya no me tocó la época que, según me platican mis compañeros, fue muy desgastante, muy desagradable por los enfrentamientos que hubo porque me han dicho que había un ambiente muy descompuesto.

Hay que partir del hecho de que Don Julio era la piedra angular de la revista. Y en una estructura piramidal, pues era una pieza clave en la operación: el respeto que se tenía por Don Julio, su prestigio que creaba un halo muy impresionante a su alrededor, cohesionaba mucho, metía en orden muchas cosas. Y si bien en el segundo nivel había diferencias y conflictos, todos estaban normados por la autoridad de Don Julio. En el momento en que él se va, todas estas cosas de segundo plano se convirtieron en cuestiones de primer plano: se pelaba la dirección de la revista, las decisiones editoriales...

En la junta de los lunes se planea la revista que aparecerá el siguiente domingo. La decisión última era la que daba Don Julio, como debe de ser en cualquier medio: es un ejército, tiene que haber un general y el general se puede equivocar, pero su ejército siempre debe seguirlo, porque él indica la dirección.

De repente hubo una dirección colegiada de seis personas y eso creó un caos muy grande: eran varios puntos de vista peleando por imponerse en cada número. Eso no podía resultar bien y terminó convirtiéndose en un conflicto muy serio. Desde luego, tuvo que ver con la cuestión del poder en la revista.

En lo fundamental, cuando estaba Don Julio y se hacían las juntas, todo mundo salía a trabajar en las cosas que se habían acordado, pero cuando no estaba Don Julio, salían, pero no convencidos o no hacían propiamente lo que tenían que hacer; digamos que se perdió mucha disciplina y eso generaba un enorme ruido.

Yo me fui de *Proceso* dos o tres semanas después de que se fue Don Julio. Estuve como dos años y medio.

* * *

Creo que Carlos, y alguna vez lo escribió Raymundo Riva Palacio en *Milenio*, ha sido uno de los mejores reporteros de investigación que hay en México. Carlos tenía muy buenas fuentes, privilegiadas, sobre todo en la parte del Ejército y los servicios de Inteligencia, y eso le permitía tener una visión más cercana y obtener datos prácticamente exclusivos. Sus fuentes las manejaba con enorme discreción.

Un tema noticioso dentro de *Proceso* en el que Carlos Marín tuvo mucha participación, fueron las investigaciones con respecto al caso de Raúl Salinas, en donde tuvieron que ver dos procuradores y hasta una vidente que tenían como asesora. Carlos fue el que siguió ese tema prácticamente número a número, documentando muchas de las cosas que revelaron eso como una porquería.

La diferencia entre el trabajo que hacía Carlos en *Proceso* y el que ahora hace en *Milenio* es muy evidente: Carlos dejó de hacer sus grandes reportajes, en los que invertía semanas enteras en armar muchas cosas: revisar expedientes, cotejar datos... Ahora que tiene que ver en la dirección del periódico, pues ese tiempo ya no lo tiene para él, lo tiene que repartir en muchas otras tareas. No obstante, sigue dando algunos datos muy buenos en sus columnas, aunque ya no hace lo que antes: sus reportajes extensos y trabajados.

Yo siempre tuve una muy buena relación con Carlos Marín en *Proceso*; no tuve problemas ahí con él, el problema surgió en *Milenio* y, sí, tuvimos serias diferencias. Yo terminé saliendo de ahí.

Llegué a *Milenio* cuando se fundó, al principio me encargaba de la edición y luego me cambiaron a *Milenio semanal*, la revista.

A mí me llamaron para integrarme al proyecto de *Milenio diario* cuando trabajaba en la UNESCO en un proyecto de comunicación iberoamericana (trabajábamos ahí Carlos Fazio y yo). De ahí me fui a *Milenio* y lo hice con mucho gusto porque siempre empezar un periódico es un gran reto y una aventura para imprimir un sello personal. Yo he participado en la iniciación de publicaciones como *Unomásuno*, *La jornada*, *El Independiente* (el que pretendía fundar Fernando Benítez, que no se dio por una negociación política de Moreno Valle en el sexenio de Salinas de Gortari), *Reforma*, un periódico de Toluca que se llamó *Liberación* y *Milenio*.

En *Milenio* estuve los primeros dos años del periódico, es decir, de la fundación a la salida de Raymundo Riva Palacio.

Carlos Marín es un caballero. No es una gente de insultos o exabruptos, es una gente muy decente, pero sí tuve diferencias con él, muy muy grandes. En la época en la que estuve en *Milenio* se dio la marcha zapatista, Raymundo [Riva Palacio] no estaba en México en ese momento y tuvimos desencuentros muy duros por la visión del periódico. *Milenio* era un periódico anti-zapatista y muchos de los que estábamos ahí considerábamos que no era de esa manera como se tenían que manejar las cosas. Marín estaba a favor de cierto sesgo y hubo un desencuentro muy fuerte; pero expresando sus puntos de vista opuestos, siempre fue muy amable.

Esta idea de despreciar a los zapatistas, independientemente de la postura que muchos teníamos respecto al zapatismo, nos parecía muy poco periodístico, al grado de que estábamos sesgando el punto de vista del periódico sirviendo a otros intereses y no a la información. Y yo creo que el tiempo nos ha dado la razón: los zapatistas siguen siendo una fuerza política importante en el país con repercusiones a escala internacional, con

demandas concretas. No es sólo un show mediático, sino una movilización que pretende imponer a la agenda internacional sus demandas.

Muchos lectores dejaron al periódico a partir de ese anti-zpatismo porque primero veían a *Milenio* como un periódico plural y luego vieron que no era así.

Pero antes, ocurrió el *toallagate*. Un caso que disgustó mucho a la presidencia y que tiene como consecuencia la salida de Raymundo Riva Palacio del periódico. Era uno de los primeros datos de la frivolidad, del dispendio y de insensibilidad social de un gobierno como el de [Vicente] Fox.

Lo que yo sé es que le pidieron a la dirección del periódico la salida de Raymundo. Una de las personas que con más énfasis los hizo fue la esposa del presidente, la señora [Marta] Sahún, y varios salimos con él porque nos pareció que no era correcto ceder a la Presidencia un puesto de dirección. Yo entiendo que hay intereses comerciales y políticos, pero un periódico debe apoyar a su gente y los datos que publica. Pensamos: “si un periódico está dispuesto a hacer eso, puede estar dispuestos a hacer muchas cosas más” y no estábamos de acuerdo.

Hubo intentos por matizar la información del *toallagate*. No quiero juzgar a priori a Carlos Marín, a lo mejor él intuía que esto iba a generar un conflicto muy serio con la Presidencia en un momento en que el periódico era muy joven. Yo no participaría en esa opinión. Fue una gran nota que se convirtió en parte de la agenda de los medios: era inconcebible tenerla y no publicarla. Ahora bien, no quiero prejuizar porque no he hablado con Carlos Marín de eso, además ya todo es pasado; no puedo pensar que sea una malévolas intención de Marín en contubernio con Los Pinos, no tengo datos acerca de eso.

* * *

Tener fuentes privilegiadas te ayuda mucho, pero en algún momento puede restringirte. Las mismas fuentes que te han dado información, luego te pueden presionar. No sé si eso le haya pasado a Marín.

Sin duda, el trabajo de Carlos Marín, su periodismo de investigación principalmente, ha marcado al periodismo mexicano. Mi opinión es que los medios deberían de destinar más recursos humanos y materiales a este tipo de reportajes, que se hacen cada vez menos. Son la esencia del periodismo, sobre todo de los medios escritos.

Ahora hacen mucha falta los reportajes de Carlos Marín.

Desde donde ahora estoy, desde *La Jornada*, veo a *Milenio diario* como un periódico que se ha recompuesto, se ha consolidado en muchas cosas, que ha recuperado lectores. En su ámbito estrictamente comercial es exitoso, el abrir filiales o franquicias en muchos estados de la República, aunque con variaciones de línea editorial, le da una gran presencia en el país. Y eso es algo que hay que celebrar.

Carlos Ferreyra

Director de la revista *Milenio semanal*

Conocí a Carlos Marín alrededor del año 1973 cuando ambos trabajábamos para *Excélsior*. Nuestra planta era La Extra del periódico: *Últimas Noticias*. Él cubría el sector educación y yo el sector político, particularmente Cámara de Diputados y Cámara de Senadores.

Marín venía del periódico *El Día* y en ese periódico había hecho excelentes trabajos, por lo menos muy notables, algunos relacionados con el ámbito cultural y varios importantes sobre la parte metropolitana: la ciudad de México y zonas conurbanas. Llegó con muy buenos auspicios, con muy buena recomendación: su trabajo conocido, pues en aquel tiempo *El Día* era un periódico importante.

Nos hicimos amigos creo que desde el primer día que nos vimos: Marín, Abelardo Martín y yo.

El trabajo de Carlos Marín tiene dos vertientes como reportero. El más importante, desde luego, es su capacidad de investigación; parecería ser muy sencilla, pero en aquel tiempo no lo era. Ahora la gente recurre mucho a Internet, y aún en Internet Marín es bueno actualmente.

Pero en aquellos tiempos uno tenía que ir a las fuentes directas: teníamos que hurgar donde se pensaba que estaba la información y sacarla. Esa sería una de las más grandes cualidades de Carlos. La otra es su capacidad de análisis, lo que no quiere decir necesariamente que sus reportajes son analíticos, sino su capacidad de análisis para discriminar lo que es información importante y lo que es simplemente relleno o lo que de plano no sirve.

Estas dos capacidades, la de investigación y la de análisis o discriminación informativa, permitía que sus trabajos fueran de un nivel arriba del medio.

Pero lo que yo no destacaría de su trabajo es lo que puede ser una virtud, pero es una virtud que a mí nunca me ha gustado: su enajenación por la información. Desde luego es una virtud para todo el que se dedica a informador pero yo tengo más de 40 años en esto y no cambiaría nada de lo que puede ser mi entorno amistoso, familiar, etcétera, a cambio de información. O sea, durante mucho tiempo, incluso, me vi en la necesidad de abandonar a mi familia en México y en Cuba, mientras yo viajaba, y fue una experiencia bonita pero es muy enajenante, llega uno a centrarse en la pura información y a llevar una especie de vida prestada. Cuando me di cuenta de eso, me retraje un poco, pero nunca descuido la información, no dejo de estar informado, no dejo de consultar fuentes, pero ya no en los términos en que lo hace Carlos.

Carlos vive por y para la información. En su vida no hay nada más importante que eso y, aunque insisto, es una virtud periodística yo creo que en lo individual es demasiado enajenante.

Marín se relaciona mucho con la gente, con toda la gente y tiene la costumbre que tienen muchos de los capitalinos: entrar tanto en confianza que lo mismo le habla de tú a Vicente Fox que a Santiago Creel o a cualquier funcionario de cualquier nivel.

Tiene tan buenas relaciones que él trae en su bolsa los celulares de todos los hombres importantes de este país; es amigo personal de los Slim, de Carlos, de los hijos, por ejemplo. Es un hombre con mucho peso en su agenda, con teléfonos privadísimos de la gente con la que se contacta y esto le permite acceder o lograr información privilegiada,

información que no siempre es accesible para los otros. Él siempre reclama a todos sus reporteros que no tengan los teléfonos personales o privados o celulares de los principales hombres de su fuente.

Si de pronto surge alguna información y hay que consultar a X o a Z, el reportero debe tener la manera de localizar a ese señor, así esté en la reunión más íntima y en el lugar más escondido del universo. Marín lo hace, tiene una agenda maravillosa, extraordinaria como pocas habrá en este país y así ha podido lograr información que no está al acceso de todos los informadores.

Pero eso no lo compromete y no debe comprometer a ningún periodista; nuestro trabajo es lograr la información. ¿Cómo lo vamos a lograr? Usando métodos lícitos. Si en alguna ocasión tenemos que usar métodos que no son completamente ortodoxos, también es válido mientras no estemos transgrediendo la privacidad ni la integridad de nadie.

* * *

Para mí Marín no es simplemente un compañero, es mi amigo que siempre ha tenido actos de generosidad maravillosos conmigo, simplemente soy el director de *Milenio semanal* y anteriormente era el director adjunto del propio Marín. Trabajando como director adjunto le insistía que yo no quería ser director, yo sólo quería ser su más cercano y eficiente colaborador, el nombramiento me daba lo mismo, nombramientos he tenido en muchos lados durante toda mi vida, así que no me impresiona uno más.

Tenemos muchas anécdotas de tipo amistoso, pero nada que destacarse. Él tiene un sentido del humor muy especial y tiene un gran ingenio y la verdad tenemos muchas anécdotas que no son platicables porque entran un poco al terreno familiar, privado, que es como era nuestro trato, fundamentalmente personal, familiar. De todas esas anécdotas algunas son buenísimas pero no son platicables.

* * *

Cuando nos echaron de *Excélsior*, la mayoría salió con Julio Scherer y se fueron a la glorieta de Colón donde se abrazaban, lloraban... Cosa muy comprensible porque un enorme porcentaje de la gente de *Excélsior* nació, vivió y creció en *Excélsior*. Era gente que tenía 20 o 30 años trabajando ahí y ese era el único trabajo que habían tenido en su vida. Muchos de ellos eran grandes, enormes, maravillosos periodistas que salieron muy inseguros porque se iban a enfrentar a un mundo que siempre habían visto desde arriba. Eran los más fregones de este país y de América Latina: *Excélsior* estaba entre los diez periódicos más importantes del mundo. De pronto, los que salieron se iban a enfrentar al mundo, con toda su soberbia, para ir a pedir empleo a periódicos que siempre habían considerado menores.

Casi toda la gente que salió con Julio Scherer, sino es que todos, no tenían un respaldo económico fuerte como para darse el lujo de retirarse o algo por el estilo.

Los sin vergüenzas se quedaron, los que estaban enriquecidos.

Los periodistas de Vicente Leñero tiene versiones muy maniqueas sobre este asunto. pero finalmente creo que cuando uno escribe algo en forma memoriosa, uno tiene derecho a expresar las cosas como las vio, y así las vio Vicente Leñero. En mi caso, él me cita en unos términos que yo me sentí casi lastimado porque daría la impresión de que yo era un chismosito que iba de la extra a decir: fíjense que esta pasando esto... Y no era así. En lo personal era de los que sostenía la bandera de Scherer en La Extra; yo ya venía de una larguísima carrera periodística incluso fuera del país y no podía ser simplemente un chismosito.

Ahora, la mayoría de la gente que salimos no éramos gente tradicional de *Excélsior*, entre ellos Marín, Federico Gómez Pombo, yo y otros, éramos gente que teníamos tres o cuatro años en el periódico, que veníamos de otro lugar, de otro medio; que habíamos ya recorrido dos o tres medios en México o fuera de México. Para nosotros era doloroso lo que estaba pasando pero no era el derrumbe del mundo familiar, personal, como los otros compañeros lo veían.

Obviamente un hombre de genio tan divo como Marín, muy amigo de Vicente Leñero (o eran muy amigos, no sé) es muy probable que haya dicho que no pidieran trabajo a otras publicaciones sino que hicieran una, como lo refiere Leñero en *Los periodistas*. Sobre todo lanzando un reto a todos los que salíamos de *Excélsior*, un reto que en lo personal no recogí.

* * *

Después de la salida de *Excélsior*, nos reuníamos en Reforma 27, donde además yo vivía, pero nos reuníamos en otro departamento. Ahí se hablaba de una cosa, de otra, de un proyecto, de otro... Cuando Don Julio ya estaba llegando al acuerdo de la revista con varios de los colaboradores, recuerdo que en alguna oportunidad interviene Manuel Becerra Acosta y yo me opongo a lo que dice, y él, con su prepotencia característica, me dice:

—Usted no tiene derecho a opinar.

Intervino Don Julio:

—Un momentito, aquí no hay jefes, aquí todos somos una bola de desempleados tratando de resolver nuestro problema común. Es una lucha política y es una lucha periodística, así que por favor respeta al señor.

Creo que fue en ese momento o en ese día en que Manuel decidió retirarse de las negociaciones y decidió ir a crear el periódico *Unomásuno*, al que yo me integré cuando ya tenían cinco meses por insistencia del propio Manuel, que yo suponía que me odiaba, pero no me odiaba tanto, por lo visto.

En el periodo que Marín se fue a *Proceso* y yo anduve en otros medios, nos veíamos muy esporádicamente pero siempre con afecto, con respeto principalmente. Aclaro lo de afecto y respeto porque en este medio se pierde mucho el respeto entre la gente y el afecto es muy relativo. Con Marín siempre hubo afecto y respeto por parte de los dos.

* * *

Marín, con su decisión de irse con Julio Scherer tuvo un acierto maravilloso: bien o mal tuvo el mejor maestro posible durante 30 años y eso le ha permitido imprimirle un carácter especial a *Milenio*.

Yo ingresé a *Milenio* cuando ya tenía tres años, ya con Marín como director. Y el periódico tuvo un crecimiento del 130 por ciento, o sea, dobló la circulación. Desde luego mi presencia no significa que haya crecido, lo estoy citando porque es lo que me consta. Creció porque Marín y Federico Arreola, quien tenía más puntos de coincidencia con Marín que con Raymundo Riva Palacio, lograron darle un carácter muy especial al periódico.

Por un lado, una rigidez absoluta en el manejo de la información: no vamos a manejar chismes, no vamos a manejar rumores, para eso está la columna de Trascendido; aunque Trascendido tampoco son chismes ni rumores, es lo que se sabe y nadie puede declarar. Pero la información debe ser absolutamente puntual, exacta, sustentada, firme.

Las cabezas, siendo correctas, no son tan formales como pudiera ser la propia información. La más celebre cabeza de Marín, y por cierto ese día estaba yo a cargo del periódico, fue cuando lo de Fidel Castro. Yo estaba verdaderamente desesperado, pero Marín es tan maniático del trabajo, de la información, que nos turnábamos los descansos. Un sábado, uno viene a trabajar y el otro descansa, el siguiente fin de semana, al revés. Pero es tan maniático que uno apenas está sentándose en la silla y ya vienen a decirte: lo buscó el señor Marín hace dos horas; te reportas con él y ya te dice que hay esto y esto y esto, habla con fulano... Entonces, Marín es verdaderamente un enfermo de la información.

Estábamos muy en contacto cuando yo estaba a cargo del periódico y ahí confesé mi incapacidad para hacer una cabeza realmente atractiva que al golpe la gente dijera: ¡¿cómo?... cómpralo! Y a él se le ocurrió lo del “Comes y te vas”, incluso entrecomillado. [Vicente] Fox nunca dijo esa frase pero sí dijo: vienes, comes, etcétera y luego te vas. O sea, el contexto es correcto, aunque la frase específica no existió; sin embargo, es tan acertada esa cabeza que actualmente todo el mundo recuerda el “Comes y te vas” y todo mundo da por supuesto que [Vicente] Fox le dijo a Fidel [Castro]: “oye, comes y te vas”. Y fue la cabeza principal del periódico.

Esa capacidad de síntesis y esa capacidad para buscar el punto fino de la información la tiene Marín porque durante 30 años estuvo cabeciendo en *Proceso* bajo la supervisión, supongo yo, de Julio Scherer.

Esta capacidad de sintetizar las cabezas o de dar una interpretación que no es discutible porque eso fue lo que pasó, lo que se dijo, no con las palabras exactas pero eso fue, es lo que le ha permitido al periódico ampliar su nivel de lectores. *Milenio* es un periódico que es bien acogido por el sector estudiantil, no tanto como *La jornada*, pero ya vamos atrás de toda esa clientela y se está logrando pasito a pasito, el sector profesionalista también lo compra. Y también está el suplemento de la supuesta gran sociedad, pero yo creo que Marín no voltea a ver el Set Social. Tenemos una gran penetración en el ámbito deportivo por *La Afición*, el primer periódico deportivo, no sé exactamente si del mundo, porque alguien pudo haber hecho un pequeño boletín, no sé, pero sí sé que es el primero de América.

El periódico ha ido llegando a muchos y muy distintos sectores de la población. El mayor atractivo para los lectores es la formalidad de la información y al mismo tiempo su informalidad en las cabezas principales.

Desafortunadamente como ya las cabezas interiores quedan en manos de un editor o de un formador, ya carecen del ingenio. Pero Marín tiene la opinión, y yo creo que es correcta, de que la principal es el periódico y lo demás son adornitos: la información debe ser muy rigurosa y la cabeza mucho muy atractiva, lo demás ya es el complemento.

En estos términos me condiciona a mí para manejar la revista *Milenio semanal*. A él le preocupa mucho con qué ilustramos la portada y cuál es la cabeza de la nota principal. Le importa mucho, le importa que se vea de lejos, y le da menos atención a los llamaditos para otra información.

* * *

Carlos Marín es un clon de Julio Scherer. Tú no puedes convivir mañana, tarde y noche con un señor y no pretender asumir algunas de sus características. Te aseguro que Julio Scherer también tendrá algunas características de Marín, pero obviamente en este caso tenía que ser el más joven, el subordinado quien absorbiera más. Y sí, Marín reproduce muchas de las actitudes de Julio Scherer; reproduce por ejemplo su explosividad cuando una información no le gusta.

Si una información le gusta, si una información está correcta, si un diseño estuvo bien hecho, Marín es el hombre más amable del mundo.

Pero si ve que la información está mal y piensa que puede atribuirlo a un descuido, a un desinterés, a una flojera... entonces se vuelve un hombre muy pesado, incluso, casi ofensivo.

Volvemos a la enfermedad de la información: si tú le entregas algo que él considera que no tuvo la rigurosidad, que no tuviste el cuidado, ni el interés, ni la dedicación para hacer ese trabajo, él siente que lo estas insultando y lo toma como una ofensa personal, porque además pretendes pasarle ese material por algo bueno cuando tu mismo sabes que es chafa y él siente que lo estas ofendiendo. No puedes pensar que él va a dejar pasar semejante basura. En ese sentido, él tiene más o menos la misma explosividad de Scherer, aunque yo creo que es más explosivo Marín que Scherer.

* * *

Marín se fue de *Proceso* por una razón muy sencilla: para *Proceso* y para los que conocíamos *Proceso*, no había algún otro director que no fuera Marín; él era el hombre que tenía el conocimiento, la técnica, la dedicación, la trayectoria y además una fama intachable, impresionantemente intachable.

A cualquier periodista que tú conozcas, hay alguien que dice: cuidado, porque a esa rata yo lo vi en tal ocasión, etcétera. De Marín pueden decir que es presuntuoso, que no lo es por cierto, pueden acusarlo de prepotente, de otras cosas pero ¡jamás! se ha dudado de su honorabilidad ni como persona, ni mucho menos como periodista.

Cuando tú publicas un reportaje que lesiona los intereses bastardos de algún sujeto, organismo, lo que sea, normalmente esos tipos tienen a descalificarte diciendo:

—Te pagaron mis enemigos, maldito.

Yo no recuerdo uno sólo que lo haya dicho de Marín. A todos los demás nos han surtido así, pero yo no recuerdo uno solo que lo haya dicho de Marín.

Por toda su trayectoria, sus antecedentes, su experiencia, su conocimiento a Marín le pasó un poco lo que en *Excélsior*, que cuando salimos después de trabajar poco tiempo ahí, los que lloraban eran los que tenían 20, 35 años trabajando, que eran hijos de cooperativistas que desde que andaban en pañales su mamá iba a cobrar el salario del borracho del marido, etcétera, se educaron en una cultura específica. En *Proceso* sucedió lo mismo y el que tenía la cultura completa fue Marín, tanto así que el que planificaba los espacios de *Proceso* se llama Carlos Marín.

* * *

El caso de las toallas de [Vicente] Fox es una historia muy conocida. Raymundo Riva Palacio no estaba en el periódico, el único que podía decidir era Marín, en acuerdo con [Federico] Arreola, no Raymundo [Riva Palacio].

Cuando Marín salió de viaje y se fue a Medio Oriente me quedé yo al frente del periódico. Él traía un teléfono celular pero nunca se me ocurrió que si el señor estaba a 25 mil millas de distancia, a 12 o 13 horas de diferencia horaria, ponerme a consultar cabezas con él o decirle: tengo esta información, qué hago con ella. No, ahí estaba Federico [Arreola] que es un hombre que también tiene lo suyo: un sentido muy especial para encontrar la parte resaltable de la información y en cuestión de cabeceo no le va muy atrás a Marín; Marín desde luego se lleva a cualquiera, pero Federico [Arreola] tiene un sentido muy especial. Federico [Arreola] es el inventor de *Milenio semanal* y de aquellos anuncios de “un periodismo con muchos huevos” y una señora con una canastita. ¿Qué es eso?, ¡rufianes, vulgares!... Pero todo fue muy acertado.

Por esa razón, cuando no estaba Marín, tranquilamente yo hablaba con Federico, con una aclaración: Marín mismo estaba en contacto permanente con Federico, quizá por una razón de respeto jerárquico.

Pues bien, aquella ocasión Raymundo estaba fuera y por lo tanto no se enteró del asunto. Yo lo lamento mucho. A Raymundo yo lo quiero mucho, lo conozco desde chiquitillo pero la gente cambia, ni modo...

* * *

Carlos Marín es un hombre tan insoportable que alguien le regaló una motocicleta de motor de gasolina: un patín del diablo. Cuando estábamos en el piso de abajo en este nuevo edificio de *Milenio* (Morelos 16), iba a inspeccionar a bordo de su porquería esa cómo estábamos trabajando.

En su antigua oficina de la colonia Tabacalera tenía un chipote chillón, un enorme mazo de plástico del Chapulín Colorado para golpear a la gente, obviamente sin lastimar. Desconcierta que el director del periódico de repente se pare y agarre una porquería de esas y te pegue en la cabeza y diga:

—A ver si se te quita lo bruto. ¿No entendiste lo que te dije?

Y uno se queda sorprendido:

—Bueno, ¿de qué se trató?.

Luego te mueres de risa.

Marín es muy raro, hace ese tipo de cosas.

Tenía un pescado atrás de su escritorio que le apretabas un botón y movía el hocico y cantaba una canción. Está lleno de cosas raras, pero él las disfruta mucho.

Las disfruta casi tanto como los trabajos de carpintería a los que se dedica los fines de semana: tiene en su casa todo el equipo de carpintería habido y por haber. Si su hija le pide un librero, él hace el librero, si él necesita una cómoda, él hace la cómoda.

Y se siente el hombre más feliz del mundo con la garlopa y el serrucho en la mano. Es un dato que refleja mucho el carácter de Marín: es un hombre que se concentra en lo que está haciendo; un hombre con capacidad de concentración en la tarea que tiene que cumplir en ese momento y también un gran sentido de la estética y habilidad manual.

Marín empieza muy temprano su jornada, empieza con desayunos, pero a las ocho de la mañana ya está en algún desayuno con el procurador, el secretario de gobernación, el vocero de la Presidencia...

Un día, pedí una cita con el secretario de la Defensa [Gerardo Clemente Ricardo Vega García] y me contestaron que no iba a ser posible el día y la hora que habíamos quedado pero que seguramente ya me habían dicho que yo iba a estar donde él iba a estar. Estaba comiendo con Marín y seguramente pensaban que como Marín y yo somos compañeros de periódico, yo también iba a estar.

Pero Marín no es un hombre social. Vuelvo a la enfermedad de la información. Él no va a perder el tiempo, se hace amigo de sus fuentes pero no deja que el otro olvide: yo soy periodista y uso información. Y él siempre va con la finalidad de tener algún dato que le permita tener un panorama de un tema determinado. Es un hombre que está permanentemente en la información y está con una y otra persona, recibéndola en su oficina o yéndola a visitar. Tiene una gran capacidad de trabajo.

* * *

Su “Asalto a la razón” es una columna que ortodoxamente no sería analítica pero sí te da elementos de juicio para que tú derives tu propio análisis. Eso implica dos cosas, primero: un respeto al lector y segundo un respeto a la inteligencia del lector. No escribe como los columnistas tradicionales o los analistas tradicionales: “escuchad mexicanos, yo os digo que lo que está pasando es esto. No hagan caso de...” No es así, el “Asalto a la razón” te da elementos para que tú derives consecuencias.

No echo de menos al Marín reportero. Yo creo que hay etapas y la etapa actual de Marín vale de más como conductor que como reportero. Si como reportero nos iba a dar un cañonazo mensual, como conductor son pequeños cañonazos, pero son diarios. Mucha de esta información se complementa de acuerdo con las orientaciones que da Marín.

Hay un concurso de cantantes para sacar un ídolo gringo. Diario hay tres jueces especializados. Uno de ellos se llama Simón y es británico, tiene su propia disquera y ha manejado grandes ídolos. En una ocasión concursaba una muchachita muy simpática. Dos de los jueces le dicen: “cantaste muy bien, yo creo que pasas a la siguiente etapa.” Pero Simón, un cinicazo maravilloso, se le queda viendo a la muchacha y le dice: “cantaste igual que las Spice Girls y créeme, no es un elogio.”

Bueno, Marín en televisión es igual que las Spice Girls. Marín en radio puede ser bueno, de hecho es bueno, pero en televisión, no. A mí nunca me gustó el programa *Milenio en televisión*. Ninguna sección tenía continuidad con otra, no había un hilo

conductor. Estar tirando fregadazos no le gusta a la gente. En televisión Marín no me gusta, ni me gustó su programa.

Rafael Ocampo

Ex conductor de Canal 40

Conocí a Carlos Marín en 1990 cuando terminé la licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva en la UNAM porque me lo presentó un gran amigo mío que ya trabajaba con él en *Proceso*: Pascal Beltrán del Río.

Carlos estaba buscando gente para un proyecto de radio que él estaba asesorando en *ABC Radio, la estación de la palabra*. Pascal le dijo que conocía a una persona que podía colaborar y así conocí a Marín físicamente ese día, porque lo conocía por su obra, por entrevistas que daba, por su libro... Fue por ahí de septiembre de 1990 y desde entonces hicimos una amistad que hasta la fecha perdura.

Es una amistad muy cercana, aunque Carlos no sea una persona con ese tipo de rollos. Yo pienso que ha sido como de padre a hijo porque me ha tocado estar con él no sólo en cuestiones profesionales sino sobre todo en cuestiones personales, muy afectuosas y respetuosas, nos caímos bien y en los últimos años hemos tenido una relación más personal porque no hemos tenido nada que ver en el trabajo.

Convivimos en *ABC Radio* y luego en *Proceso* durante muchos años, nueve años para ser exactos. Nos salimos el mismo día de *Proceso* en solidaridad con lo que a mi me pareció una injusticia. Yo me fui a trabajar a Canal 40 y él se fue a *Milenio*, de esto hace seis años.

Nos salimos de *Proceso* en marzo de 1999, justo en el aniversario de la muerte de [Luis Donaldo] Colosio. Ese día tomamos la decisión de salirnos y no regresar más.

Nos fuimos porque hubo una descomposición a nivel directivo desde que salió Scherer y Leñero. Nunca se pusieron de acuerdo los que se quedaron y la solución que se intentó dar haciendo una especie de elección entre Carlos Marín y Rafael Rodríguez Castañeda, el actual director, evidentemente no atendía para nada el espíritu de lo que habíamos hablado.

De alguna manera fue una especie de traición, sobre todo a Carlos Marín: no había condiciones para hacer elecciones. Yo pienso que no era una salida la elección en condiciones completamente desventajosas. Era como decirle: “estas fuera, otro va a ser el director”. Carlos hizo lo correcto, porque si hubiera aceptado esas condiciones, hubiera sido desventajoso para él.

No era una salida a tono ya que hubo una traición a los acuerdos que se habían tomado. Y es que no debería haber habido un director, ni Carlos ni Rafael. Eso es una interpretación mía. Carlos reaccionó en consecuencia y también un grupo muy cercano a él cansado de tanta grilla. Varios nos fuimos por solidaridad con él.

* * *

Carlos es extraordinario en todo lo que significa la palabra, o sea, fuera de cualquier orden, de cualquier parámetro, tiene muchísimas vivencias, muchísima generosidad.

Es la persona más antiformal que cualquiera: basta una plática con él para darte cuenta de que muchas cosas que te dicen en las clases de la escuela no sirven de nada. En lo profesional es el mejor reportero que ha habido en México, en lo que significa la palabra reportero: estar permanentemente atento, conseguir exclusivas, conseguir la nota. Vive su profesión al cien por ciento y eso es impresionante. En la época más competitiva, en donde hay más medios, él ha conseguido su lugar con exclusivas, con entrevistas, con contactos.

También es un buen escritor de sus historias, muy didáctico, por ameno; te dice muy claro cómo se hace una nota, cómo se escribe un reportaje. En ese sentido es como un maestro muy práctico y a eso hay que añadirle lo que ya decía: que es una persona antisolemne, con un humor impresionante, súper ameno, que involucra a la gente y eso lo hace una persona realmente única.

* * *

En *Proceso* Carlos Marín nunca fue propiamente mi jefe. Él, hasta el último día que estuvo en *Proceso*, atendió las áreas de producción de la revista; originalmente era el coordinador de producción aunque siempre fue un reportero muy activo, coordinaba la imprenta, los negativos, el archivo... todo eso dependía de él. Ya en la última etapa como directivo, como miembro del consejo directivo que se formó y nunca funcionó, tenía más injerencia.

Uno de los reportajes memorables de Marín es lo de la Brigada Blanca. Él descubrió a ese cuerpo policíaco exterminador de opositores, que estaba tapado a partir de una labor de reportero muy original; también tiene una serie de reportajes sobre el narcotráfico. Algunos de esos trabajos lo orillaron a aceptar escoltas porque su vida estaba en peligro. La labor que Marín ha hecho en *Milenio* de escribir una columna diaria, marca cierta contradicción con algunos conceptos que él tenía y que nos transmitía. Él rechazaba siempre a los opinadores, a los articulistas que en teoría generaban Opinión Pública y siempre tenía distancia con ellos. Para mí ha sido una contradicción no suficientemente explicada que de pronto él aceptara escribir todos los días. Obviamente lo ha hecho a su estilo, lo ha hecho criticando muchos de los principios de los columnistas, pues creo que él se ha alejado de eso pero ha caído en opinar y para mí es una contradicción de su trabajo. Sin embargo, sus razones tendrá, quizá en su medio dijeron que era oportuno que el director escribiera todos los días para respaldar el periódico.

Me parece que Marín sabe manejar perfectamente la distancia con sus fuentes. Yo no sé si Carlos considere que tenga amigos políticos, lo más probable es que no y por eso ha podido sobrevivir. Tiene un trabajo impecable, honesto, pulcro, que sabe reconocer cuando se equivoca.

Milenio publica lo del *toallagate* y luego se da una fractura con Raymundo Riva Palacio. *Milenio* supera unido esa circunstancia, es la historia que le da personalidad propia en este escenario tan competido. Tiempo después es cuando surge el conflicto y se da el desgaste de Riva Palacio, que también se ha peleado con todo mundo.

Marín asumió la noticia y la vivió con mucho orgullo. Yo no conozco un solo periodista que no dude, que no haga preguntas a otros, pero se han balconeado historias intentando sembrar otras dudas.

* * *

Hay un punto que a Carlos le debe doler mucho: su relación con Julio Scherer. Estuvieron juntos en momentos muy importantes: cuando salieron de *Excélsior*, por ejemplo. Esa relación se mantuvo durante muchos años y finalmente se dio la ruptura. Parece que ya no son amigos y ese es un tema muy importante en su vida.

Marín no ha digerido su salida de *Proceso*: cada que puede le sale lo visceral y empieza a descalificar un esfuerzo de compañeros que están en la revista. La vida de Carlos era *Proceso*. Él vivía casi enfrente de la revista: se cruzaba la calle y todo el tiempo estaba ahí. Su salida fue un golpe muy duro.

Estoy seguro que se ha ido reponiendo en la parte física y económica pero yo creo que todavía no supera la parte emotiva: de Scherer, de muchos de sus compañeros. Quizá él nunca imaginaba este cambio, quizá él pensaba que iba a estar ahí hasta el fin de sus días profesionales. De pronto cambió el escenario y se fue y muchos de sus amigos creemos que ya debe superarlo pero cada que puede se les lanza a la yugular y pone mil adjetivos.

Son los pendientes de Marín, sus pendientes en *Proceso*, con Don Julio, con Vicente Leñero...

También hay otra figura bien importante para Carlos: su mamá, quien murió hace cuatro años. Está marcado por dichos y frases de su primera infancia; creo que la clave es su madre. Yo la conocí poco antes de que muriera y creo que esa relación lo define mucho como persona y como profesional. En fin, eso lo periodístico, lo que duele. No hay que hacer un retrato cómodo ni elogioso, sino más vivo.

Froylán López Narváez

Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Articulista del periódico *Reforma*.

Un día Carlos Marín le dijo a Vicente Leñero:

—Vicente, Vicente, ponme en alguna obra de teatro tuya.... Ponme aunque sea de payaso. Y Vicente le contestó:

—Ya lo eres.

Marín tiene una alegría desbordada, ganas de cumplir con su oficio, una animosidad extrema, inteligencia aguda y lealtad a la gente que le rodea.

Marín se muerde la cola, y él decía que tenía la cola más atractiva de *Proceso*.

Si él escucha la grabación de “Guadalajara”, él la baila.

Ahora bien, Carlos no es títere de nadie porque no puede, no es su índole. Y es todo, menos sumiso. ¡Nos daba una lata cuando hacíamos la portada de *Proceso*! Era insufrible. Frecuentemente nos enfrentaba a todos. Decía: esto no, esto no... Y todos decíamos que sí. Era una contumacia en todo eso. Carlos no acata los deseos de nadie tan fácil, aunque, por supuesto puede negociar una situación.

* * *

Conocí a Carlos Marín de vista en *Excélsior*. Yo lo veía de lejos y no lo traté en ese entonces sino hasta la fundación de *Proceso*.

No sé si haya sido instancia de Carlos el fundar otra publicación después de que salimos de *Excélsior*, más bien fue producto de varias conversaciones entrecruzadas y de la solidaridad patente después del golpe a *Excélsior*. Formamos primero la empresa Comunicación e Información que fue el nombre que yo propuse, así como luego Enrique Maza propuso el nombre de *Proceso*.

Marín no tenía en aquellos tiempos ni los tratos ni la eminencia, sobre todo con Julio Scherer, como para que fuese el instigador.

* * *

Lo más destacable de Carlos Marín es su pasión reporteril, su gusto por relatar los acontecimientos mexicanos, su incontenible afán de hurgador, de inquisidor para la información. Él es un reportero. Cuando dirigimos colegiadamente *Proceso*, y ahora que él tiene la función principal en *Milenio*, yo le he dicho que a él le gusta dirigir pero no ser director. Lo que le importa a él es la noticia, la nota.

Marín siempre ha sostenido que la clave del periodismo es el reportero y el reportaje, pero de acuerdo con su propio testimonio como articulista, su planteamiento ha sido alterado. Por supuesto que la información es clave, pero ahora el reportero es y debe ser una gente con criterio y no el simple transmisor y relator de acontecimientos y diálogos. Alguna vez un periodista de *Excélsior* visitó la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y le preguntaron que qué era un periodista. Y él respondió: ustedes, con el título, no. Así había acontecido durante muchos años, pero hoy puede decirse que un periodista sin formación, sin capacidad crítica y discernimiento, pues no es un periodista. Es por eso que ahora prevalece la tendencia de la información crítica, en la que ha influido una formación académica.

Marín la tuvo porque fue alumno de la [Escuela Carlos] Septién García, pero sobre todo, su aprendizaje fue en *Excélsior*. A ello hay que agregarle su propio talento y sensibilidad para la información y todo esto ha dado como resultado que sea un periodista crítico. En fin, hoy está claro que un reportero sin la formación que ofrecen las escuelas de Comunicación, antes Periodismo, no es posible que cumpla su tarea periodística solidamente y el ejemplo mayor es *El País*.

Lo que siempre he criticado de Carlos Marín es su proclividad, como mal ateo que es, a descreer en la gente, en las instituciones e, incluso, a descreer en el periodismo. No cree, por ejemplo, en los líderes de opinión. Al mismo tiempo que es un devoto del periodismo, es un ateo de la profesión; en sus artículos es constante el señalamiento de esto y más de una vez hace ese juego y también lo ha dicho alternando con otros periodistas.

Marín es un lector fuerte. Cree que sabe ciencia, no sabe, pero ciertamente recoge información científica y la utiliza.

* * *

En aquella junta de la mesa directiva de *Proceso* estaba el comisario de la sociedad, abogados, el notario, gente de la administración. La reunión la habían convocado, según, para revisar las finanzas, pero Julio Scherer dijo que había conflictos y que no podía seguir la dirección tripartita y que era necesario nombrar, electoralmente, un director de la revista. Cuando anunció esto yo levanté la mano y dije que yo renunciaba irrevocablemente. En seguida, Marín, mordaz y fuerte como es, dijo que le parecía que estaba ocurriendo lo que en *Excélsior*, que esto era producto de un golpe y que no lo consentía. Y luego luego, como es, dijo: por cierto yo me tengo que ir porque en este momento me está esperando mi avión, e voy de vacaciones.

Decidimos irnos de *Proceso* una semana antes, porque estábamos enterados día con día de lo que tramaba la administración: desplazar a Marín e imponer a Rodríguez Castañeda que se quedó formalmente como director. Tenemos testigos a quienes les hicimos saber de esto, desde la víspera, pues nos enteramos de cuál era la maquinación, de lo que se trataba, de suerte que, cuando se dio la reunión final de la mesa directiva, sabíamos que eso estaba preparado. Supongo que pensaban que podía haber de nuestra parte alguna aquiescencia y también supongo, aunque no lo sé, que no esperaban nuestra renuncia.

Julio Scherer me dijo:

—No te vayas Froylán.

Yo le contesté que sabía que ya estaba preparado eso.

—¿Y qué hacemos? — le preguntó el comisario a Scherer.

—¿Qué hacemos, Vicente? — preguntó éste último a Leñero.

Se miraban unos a otros. Rodríguez Castañeda estaba a un lado de Scherer, Julio le dio un golpe en la pierna y le dijo: ¡es usted director! Eso fue lo que pasó. Así fue.

* * *

En 1999 salimos, inicialmente, veintitantos periodistas de *Proceso*. Luego se salieron muchos más.

Al siguiente día de mi renuncia a *Proceso* me sentí bien, me parecía muy triste, muy lamentable, pero no fue una sorpresa, ya lo sabíamos. No obstante yo me siento muy orgulloso de haber estado ahí. Ya teníamos antecedentes de *Excélsior* y fue lamentable que acá ocurriera lo mismo. Sin embargo, el ser humano es así de deficiente, de contradictorio.

No sé cómo afectó la salida de los que nos fuimos a *Proceso*, hace cuatro años que no leo la revista, ni me interesa. Mi papá me enseñó que lo caído, caído, y ya mis intereses y mi trabajo están alejados de eso. No he vuelto a ver a la gente que se quedó, no quiero saber nada, pero tampoco les deseo desventura, no está ni remotamente en mis ocupaciones actuales. Tengo y le debo gratitud a Julio Scherer porque fue respetuoso cabal de mi escritura, de mi trabajo; no tengo ninguna queja, sólo respeto y gratitud..., lo otro me parece muy lamentable y triste.

Carlos Marín merecía ser el director de *Proceso* porque ya la dirigía desde tiempo atrás. Si el pivote es la información e incluso la publicidad, que él llevaba, para la supervivencia de una publicación, entonces ya era director y Julio Scherer lo felicitaba por su trabajo.

* * *

Marín llegó a dar clases a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM porque se sabía de su importancia, de su rango profesional. Pero la angustia, la ansiedad, que son marcas de Carlos, le impacientaban con razón, ante la dificultad del camino que es moroso y que requiere paciencia, que es la enseñanza.

También le afectaron los modos secos, burocráticos, del mandarinato que es la vida académica. Sé que solazaba a sus alumnos, que les decía cosas principales y aportaba, hasta donde yo sé, algo fundamental, y al tiempo que señalaba las pasiones y los valores del periodismo bueno, se dedicaba a decepcionar a los alumnos, en tanto que les hablaba de la miseria frecuente de la práctica periodística y de la complejidad y dificultad de la tarea. Entonces, diré, resistió poco, o se impacientó pronto.

Me gustó mucho la idea de que diera clases en la Facultad y yo le dije que persistiera, pero la academia en serio reclama disposiciones morales, psicológicas e intelectuales y de rigor, y como Marín a su trabajo lo toma muy en serio y este era otro trabajo, no le satisfizo... por malos pagos, trámites, eso que es tan ajeno a él.

No creo que haya deseado asumir los juegos de la Universidad, pero era importante que, además de su Manual, él pudiera transmitir no sólo vivencias, sino información de lo que ha sido el periodismo, que como tantas otras cosas ya sufre una alteración fundamental por la condición multimediática de la investigación contemporánea, la necesidad de formaciones recias...

* * *

Carlos Marín me ha dicho muchas veces: usted no es periodista, pero usted sabe de periodismo. Y en efecto, esa es una buena idea, en tanto que el periodista es un obseso, un maniático, es su tarea, su triunfo, es su gloria, su fracaso. Y mi condición que siempre ha sido de articulista, aunque he tenido funciones directivas, no está fincada en lo que es gozoso para el periodista; a mí me interesan más las entrañas que los acontecimientos.

El periodismo es muy competitivo, la disputa por el poder, sobre todo por la eminencia es crónico. Yo suelo decir que el periodista es un chismoso y un metiche y ahora veo que es un díscolo.

José Carreño Carlón

Catedrático de la Universidad Iberoamericana, campus Ciudad de México.

A finales de los años 60 llegó un grupo de jóvenes egresados de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García al periódico *El Día*, entre ellos Carlos Marín. Estaban especialmente bien dotados para el periodismo con una actitud muy fresca, eran una generación que había vivido el 68 todavía en las aulas. También estaban Socorro Díaz, Óscar Hinojosa, Luis Albarán... Eran jóvenes en un periódico joven.

Sí, yo conocí a Carlos Marín a finales de los años 60, probablemente en 68 o 69. Llegó al periódico que, en aquel tiempo, era importante, una alternativa a la prensa dominante de la época: *El Día*. Yo había llegado ahí casi desde su fundación, en 1962, en 1964 yo ya estaba de planta y luego me encargué de la sección internacional.

Todavía era la época en que no era muy común que los jóvenes egresados de escuelas de Periodismo llegaran a las redacciones, pues había muy brillantes autodidactas o gente con otra formación, de otras carreras.

Pero *El Día* se abrió a esos jóvenes y ya te digo, entre ellos venía Carlos Marín.

Y el Marín principiante en el Periodismo era un chavito muy simpático, muy trabajador, con ganas de dejar huella, de sobresalir, sobre todo con mucho talento. Él llegó a ocuparse de asuntos de la ciudad.

Rápido empezó a desarrollarse haciendo reportajes, siendo bueno para entrevistar, bueno para integrar historias completas de la ciudad que en ese tiempo eran toda una novedad. Fueron años muy importantes en su formación profesional. Tenía facilidad para escribir.

Desde luego era muy sociable, una persona con la que se podía convivir en la redacción del periódico, no como ahora con las nuevas tecnologías. Antes se iba a la redacción, se vivía ahí, cualquier cosa que pasaba el reportero llegaba a contarlo y se iba con nuevas instrucciones. Hoy en día todo mundo anda conectado con su *lap top*, con su teléfono celular... y las redacciones suelen estar despobladas. Antes iban Revueltas, Martínez de la Vega... a entregar personalmente sus colaboraciones.

Pero en aquel tiempo era un valor importante la convivencia, el intercambio... Los periodistas estaban inscritos en la tradición de los gremios, de los aprendices y de los

maestros (los mayores). Carlos se integró con una gran avidez de aprender y muy rápido fue madurando.

Eran años también muy bohemios para el Periodismo, con cantinas cercanas a las redacciones de los periódicos. Se decía que no había una redacción sin una cantina cercana o una cantina con redacción anexa.

Carlos Marín está en una especie de frontera: llega muy joven a esta vieja, tradicional forma de hacer periodismo, pero se va adaptando a lo nuevo y va creciendo en su formación y en sus responsabilidades.

Carlos Marín tiene los atributos de un periodista completo: es muy buen observador, es competitivo para obtener la información, es honrado (algo propio de las nuevas generaciones por su actitud más cuidadosa en sus relaciones con sus fuentes informativas), rigor profesional, disposición.

* * *

¿Qué le he criticado yo a Marín?... porque la verdad es que las cosas que no me han parecido se las he dicho... No me parece que tenga cierto tipo de relaciones con empresas periodísticas, ciertas lealtades institucionales con sus respectivas jerarquías. Hay concesiones a las empresas en las que trabajamos, pero esas todos las hacemos. Es decir, no estar de acuerdo con decisiones editoriales, pero a veces hay que dar la cara por ellas. Eso se lo he criticado. También él nos criticó decisiones que tomamos en *El Día* sobre el movimiento estudiantil de 1968.

Quiero abundar en el compromiso que tiene Carlos Marín. En el medio periodístico que es muy intenso y desgastante, con épocas ingratas, Carlos nunca ha dudado de su vocación periodística como lo han hecho otros. Estamos quienes a veces nos hemos hartado del medio y vamos a la academia, vamos al servicio público, a la Política... y luego volvemos al periodismo; es ida y vuelta. Pero Carlos siempre ha tenido muy claro su compromiso con el periodismo, es un periodista nato, no duda. Bueno, vino a la academia porque es una actividad complementaria, pero no ha realizado otra actividad y eso es un valor muy apreciable.

Pero también lo que podemos criticar son las adversidades, vicisitudes en situaciones complicadas dentro de los medios. Todo esto se da en algo en lo que no hemos contribuido a que cambie: la falta de transparencia en la organización de los medios.

Los periodistas en funciones solemos hacer grandes inquisiciones, ir a inquirir a exigir el acceso a la información de otros, pero no contamos de nosotros. Hay una gran opacidad en nuestra actuación. Por ejemplo, no hay explicaciones de por qué salió Carlos de *Proceso*, una revista que constantemente revela cosas no ha revelado por qué salió un grupo de sus periodistas. Igual *Reforma*, de donde salió Raymundo Riva Palacio, luego en *Milenio*, donde también salió. Somos en los medios guardianes de secretos que le debemos a la sociedad, esa es una gran asignatura pendiente. Carlos ha sido parte de eso, Raymundo también, yo también, no es algo particular.

Cuando yo llegué a dar clases a la Universidad Iberoamericana Carlos Marín ya estaba. Llegué en verano de 1997 y él ya tenía bastante tiempo acá, yo creo que él había llegado con Vicente Leñero, no estoy seguro... Pero Carlos ya era una institución aquí, lo apreciaban mucho, tenía mucho arraigo. Como profesor de uno de los grupos terminales del subsistema de Periodismo editaba una revista con buena factura y buena calidad.

Marín era un profesor muy relajado que al mismo tiempo que enseñaba los mandaba a ver cine a leer buena literatura. Era muy poco rígido en las aulas, muy abierto para que los estudiantes se desarrollaran con libertad. Estaba muy bien evaluado por los alumnos. Siempre salía bien en las evaluaciones semestrales que hacemos de los profesores.

En muchos medios impresos, de radio o televisión hay gente que fueron sus alumnos y se ve que sí aportó a la formación de profesionales.

* * *

A Carlos Marín le tocó llegar al periodismo en una de las peores épocas para la vida política de México, para las libertades, incluyendo libertades informativas: es lo último de Díaz Ordaz, luego le toca una parte engañosa de apertura democrática con Echeverría. Él se va al periódico que en aquel tiempo significó una expresión de

apertura importante como *Excelsior*, aunque luego, como sabemos, vino el golpe de 1976.

En ese sentido, el arranque de la vida profesional de Carlos está marcado por un proceso de maduración muy acelerado, de cambios muy notables, de señales opuestas. Pudo vivir en un lapso muy concentrado, de 1969 a 1976, la historia accidentada y complicada del periodismo mexicano. Al cabo de siete años tuvo una formación que, en otras épocas, pudo llevarse décadas.

Carlos maduró muy rápido, creció muy rápido y se ha mantenido en una velocidad de crucero, no ha declinado, no ha empezado un descenso. Tuvo pues un arranque muy afortunado, muy formativo, con todo lo complicado que fue para el país. Ha sido fiel a su ideología, a sus convicciones desde la juventud; sus posiciones liberales, abiertas se mantienen, no legítima mentiras ni calumnias; es su integridad y fidelidad a principios y convicciones.

Raymundo Riva Palacio

Director de *El Gráfico* de *El Universal*.

“(…) Según confirmó el propio señor [Federico] Arreola, la señora Sahagún le pidió que me destituyera y nombrara como director de *Milenio* a Carlos Marín, algo que por su “transigencia”, el propio señor [Francisco] González se lo sugirió en algún momento, según me lo comentó el señor Arreola.

(…) A propósito del “toallagate”, Marín quería minimizar la información y publicarla en páginas interiores. Supongo, por todas las conversaciones telefónicas sostenidas esa

noche, que no entendía el valor de la información, comenzando porque ignoraba lo que era Compranet.”⁶²

Vicente Leñero

Escritor y periodista.

“Marín no llegó a cooperativista pero había sido reportero de la segunda de *Últimas Noticias* y pupilo consentido de Díaz Redondo. Como a sus compañeros Federico Gómez Pombo, Abelardo Martín, Carlos Ferreyra, le tocó vivir muy cerca la traición de su jefe inmediato, y la admiración y el respeto por Regino se trocó en una repulsa radical contra el ídolo caído y en una entrega absoluta a la causa de Scherer. Pocos reporteros tan intransigentes respecto a la posibilidad del regreso o a los simples coqueteos con el periódico perdido como Carlos Marín. Para él no se valían medias tintas ni toleraba la tibieza de quienes dudaban entre buscar trabajo en otros diarios o permanecer al lado de Scherer aun a costa de los sacrificios implicados por el desempleo. No se vale trabajar en otros diarios, clamaba Marín, todos fueron cómplices del golpe. Si empezamos a buscar chamba en los periódicos el grupo se debilita, no se vale.”⁶³

⁶² Raymundo Riva Palacio. “La renuncia, la indignación, ¿y el apoyo? Riva Palacio: la carta.” *La crisis*. Del 20 al 26 de octubre de 2001. p. 30

⁶³ Vicente Leñero, *Los periodistas*. p. 236-236

Roberto Velázquez

Alumno de Carlos Marín en la Universidad Iberoamericana (generación 1996-2000). Trabajó de noviembre de 1997 a marzo de 1999 en *Proceso*. Ex productor ejecutivo de *CNI Noticias*.

La clase era de nueve a una. Duraba cuatro horas, porque era sólo los miércoles, pero no siempre duraba tanto. Marín hacía muchos chistes y te la pasabas bien.

Me fue muy bien en esa clase, saqué diez.

Él hacía lo que se le daba la gana, no necesariamente seguía el plan de estudios, pero agradeces un profesor así: alguien que no te viene a tirar rollos, que no te viene a recitar libros, alguien quien te da una visión del trabajo real del periodista y cuáles son los principios básicos de ese trabajo; eso es lo más importante en la formación. Y ahí Carlos fue muy importante para mí: a partir de esa clase me convertí en periodista. Si se le puede echar la culpa a Carlos Marín de que yo sea periodista, yo se la echaría.

En la clase éramos como 15 o 20 alumnos. Claro, nos dejaba tarea, dejaba leer. Nos dejó leer *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, *Los periodistas*. Básicamente dejaba leer y hacer una reflexión sobre el libro. Dejaba hacer algunas notas y crónicas; pedía leer también a Carlos Monsiváis, alguien que lo ha marcado.

Para mí realmente el aprendizaje mayor fue cuando trabajé con él en *Proceso*, después de esa clase en donde fue mi profesor. Me invitó Rafael Ocampo que era como su asistente en la clase. Rafael me llevo, Marín se enteró luego luego que estaba ahí y me apoyó muchísimo.

Tomé clases con Carlos Marín en 1997, cuando estaba estudiando Comunicación en la Ibero [Universidad Iberoamericana, campus ciudad de México]. Vi que Marín daba clases, yo ya había leído *Los Periodistas* de Vicente Leñero, lo ubicaba como uno de los personajes claves del nacimiento de *Proceso*, lo ubicaba como un periodista muy reconocido que había destapado muchos asuntos que me habían impactado cuando los leía en *Proceso* y quise entonces tomar clases con él.

Yo no había pensado en ser periodista, estaba apenas en tercer semestre de la carrera.

Carlos Marín asistió poco a impartir sus clases porque tenía mucho trabajo, pero las pocas clases a las que fue, marcaron para mí muchas cosas de lo que soy como periodista. Fueron principios muy claros de cómo contar bien una historia: lo importante

del periodismo no es sólo tener una gran nota sino saberla contar muy bien y esa es una de las principales enseñanzas que he llevado siempre conmigo, no nada más para escribir sino para hacer televisión o para hacer radio. En eso me marcó mucho.

Como maestro no es impecable, pero es un maestro que te marca. A lo mejor no soy el mejor para hablar objetivamente porque al final acabe trabajando con él.

Dicen que sí tenía su fama de conquistador entre las alumnas, a lo mejor a mí ya me tocó más viejo y era más calmado. Era muy atento con las mujeres, muy galante, caballero, vacilador con las chavas. No me tocó nada fuera de lo normal, había historias pero no me constan y nunca le he preguntado si alguna vez tuvo algún amorío con una alumna.

Siempre juega mucho con el sexo, se la pasa vacilando y divirtiéndose con eso. Pero tampoco es un perverso promiscuo.

Cuando Marín faltaba a clase por el exceso de trabajo nos llevaba a comer como para expiar sus culpas y era muy padre porque ahí platicabas con él de otras cosas.

* * *

Cuatro o cinco veces, que no fueron más, mientras estuve en *Proceso*, subía Marín a la oficinita que teníamos casi en la azotea, junto al departamento de fotografía, y se sentaba en tu silla, veía que estabas haciendo y decía:

—A ver, quítate.

Te quitaba de la máquina y leía tu entrada y la rescribía.

Yo estaba en la sección de Deportes. Al final, casi cuando nos fuimos de *Proceso*, empecé haciendo algunas cosas de Política para la agencia de *Proceso*. Pero yo salí atrás de Carlos Marín, porque él me había llevado, porque él había sido mi maestro, porque mi relación con él era muy cercana y porque yo creía que él era la persona adecuada para hacerse cargo de *Proceso*; por solidaridad con él, porque no me interesaba trabajar con otra persona ahí y porque la calidad de *Proceso* se fue deteriorando. Ahora *Proceso* no es lo que era y creo que la decisión fue buena.

A Marín le pegó muchísimo la salida de *Proceso*. Yo creo que él quería estar ahí para toda su vida. Se llenó de rencores que a lo mejor no le hacen mucho bien.

También ha tenido problemas con otros periodistas con los que ha trabajado, como Raymundo Riva Palacio.

Creo que se engancha mucho en eso: en atacar, en criticar y en estar pendiente de qué están haciendo. No vale la pena. Marín gasta buena energía en eso y no tendría que gastarla, no lo necesita. Él está en una posición que lo pone por encima de todos ellos y tendría que olvidarse de eso.

Eso sería lo único que cariñosamente le reprocharía, pero así es él y es igual de adorable y querible siendo así. Aunque diga mugre y media de quien sabe quién, seguirá siendo Carlos Marín.

CONCLUSIONES

“En esta profesión los estudios nunca se acaban. Mientras en mundo progresa y se mueve, nosotros estamos dentro de esos cambios porque la sociedad espera que lleguemos a ella para que contemos qué está pasando, para que interpretemos qué quiere decir la novedad. Eso nos impone la obligación de estudiar, permanentemente y de todo.”

Ryszard Kapuscinski

Llevar a término este trabajo permite hacer un balance en tres aspectos. El primero, referente a la experiencia por parte de quien esto escribe al realizar una entrevista de semblanza o entrevista-perfil. El segundo, acerca de la trayectoria periodística de Carlos Marín en cuanto a lo que hemos conocido por su propia voz y también por los testimonios de quienes han convivido con él. Y el tercero, sobre el trabajo reporteril del también autor de *Manual de periodismo*, para así deducir sus principales aportaciones al ejercicio de la profesión.

En relación al primer enfoque se puede decir que el éxito de una entrevista, efectivamente, depende en gran medida de su preparación. Aunque esto no garantiza la eficacia completa del trabajo, es cierto que una entrevista bien hecha es consecuencia de una dedicación. El entrevistado debe tener conocimiento del personaje y de los temas que giran en torno a él para tener un propósito claro y bien definido.

Dibujar el semblante claroscuro de un personaje para ver los mecanismos de su profesión, significó hacer una especie de radiografía para obtener su carácter, sus hábitos de trabajo, su forma de pensar, datos biográficos y anécdotas relevantes.

Pero si no hubiera dedicado tiempo a documentarme, el resultado de esta investigación no hubiera sido el mismo, pues el tiempo invertido en la preparación lo recuperé al efectuar el encuentro y luego en su escritura. En consecuencia, realizar esta larga entrevista me ha permitido conocer con mayor profundidad a un personaje y sus circunstancias.

Antes de efectuar cada entrevista, consideré importante la preparación de un cuestionario para que las preguntas fueran más oportunas y precisas, mejor concebidas y formuladas. A pesar de que el cuestionario tuvo algunas alteraciones de orden y ciertas respuestas dieron pie a otras preguntas, fue una guía fundamental para no divagar en asuntos diferentes a los temas centrales y así aprovechar mejor el tiempo. No obstante, cuidé que el cuestionario no alterara la espontaneidad de la conversación.

La elaboración de este trabajo me ha permitido retomar varias de las nociones aprendidas a lo largo de la carrera y concretamente poner en práctica las señaladas en el marco teórico del presente escrito, pero sobre todo ha sido una experiencia que ha aportado más elementos para mi desarrollo profesional.

Confirmé que para obtener una experiencia satisfactoria, la entrevista es un encuentro que el periodista dirige con un fin determinado y siempre se ha de procurar el cumplimiento de los objetivos establecidos en la preparación, pues dada la imposibilidad de abarcarlo todo, el esfuerzo ha de ser por delimitar tópicos o situaciones y así obtener muestras de la totalidad, en este caso, de una vida profesional. Por ello, lo que aquí he ofrecido a los lectores puede ser punto de referencia, tanto en lo positivo como en lo negativo (según quiera verlo cada quien), para el ejercicio periodístico, ya que se puede ver con una óptica diferente al periodismo estudiando lo que otros han hecho.

Pero una buena entrevista requiere no sólo de una minuciosa preparación, buenas preguntas y respuestas, sino además de una redacción atractiva para los lectores. Fue así como comprobé que al encuentro de la entrevista le es inherente el proceso de redacción, cuya característica primordial es que uno reconstruya ese momento a través de la escritura con sentido global (establecer quién es, qué es y cómo es el personaje) y el lector lo haga, también, gracias a la lectura.

Trabajar el texto significó transcribir, jerarquizar y estructurar, para luego escribir y pulir. Por ello, la entrevista no es sólo una técnica, sino un género periodístico en todo lo que significa el término: información debidamente estructurada y trabajada con apego a determinadas características, las cuales permiten a los receptores enterarse y recrear acontecimientos.

Pero, ¿qué se necesita para ser un buen entrevistador? “Que le guste mucho su trabajo, que le apasione, que lea, que oiga, que cuide mucho su oído para oír bien, para sacar la esencia del pensamiento del personaje con sus palabras”⁶⁴, ha dicho Cristina Pacheco.

En todo momento me esforcé en practicar estas sugerencias para alcanzar los objetivos propuestos con anticipación.

Ahora bien, resulta de particular interés detenerse en las contribuciones específicas de Carlos Marín plasmadas en páginas anteriores, concernientes a su forma de hacer periodismo, pues en sí mismas constituyen una aportación para la teoría y práctica de nuestra profesión. Se trata pues, de una síntesis de su conocimiento y experiencia, así como de un conjunto de razonamientos derivados en principios generales para explicar nuestra disciplina:

- El mayor atrevimiento que tiene un periodista es el de enfrentarse a la *escribidera* sabiendo que tiene una muchas deficiencias tanto de conocimiento como de comprensión y resolver el entuerto con dominio del lenguaje, con buena redacción, con capacidad para articular una realidad caótica, o lo que suponemos que es una realidad o un pedazo de la realidad. El mayor atrevimiento es firmar un texto exponiéndose a escribir puras cosas sin sentido. Porque lo que no se entiende no debe escribirse.
- El periodismo es de ejercicio. El periodismo es de nalgas más que de cabeza. Tienes que estar escribiendo, corrigiendo, volviendo a redactar...
- Lo importante de las publicaciones periodísticas son los reporteros y no los opinadores, por muy inteligentes que sean, porque la materia prima la aporta el reportero.
- Los asuntos periodísticos son importantes por sí mismos y no tienen que mezclarse con el trabajo periodístico ni las relaciones personales ni los intereses económicos. Al decir relaciones personales también se excluyen las de la empresa.
- ¿Hay algo importante? ¡Pues que se sepa! No jugar al detective chino que normalmente son misteriosos y tontos. ¿Hay algo? ¡Pues a informarlo! ¿Preguntan? ¡Pues a contestar! Sin cartas bajo la mesa. Esto evita grillas internas, el chismerío...
- El trabajo periodístico requiere de conocimiento de personas, cultivo de la relación, una buena dosis de credibilidad ganada a partir del trabajo mismo para estar en la jugada de muchas cosas.
- Me importa mucho poder acceder a personas para efectos de trabajo. No hago con esas personas actos que me impidan volver a hablar. Es juego abierto: a ver don fulano yo quiero esto; o a ver perengano quiero que me dé información sobre esto. Me dicen por ejemplo: oye, te digo esto y esto y lo puedes publicar, pero tal cosa te la digo para que normes criterio y no la puedes publicar o atribuir a mí. Entonces yo veo cómo lo resuelvo y no traiciono nunca lo dicho en la conversación.

⁶⁴ Ana Leticia Olivera Tapia. *Op. Cit.* p. 95

- Cuando mis trabajos tienen consecuencias simplemente digo: qué bueno que tuvo sentido. Y ya, me voy a otra cosa. No tengo ninguna sensación de poder. No suelo detenerme en lo ya hecho porque quien hace eso tiene un padecimiento característico de mucha gente que se dedica al periodismo: creen que son factores clave del cambio y de no sé cuántas cosas más. Y esos periodistas terminan enloquecidos, terminan trepados en su ego y luego se ve cómo caen porque el periodismo no es trascendente.
- El que se mete al fuego corre el riesgo de quemarse. Procuro evitar estar en el fuego. Hay una serie de trabajos o una línea de conducta que hace que ya no se le ocurra a nadie acercársete para corromperte.
- Los asuntos importantes no necesariamente son periodísticos. El mejor trabajo periodístico es el que no admite desmentido alguno o que el periodismo, a fin de cuentas, es intrascendente, y que los periodistas, en el mejor de los casos, somos unos chismosos ilustrados.
- El periodista debe pensar más en los asuntos periodísticos que en los asuntos importantes, es decir, lo importante no es necesariamente periodístico. La afirmación estremece, lo sé. Por ejemplo, lo más importante que ocurre es que el sol siga encendido porque es el origen de la vida: la energía, la fotosíntesis, el viento, la lluvia... Sería idiota sacar en un periódico a ocho columnas “Volvió a salir el sol”. No hay nada más importante que eso. Pero no es periodístico.
- Los periodistas nos ocupamos casi siempre de las mismas cosas, lo único que cambian son los protagonistas y las circunstancias. Nos hacemos cargo de otro partido de fútbol, otra elección, otra guerra, otra guerrilla, otro petardo, otra huelga. Pero el gran reto de los reporteros es cómo contar las cosas, de qué manera atraer la atención del lector y clavarlo en el texto para que no lo suelte sino hasta la última palabra.
- El problema de suponer que alguien puede informarse de lo que sea en la brevedad telegráfica de los sucesos periodísticos en los medios electrónicos y en la fugacidad de las imágenes de televisión, es que buena parte de la prensa opera con la misma lógica y descuida el valor mayor del ejercicio: la narración de historias que permitan a los lectores ejercer sus facultades de reflexión.
- La esencia del periodismo es la narración de historias novedosas y oportunas, bien contadas porque hay un hartazgo del periodismo declarativo y banquetero, así como el tramposo periodismo “de investigación” basado en chismes sin sustento y en una que otra cita hemerográfica. Ni se diga del recurso “periodístico” de falsos periodistas para trepar a los juegos del poder.
- Idealmente, un texto periodístico debe contener las palabras necesarias, únicamente; pero el reto primordial es recobrar la naturaleza intrínseca del oficio, en cuanto a literatura, estructura narrativa, sin más apetito que capturar la atención de quienes deliberada, no casualmente, se interesan por los acontecimientos de interés público.
- Hace ya varios años, Julio Scherer García me acendró la idea de que “el periodista es un cazador en permanente estado de alerta.”

Gracias a esta semblanza de la trayectoria profesional de Carlos Marín, hemos podido conocer el carácter, las costumbres, anécdotas relevantes en su labor periodística y de docente y su manera de pensar y trabajar.

Los que fueron cuestionados sobre estos aspectos de la vida de Marín, tuvieron un denominador común: Carlos Marín es un obsesionado por la información y tiene una marcada vocación por el periodismo, pero era mucho mejor como reportero, que ahora como editor.

Precisamente, su trabajo reporteril constituye una apuesta narrativa e investigativa de los acontecimientos ocurridos durante estos años, con diferentes matices a la forma tradicional de hacer periodismo: dureza en la información, ironía, humor y reflexión, elementos enmarcados en atmósferas y escenarios que contextualizar a los hechos y a sus protagonistas.

Así lo demuestran trabajos (*Cfr.* Lista en el Anexo) como “Tlatelolco desde el edificio Chihuahua”, un reportaje narrativo de los sucesos de la matanza estudiantil del 2 de octubre de 1968, en donde Marín reconstruyó ese momento en un relato elaborado con testimonios de los vecinos del edificio. Los detalles de las acciones narradas transmiten al lector a la atmósfera vivida en aquel instante en el lugar de los hechos.

En eso consiste su periodismo de investigación, el cual cumple con características establecidas por la española Petra María Secanella: “Que los investigados intenten *esconder* esos datos al público. No es suficiente la recogida de filtraciones interesadas. Cuando hay ocultación es que la conciencia no está muy tranquila.”⁶⁵

En otros reportajes (La Brigada Blanca, los preparativos para la beatificación de Juan Diego, el narcotráfico en el ejército, el testamento de Emilio Azcárra Milmo, los grupos paramilitares y el informe sobre la muerte de Lucio Cabañas) da preferencia a la revelación de documentos. Y en sus largas entrevistas (con Manuel Becerra Acosta, monseñor Enrique Salazar Salazar, Fernando Benítez, Andrés Manuel López Obrador, etc.) se percibe a un Marín documentado, a veces irónico, indagador de detalles con preguntas directas.

Carlos Marín ha negado utilizar filtraciones en su trabajo. Sin embargo, el también periodista Jorge Fernández Menéndez explica: “Muchos, en los últimos tiempos, aquí y en todo el mundo, han renegado de la utilización de fuentes confidenciales y de las filtraciones a la prensa. Éstas son una realidad y sin aquéllas, sin buenas fuentes

⁶⁵ Petra María Secanella. *Periodismo de investigación*. p. 34

confidenciales, y públicas, nadie puede hacer periodismo serio, de fondo, de investigación. La diferencia está en cómo utilizarlas, en cómo utilizar, decíamos el *on* y el *off the records* y de la tarea, imprescindible, sobre todo cuando proviene de una fuente confidencial, de confirmar la información por otros medios. Esto es lo que en muchos casos no se hace hoy, y se confunde la investigación con la simple filtración... y por eso se comenten tantos errores.”⁶⁶

Pues bien, no quiero terminar sin manifestar que en el presente trabajo se alcanzaron las metas planteados en el proyecto: presentar una reconstrucción de la trayectoria profesional de Carlos Marín (a través de varias entrevistas con él y otras personas que lo conocen) desde sus inicios a principios de los años 70 del siglo XX en el periódico *El Día y Últimas Noticias* de *Excélsior*, pasando por su larga estancia en la revista *Proceso* hasta llegar a su actual desempeño en el Grupo Editorial Milenio en donde es actual director editorial, sin dejar a un lado su experiencia como profesor.

Y fue muy interesante y útil descubrir las singularidades de un periodista que pueden enriquecer nuestra formación profesional.

Espero que este trabajo sirva para motivar el estudio o la investigación sobre la trayectoria u obra de otros periodistas. ¡Acerquémonos a los periodistas! Si en otras Facultades de nuestra Universidad y en otras instituciones existen cátedras extraordinarias dedicadas a personajes de las ciencias y las humanidades, ¿porqué no hay sobre periodistas? ¿Por qué en nuestra Facultad, por ejemplo no existe la “Cátedra Fernando Benítez”, la “Cátedra Julio Scherer García, la “Cátedra Manuel Buendía”?, etc.

Finalmente, quiero expresar que este es mi primer trabajo realizado con el objetivo de obtener un grado académico. Por ahora me siento satisfecho pero, desde luego, en posteriores etapas (pues también me ha motivado a seguir estudiando) espero superarlo porque, hay que reconocerlo, todo lo que escribimos es, siempre, apenas una aproximación.

⁶⁶ Jorge Fernández Menéndez. “De gargantas profundas, fuentes y otras historias.” *Milenio semanal*. No. 402. 6 de junio de 2005. p. 6

BIBLIOGRAFÍA

- 📖 Apuleyo Mendoza, Plinio. *Gabriel García Márquez. El olor de la guayaba*. México, Diana, 1982.
- 📖 Arfuch, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona, Piados, 1995
- 📖 Bastenier, Miguel Ángel. *El blanco móvil. Curso de periodismo*. México, Aguilar, 2001.
- 📖 Becerra Acosta, Manuel. *Dos poderes*. México, Grijalbo, 1984.
- 📖 ————— *Las primeras aventuras*. México, Nueva Imagen, 1983.
- 📖 Becerra Pino, Hernán (comp.) *La máquina de escribir. Entrevistas con Federico Campbell*. México, CONACULTA-Centro Cultural Tijuana, 1997.
- 📖 Bond, Fraser. *Introducción al periodismo*. México, Limusa-Wiley, 1979.
- 📖 Buendía, Manuel. *Ejercicio Periodístico*. México, Fundación Manuel Buendía, 1996.
- 📖 Bustillo Puente, Esperanza María del Pilar. *El perfil periodístico: un detallado retrato en tinta*. (Tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación). México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- 📖 Campbell, Federico. *Periodismo escrito*. México, Alfaguara, 2002
- 📖 Cantavella, Juan. *Historia de la entrevista en la prensa*. Madrid, Editorial Universitas, 2002.
- 📖 Capote, Truman. *Retratos*. Barcelona, Anagrama, 2000.
- 📖 Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. 6ª ed. México, Alfaguara, 2005.
- 📖 Cebrián, Juan Luis. *Cartas a un joven periodista*. Madrid, Aguilar, 2003.
- 📖 ————— *Retrato de Gabriel García Márquez*. España, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997.
- 📖 Ciechanower, Mauricio. *Entrevistas. Entrevistas*. México, Editorial del Valle de México (Nueva Biblioteca de periodismo. Segunda serie), 1988.

- 📖 Cruz, Miguel Ángel de la. *Garzón. La ambición de un juez*. 3ª ed. España, Temas de hoy, 2000.
- 📖 Cherem, Silvia. *Una vida por la palabra. Entrevista con Sergio Ramírez*. México, FCE, 2004.
- 📖 Dallal, Alberto. *Periodismo y literatura*. México, UNAM, 1985.
- 📖 Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Barcelona, Gedisa, 2001.
- 📖 Fallaci, Oriana. *Entrevista con la historia*. 11ª ed. Barcelona, Noguer, 1978.
- 📖 —————. *Oriana Fallaci se entrevista a sí misma. El Apocalipsis*. Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 2005.
- 📖 Fernández Cárdenas, Claudia. *El reportaje y el perfil*. México (Tesis profesional de la Universidad Iberoamericana), 1995.
- 📖 Gallardo, Juan Ignacio. *Diego A. Maradona. ¿De qué planeta viniste?* España, Grupo Recoletos-Diario Marca, 2002.
- 📖 Garguverich, Juan. *Géneros Periodísticos*. La Habana, Pablo de la Torriente, 1987.
- 📖 Garmabella, José Ramón. *Renato por Leduc*. México, Océano, 1982.
- 📖 González Reyna, Susana. *Manual de redacción e investigación documental*. México, Trillas, 1979.
- 📖 Gutiérrez Gómez, Leticia. *María Scherer. Entrevista*. México, (Tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación) UNAM-FCPyS, 2005.
- 📖 Halperín, Jorge. *La entrevista periodística. Intimidaciones de la conversación pública*. Buenos Aires, Piados, 1995.
- 📖 Hernández Sampieri, Roberto. et. al. *Metodología de la investigación*. 2ª ed. México, McGraw-Hill, 2002.
- 📖 Jaime Rodríguez, María Teresa. *Entrevista: Sandro Cohen, poeta*. México (Tesina de licenciatura en Ciencias de la Comunicación), UNAM-FCPyS, 2001.
- 📖 Kapuscinski, Ryszard. *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México, FCE-FNPI, 2003.
- 📖 —————. *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Barcelona, Anagrama, 2002.
- 📖 Kundera, Milan. *El arte de la novela*. México, Vuelta, 1988.

- 📖 Landeros, Carlos. *Entrevistas para la historia. Entre Violetas y no me olvides*. México, Editorial Valle de México (Nueva Biblioteca de periodismo. Segunda serie) 1991.
- 📖 Leñero, Vicente. *Lotería. Retratos de compinches*. México, Joaquín Mortiz, 1995.
- 📖 Limón, Saquedo, Iris. *Ricardo Garibay entre amigos*. México (Tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación), UNAM-FCPyS, 1999.
- 📖 Marín, Carlos. *Manual de periodismo*. México, Grijalbo, 2003.
- 📖 ————— et. al. *Espionaje Político*. México, Proceso, 1980.
- 📖 Martínez Albertos, José Luis. *Curso General de redacción periodística*. 5ª ed. España, Thomson, 1991.
- 📖 Martínez, Alegría. *Manuel Becerra Acosta. Periodismo y poder*. México, Plaza y Janés, 2001.
- 📖 Mejido, Manuel. *El camino de un reportero*. 2ª ed. México, Grijalbo, 1984.
- 📖 Montero, Rosa. *La vida desnuda*. México, Taurus, 1996.
- 📖 Ortiz Escamilla, Reyna. *Manuel Buendía: un estilo un compromiso*. (Tesis Profesional de la FCPyS-UNAM). México, 1988.
- 📖 Ortiz, Verónica. *Mujeres de palabra*. México, Joaquín Mortiz, 2005.
- 📖 Pacheco, Cristina. *Al pie de la letra*. México, FCE, 2001.
- 📖 Peralta, Elda. *Luis Spota: las sustancias de la tierra. Una biografía íntima*. México, Grijalbo, 1989.
- 📖 Pérez Miranda, Manuel. *La entrevista de prensa*. 2ª ed. México, Asociación Cultural Carlos Septién García, 1986
- 📖 Pimentel Aguilar, Ramón. *Así hablaba Renato Leduc. Un diálogo vivo con el legendario poeta y periodista*. 2ª ed. México, Edamex, 1992.
- 📖 Poniatowska, Elena. *Todo México*. Tomo IV. México, Diana, 1988.
- 📖 ————— *Todo México*. Tomo V. México, Diana, 1999.
- 📖 ————— *Octavio Paz. Las palabras del árbol*. México, Plaza y Janés, 1998.
- 📖 Quesada, Motse. *La entrevista: obra creativa*. Barcelona, Mitre, 1984.
- 📖 Ramos, Jorge. *Detrás de la máscara*. México, Grijalbo, 1996.
- 📖 —————. *A la caza del león*. México, Grijalbo, 2001.

- 📖 Riva Palacio, Raymundo. *Más allá de los límites. Ensayos para un nuevo periodismo*. 2ª ed. México, Universidad Iberoamericana-Fundación Manuel Buendía, 1998.
- 📖 —————. *La prensa de los jardines. Fortalezas y debilidades de los medios en México*. México, Plaza y Janés, 2004.
- 📖 Robles, Francisca *La entrevista periodística como relato*. (Tesis de maestría en Ciencias de la Comunicación). México, UNAM-FCPyS, 1998.
- 📖 Ronderos, María Teresa. et. al. *Cómo hacer periodismo*. Bogotá, Aguilar, 2002.
- 📖 Santoro, Daniel. *Técnicas de investigación. Métodos desarrollados en diarios y revistas de América Latina*. México, FCE-FNPI, 2004.
- 📖 Schmelkes, Corina. *Manual para la presentación de anteproyectos e informes de investigación (tesis)*. México, Harla, 1988.
- 📖 Secanella, Petra María. *Periodismo de investigación*. Madrid, Tecnos, 1986.
- 📖 Silvestre, Christopher (editor). *Las grandes entrevistas de la historia. 1859-1992*. México, El País-Aguilar, 2001.
- 📖 Sin autor. *Los grandes del siglo XX*. México, Diana, 2003.
- 📖 ————. *100 Entrevistas. 100 Personajes*. México, PIPSA, 1991.
- 📖 ————. *México en cien reportajes*. México, PIPSA, 1990.
- 📖 Taibo I, Paco Ignacio. *El Indio Fernández*. México, Planeta, 1991.
- 📖 Vargas Llosa, Álvaro. *Cuando hablaba dormido. Entrevistas de madrugada a personalidades muy despiertas*. México, Grijalbo, 1999.
- 📖 Walker, Melissa. *Cómo escribir trabajos de investigación*. Barcelona, Gedisa, 2000.

A N E X O 1

CARLOS MARÍN REPORTERO, PERIODISTA

Los engaños periodísticos*

Carlos Marín

Desde hace ya muchos años, la proliferación de diarios y revistas en México ha creado la cándida ilusión de que existe un público no únicamente ávido de información impresa, sino que ese público es nutrido y está muy bien informado.

A partir de la última década del siglo que murió ayer, la explosión informativa de los medios electrónicos multiplicó los efectos del equívoco y los alcances del Internet incrementan el engaño hasta dimensiones inimaginables.

El trabajo periodístico en realidad, se atomiza cada vez más y el elemento libertador que implica la fluidez y socialización de la información se ha vuelto contra la naturaleza del oficio ante lo imaginario: las imágenes televisivas.

Lo vivo y directo, sin embargo, no es sinónimo de “la verdad”, sobre todo si lo discutible de cualquier verdad, como sentenció Wilde, es pura cuestión de estilo.

Ignacio Ramonet (*La tiranía de la comunicación*), analiza lo peligroso que resulta la información como espectáculo y ejemplifica: “todo el entramado de los acuerdos Israel-Palestina se reduce al apretón de manos entre Rabín y Arafat.”

El problema de suponer que alguien puede informarse de lo que sea en la brevedad telegráfica de los sucesos periodísticos en los medios electrónicos y en la fugacidad de las imágenes de televisión, es que buena parte de la prensa opera con la misma lógica y descuida el valor mayor del ejercicio: la narración de historias que permitan a los lectores ejercer sus facultades de reflexión. Recuerda Ramonet que ver no equivale a

* Carlos Marín. “Los engaños periodísticos”. *Milenio diario*. 1 de enero de 2000. p. 6

comprender. Oír, tampoco, por cierto, como nada que venga de nuestros sentidos o nuestros sentimientos (¡Cuánto se melodramatiza en los medios!). Sólo se comprende con la razón.

De ahí un proyecto que rescate la esencia del periodismo como narración de historias novedosas y oportunas, bien contadas, y el hartazgo del periodismo declarativo y banquetero, así como el tramposo periodismo “de investigación” basado en chismes sin sustento y en una que otra cita hemerográfica. Ni se diga del recurso “periodístico” de falsos periodistas para trepar a los juegos del poder.

En su afán de competir, muchos impresos apuestan a la imagen, a la brevedad telegráfica de textos, o al precipitado vaciado de datos para que el lector se ocupe de desentrañar lo que debiera ofrecérsele de manera diáfana, sin florituras, lo más completa posible y no más allá de lo suficiente.

Idealmente, un texto periodístico debe contener las palabras necesarias, únicamente; pero el reto primordial es recobrar la naturaleza intrínseca del oficio, en cuanto literatura, estructura narrativa, sin más apetito que capturar la atención de quienes deliberada, no casualmente, se interesan por los acontecimientos de interés público. Son los lectores que requiere el milenio que hoy nació.

EL ASALTO A LA RAZÓN

GANAR LA CALLE**

El asalto a la razón es la imposición de la mentira y del sofisma como ardides para la toma de poder. Es una mezcla de verdades y verosimilitudes maquinadas por ambiciosos y soberbios que se valen de las instituciones y utilizan a pequeños canallas y traidores, golpeadores, espías y desleales para timar incautos con la promesa de su redención.

Por Carlos Marín

Gyorgy o Georg Lukács —Jorge Lucas en castellano silvestre—, célebre por su propuesta de Estética Marxista, intentó explicar la incubación de la peste del nazismo.

Comenzó su análisis con su país bajo la ocupación alemana y la primera edición de *El asalto a la razón* se publicó en 1952.

Experto en filosofía alemana, Lukács no pudo evitar hacerse consideraciones tan intrincadas que difícilmente pudo ser entendido por las masas proletarias que supuso hambrientas de orientación.

Abordó la perversa materia de su estudio con erudita desmesura, obsesionado por descubrir la fórmula del delirio económico, político y social que puso al mundo en el mayor horror hasta entonces conocido.

Tan puntilloso quiso ser, que intentó ponerle límites a su búsqueda de una explicación racional la monstruosidad del hitlerismo:

No podemos proponernos aquí otro empeño que el de esclarecer, mediante un análisis a fondo, los puntos nodulares más importantes, sin entrar en una historia detallada del irracionalismo y, menos aún, de la filosofía reaccionaria en general, con la pretensión de estudiar, ni siquiera enumerar, todas sus formas y tendencias. Nuestra obra renuncia, por tanto, a la aspiración de ser completa. Así, al hablar del irracionalismo romántico de comienzos del siglo XIX, procuramos mostrar sus puntos de vista más

** Carlos Marín. "Ganar la calle." *Milenio semanal*. No. 89. 17 de mayo de 1999. p. 10-11

importantes en la filosofía del principal representante de esta tendencia, de Schleiermacher, cuyas tendencias específicas encontrarán más tarde una amplia significación reaccionaria a través de Kierkegaard. Ni nos detendremos por ello mismo a estudiar el irracionalismo en el segundo periodo de Fichte, que habrá de adquirir cierto relieve —aunque puramente episódico, dentro de la trayectoria general—, gracias a la escuela de Rickert, principalmente en Lask. Y asimismo se echarán de menos, aquí, a Weisse y al joven Fichte, etc., etc. Ello hace que, en el periodo imperialista, se relegue a segundo plano a Husserl, ya que las tendencias irracionistas implícitas desde el primer momento en su método filosófico no cobran fuerza explícita sino a través de Scheler y, sobre todo, de Heidegger; del mismo modo que, al lado de Spengler, se da una importancia secundaria a Leopold Ziegler y a Keiserling, como a Theodor Lessing junto a Klages, a Jaspers junto a Heidegger, y así sucesivamente.

No todas las casi 700 páginas de su estudio son banquete de iniciados en criptología ni hermetismo.

Lukács lamentaba, sobre todo, el hecho de que los revolucionarios marxistas no hubiesen atacado en su oportunidad el irracionalismo concentrado en y destilado por Federico Nietzsche y que hubiesen decidido la voluntad y la capacidad de luchar “con las armas limpias del pensamiento contra el enemigo real y certeramente reconocido” y alertaba contra “la tergiversación, la calumnia y la demagogia que habían desplazado a la honrada polémica científica.”

¿No acaso la revolución bolchevique había sido resultado de una concepción científica del mundo y a partir de ella podía planificarse la felicidad social con pasos predeterminados por la doctrina proletaria? ¿Cómo entonces entender el surgimiento de un movimiento tan popular que hizo de Hitler un dirigente democráticamente electo?

Treinta años después, el fallecido astrónomo y escritor Carl Sagan (participó en el Proyecto Viking y diseñó las figuras humanas de las naves Voyager 1 y 2; autor de varios libros científicos y de la novela Contacto —ciencia-ficción-factible, llevada al cine— y de la serie televisiva *Cosmos*) impulsó el movimiento internacional de los escépticos.

A Sagan, como Lukács, le parecía necesario desenmascarar la charlatanería de la próspera industria del esoterismo, que lo mismo condujo a millones de ingenuos en todo

el mundo a creer en dobladores de cucharas y llaves, a ver cirugías, apariciones y ovnis donde sólo hay vividores de la irracionalidad (la misma que suscitó los suicidios en Guyana y el reciente viaje mortal “intergaláctico” en San Diego, Nuevo México y Canadá).

Lukács y Sagan persistieron hasta su muerte en la denuncia y el combate de lo que consideraron aberrante.

Hoy, la irracionalidad campea, como dicen algunos neoacadémicos, “en el macro y en el micro”:

—En Rusia, la “modernización” siguió al desastre del camino policiaco para llegar a la utopía, depende de las mafias.

—En Yugoslavia, la OTAN se comporta igualito pero ampliado que su precursora y mexicana Brigada Blanca: exterminadora y fuera de control.

—En los Estados Unidos, no cesa la secuela de la sexopatía del presidente y algunos niños se divierten ejercitando puntería contra sus compañeros.

—En Venezuela, las turbas democráticas delirán por su golpista presidente y le regalan en plebiscito poderes de dictador.

En menor proporción pero peligrosamente, México no escapa a la globalización ni al irracionalismo:

—La tradición doctrinaria e institucional del Partido Acción Nacional fue desplazada por los dichos y gestos de uno que otro militante.

—Lo que le restaba de revolucionario al partido del gobierno y sin que sus afiliados se dieran cuenta, se pulverizó cuando entraron en vigor de manera simultánea el Tratado de Libre Comercio y la rebelión indígena en Chiapas.

—El de la Revolución Democrática se acaba de pasar de contrarrevolucionario y antidemocrático en sus elecciones de dirigente nacional.

Y los precandidatos a la postulación para la lucha por la Presidencia se acoplan a la sinrazón de sus partidos:

—Cuauhtémoc dejó pasar la oportunidad de graduarse como el mejor candidato perredista cuando una recua de legisladores abajofirmantes aplastó a Porfirio en el momento en que éste asomó su voluntad de contender.

—Para lograr su postulación, Porfirio no parece hacer otra cosa que golpear a Cárdenas.

—El plan Fox de una nueva Presidencia sugiere un guión de la Twentieth Century ídem.

—Diego nos e arriesga a la eventualidad de fracasar y mantiene bajo llave sus enormes posibilidades de intentar su nominación.

—Bartlett fue de los primeros en apuntarse y hoy está diluido en la cola.

—Labastida no tiene dinero y quiere ser presidente.

—Aleman tiene dinero y quiere que sea Labastida.

—Madrazo no debe ser y repunta entre los consumidores (de imagen).

—El de Roque sigue siendo el mejor chiste para serios.

Y otros ámbitos de la vida nacional hablan de acontecimientos insólitos. Baste un solo ejemplo:

En la educación, el paro de la UNAM es mucho más obra del rector Barnés que de la minoría que impuso el cierre de las instalaciones: si el Plan Carpizo (con oferta de “excelencia académica” y todo) no prosperó, menos podía implantarse el Plan Cochinito de pesitos y centavos.

El periodismo no escapa a la irracionalidad:

La paradoja del mejor ejercicio del oficio, que es la combinación armónica del trabajo individual en equipo, se estremece con guerras intestinas y fusiones de corporativos, donde los respetos profesionales, la congruencia, los compromisos y la amistad son los menos que importa.

Medios y periodistas, de un día para otro, resultan arrastrados por ventoleras y tornados incomprensibles para lectores, radioescuchas y televidentes, tan comunes y corrientes como los integrantes del discutible gremio.

El asalto a la razón es la imposición de la mentira y del sofisma como ardidés para la toma de poder. Es una mezcla de verdades y verosimilitudes maquinadas por ambiciosos y soberbios que se valen de las instituciones y utilizan a pequeños canallas y traidores, golpeadores, espías y desleales para timar incautos con la promesa de su redención.

Hace poco más de 22 años, Julio Scherer García me acendró la idea de que “el periodista es un cazador en permanente estado de alerta.”

En este espacio que no es, aunque parezca, una columna en el sentido habitual de la expresión, las presas serán las proclamas y los hechos de distintos ejemplares físicos y morales, privados y públicos, representativos de *El asalto a la razón*.

El siguiente es un listado de los “principales” trabajos realizados por Carlos Marín como reportero.

- 📁 Marín, Carlos. “Testigos del 68. Tlatelolco desde el edificio Chihuahua.” *Proceso*. No.48. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 3 de octubre de 1977.
- 📁 ————— “En la cárcel de Oblatos. ¿Motín explotadores o maniobras para liquidar activistas?” *Proceso*. No. 552. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 31 de octubre de 1977.
- 📁 ————— “Pese a negativas públicas hay pruebas. La Brigada Blanca existe y vive en el Campo Militar Número Uno.” *Proceso*. No.166. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 7 de enero de 1980.
- 📁 ————— “Echeverría-expresidente: Yo le dije a JLP, 4 meses antes del destape, que era el escogido.” *Proceso*. No. 232. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 13 de abril de 1981.
- 📁 ————— “Sin juicio aún, la jerarquía ya dio su fallo. Todo listo para que Juan Diego sea santo.” *Proceso*. No. 379. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 6 de febrero de 1984.
- 📁 ————— “Destierro, no es otra cosa, dice en Madrid el ex director de *Unomásuno*, Becerra Acosta. “Pagó directamente la Secretaría de Gobernación; recibí los dólares en la biblioteca de mi casa.” *Proceso*. No. 674. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 2 de octubre de 1989.
- 📁 ————— “Unomásuno: “de órgano independiente a órgano paraestatal.” Muñoz Ledo plantea en el senado: de dónde salió el dinero que recibió Becerra Acosta.” *Proceso*. No.675. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 9 de octubre de 1989.
- 📁 ————— “Tres horas de conversación con el postulador de la causa de Juan Diego. Y se hizo el milagro de la canonización.” *Proceso*. No. 699. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 26 de marzo de 1990.

- 📁 ————— “Juan Diego, beato nada más. El Papa recomendó la aceleración del trámite.” *Proceso*. No. 702. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 16 de abril de 1990.
- 📁 ————— “Fernando Benítez, “un padrino sin mafia”, repasa su vida con los intelectuales. *Proceso*. No. 807. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 20 de abril de 1992.
- 📁 ————— “En las declaraciones y en los hechos, las autoridades cayeron en la trampa de las contradicciones y la manipulación.” *Proceso*. No. 807. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 10 de enero de 1994.
- 📁 ————— “Desechó el gobierno los enfoques simplistas iniciales y decidió buscar la negociación.” *Proceso*. No. 898. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 17 de enero de 1994.
- 📁 ————— “El EZLN y su política de comunicación: formal en sus comunicados, chocarrera con los periodistas.” *Proceso*. No. 899. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 24 de enero de 1994.
- 📁 ————— “Desarrollo que no es de todos no es desarrollo; el reto para el gobierno es poner a los indígenas en el centro de sus prioridades: Beatriz Paredes.” *Proceso*. No. 902. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 14 de febrero de 1994.
- 📁 ————— “Oficialmente, el Papa no beatificó a Juan Diego; Schulenburg recoge las dudas de la congregación de los santos.” *Proceso*. No. 1022. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 3 de junio de 1996.
- 📁 ————— “La maquinación, la operación, la muerte, la autopsia y la identificación de Amado Carrillo.” *Proceso*. No. 1080. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 13 de julio de 1997.
- 📁 ————— “Disputa familiar por el legado de “El Tigre”: un emporio de 1,600 millones de dólares.” *Proceso*. No. 1081. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 20 de julio de 1997.
- 📁 ————— “Documentos de Inteligencia Militar involucran en el narcotráfico a altos jefes, oficiales y tropa del Ejército.” *Proceso*. No. 1082. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 27 de julio de 1997.

- 📁 ————— “Plan del Ejército en Chiapas, desde 1994: crear bandas paramilitares, desplazar a la población, destruir las bases de apoyo del EZLN...” *Proceso*. No. 1105. México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 4 de enero de 1998.
- 📁 ————— “Diferencias de carácter político, de estrategia, táctica y visión, terminaron en la escisión del EPR.” *Proceso*. No. 1130 México. Editorial Esfuerzo S.A. de C.V. 28 de junio de 1998.
- 📁 ————— “El informe del Ejército sobre la muerte de Lucio Cabañas.” *Milenio semanal*. 11 de diciembre de 2000.
- 📁 ————— “Comes y te vas. Fidel exhibió la traición de Fox. *Milenio diario*. 23 de abril de 2002.
- 📁 ————— “Respeto a la legalidad, no a la simulación: López Obrador.” *Milenio semanal*. 24 de mayo de 2004.

A N E X O 2

CUESTIONARIOS APLICADOS A LOS ENTREVISTADOS

1. Carlos Marín

- ¿Cuáles han sido los errores más importantes en su carrera profesional?
- ¿Cuál es su lema en la vida?
- ¿Cuál es su mayor cualidad y su mayor defecto?
- ¿Qué es lo que más aprecia en la vida?
- ¿Qué significa para usted la pareja?, ¿la familia?, ¿México?, ¿los amigos?, ¿los enemigos?, ¿la Política?, ¿la religión?, ¿el ejército?
- ¿Para usted qué es un insulto?
- ¿En qué momento de su vida profesional se ha sentido cobarde?
- ¿Cómo le gustaría morir?
- ¿Cuáles son los personajes históricos con los que se identifica?
- ¿Por qué quiso ser periodista?
- ¿Se arrepiente de no haber obtenido un título académico o lo considera innecesario para hacer su trabajo?
- ¿Cómo transcurrió su vida como estudiante de periodismo y por cuántos años lo hizo?
- ¿Quiénes eran sus maestros y quiénes sus compañeros en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García?
- ¿Cómo participó usted en el movimiento estudiantil de 1968 representando a su escuela?

- ¿Considera que le fue de utilidad asistir a una escuela de periodismo o aprendió más en las redacciones de los medios de información donde ha trabajado?
- ¿Cómo entró a trabajar al periódico *El Día*?, ¿cuánto tiempo estuvo ahí?, ¿quiénes eran sus compañeros y jefes en ese medio?; ¿cómo fueron sus inicios como reportero?, ¿cuáles son los principales trabajos periodísticos que realizó en *El Día* y los recuerda especialmente?
- ¿Cuál fue la importancia para su carrera haber participado en la elaboración de “El gallo ilustrado” y “El libro y la vida”, suplementos culturales de *El Día*?
- ¿Se salió de *El Día* para irse directamente a *Últimas Noticias*?
- ¿Cuál fue la situación por la que abandonó el periódico *El Día*?
- ¿Cómo convenció a Julio Scherer para que le diera trabajo?
- ¿En qué consistió su relación laboral con Regio Díaz Redondo, su jefe directo en *Últimas Noticias*?, ¿cómo puede caracterizar su trabajo en este periódico?
- ¿Cuáles fueron los principales obstáculos como reportero durante su estancia en *Últimas Noticias* y cómo los resolvió?
- ¿Cuál es su versión de la salida de un nutrido grupo de periodistas de *Excélsior*, entre ellos usted, el 8 de julio de 1976?, ¿cómo transcurrió ese día?
- ¿Cómo fue la gestación de *Proceso*?, ¿cómo fueron las reuniones de planeación y quienes participaron?, ¿cómo lograron reunir a diversos sectores sociales para que contribuyeran a la creación de la empresa?, ¿cómo se decidió el contenido del primer número de la revista?
- ¿Cómo hicieron para colocar a *Proceso* como el principal semanario político de México?; en términos generales ¿cómo confeccionaban cada número?
- ¿Cómo se caracterizaron esos 22 años y medio que permaneció en *Proceso*?
- ¿Por qué decidió abandonar *Proceso*?
- ¿Le disgustó que Scherer no lo haya nombrado a usted como su sucesor?
- ¿Cómo fue esa junta en donde designaron a Rafael Rodríguez Castañeda como nuevo director de *Proceso* y usted optó por salirse?
- Cuando se fue de *Últimas Noticias* de *Excélsior* dijo que no se deprimió porque no había estado ahí una gran cantidad de años. Sin embargo, a *Proceso* le entregó más de dos décadas de su vida, ¿esto si constituyó un golpe muy fuerte para usted?

- De entre las diversas propuestas de trabajo que tenía después de su renuncia a *Proceso*, ¿por qué eligió a *Milenio*?
- Durante muchos años desdeñó el género de la Columna, ¿a qué se debió que aceptara hacer una, primero semanal y luego todos los días?
- ¿Por qué bautizó su Columna como “El asalto a la razón”?
- ¿Recibió presiones de Marta Sahún de Fox para censurar o minimizar la información de *toallagate*?
- Si usted no había pensado en encabezar un proyecto periodístico, ¿por qué aceptó la dirección de *Milenio*?
- Desde que es director, ¿en qué consiste su rutina diaria?
- ¿Por qué decidió incursionar en la radio y la televisión?
- ¿Cómo fue su experiencia al realizar *Milenio TV*?
- ¿En qué consiste el mayor atrevimiento que tiene un periodista?
- ¿Cómo fue su relación con Julio Scherer durante su estancia en *Últimas Noticias de Excélsior*? ¿Y en *Proceso*?
- ¿Qué ha sido lo más importante que le ha aprendido al señor Scherer?, ¿y a Vicente Leñero?
- ¿En qué consiste su método de trabajo para hacer, por ejemplo, un reportaje como el de la Brigada Blanca?
- ¿Por qué fechó la entrevista con Manuel Becerra Acosta en Madrid y no en Bruselas, donde realmente se efectuó?, ¿por qué cometió esa imprecisión?
- ¿Algún o algunos de sus reportajes los realizó gracias a una filtración?
- Tener acceso a determinada información y a determinadas fuentes, ¿limitó su trabajo en algún momento? Es decir, ¿en alguna investigación no se topó con información que pudiera comprometer alguna de sus fuentes y decidió autocensurarse para que esas fuentes le siguieran proporcionando datos?
- ¿Qué pasa por su mente cuando alguno de sus trabajos periodísticos propicia la caída de funcionarios, la modificación de una institución o el desprestigio de determinada persona? ¿Hay una sensación de poder?
- ¿Le importa el reconocimiento público de su figura y de su trabajo?

- ¿Alguien ha intentado corromperlo? De ser así, ¿qué actitud ha tomado frente a esa situación?
- ¿Ha sufrido acoso, persecución o amenazas como consecuencia de su labor periodística?
- ¿En alguna ocasión le prohibieron algún tema o la publicación de algo mientras estuvo en *Proceso*?
- ¿Por qué decidió escribir un *Manual de periodismo* y ser profesor de periodismo?
- ¿De qué forma compaginaba su trabajo en *Proceso* con las clases que impartía?
- ¿Cuáles fueron sus experiencias en su etapa de profesor en la Universidad Iberoamericana?, ¿a quiénes recuerda entre sus alumnos?
- ¿En qué consiste su método de enseñanza?
- ¿Por qué ha podido impartir clases en el posgrado de la Universidad Internacional de Florida, si no posee un título universitario?
- ¿Cómo fue la experiencia de trabajar en las aulas con periodistas centroamericanos?
- ¿Por qué sólo dio clases un semestre en la FCPyS de la UNAM?, ¿qué le dejó esa experiencia?
- ¿Qué le aportó a su labor profesional formar parte de la academia?
- Haga un ejercicio de auto análisis y diga ¿cuáles son sus principales aportaciones al periodismo mexicano?

2. **Ciro Gómez Leyva**

- ¿Qué es lo que los estudiantes de periodismo debemos aprovechar de Carlos Marín?
- Debido a la información que ha dado a conocer Carlos Marín, ¿lo considera un periodista polémico?
- Desde su punto de vista, ¿cuáles son los principales trabajos periodísticos de Carlos Marín?

¿Cuáles son las diferencias más importantes del trabajo que Marín realizaba en *Proceso* y el que hace ahora en *Milenio*?, ¿qué es más valioso: lo que hacía como reportero o lo que ahora efectúa como columnista y directivo?

- ¿Cómo podría caracterizar la experiencia laboral que ha tenido con Carlos Marín?
- ¿Considera un acierto que periodistas como Marín compartan sus conocimientos como profesores en las aulas de las universidades?

3. Andrés Ruiz

- ¿Cuáles fueron las facilidades y los obstáculos de haber trabajado con Carlos Marín en *Proceso* y luego en *Milenio*?
- ¿En qué consistieron las diferencias laborales que tuvo con Marín?
- ¿A partir del retiro de Julio Scherer de la dirección de *Proceso*, comenzó la disputa por el poder dentro de la revista?, ¿qué papel desempeñó Marín en esta pugna?
- Cuando en 2001 ocurrió la marcha zapatista, ¿Marín se esforzaba para que la cobertura de *Milenio* no fuera favorable al EZLN?
- ¿Por qué decidió irse de *Milenio*, junto con Raymundo Riva Palacio, después del escándalo del *toallagate*?, ¿Marín quería ocultar o minimizar esa información?
- ¿Qué es lo más rescatable del trabajo de Carlos Marín?
- ¿Considera que Marín ha evolucionado en la realización de su trabajo periodístico?

4. Carlos Ferreyra

- ¿Cuándo conoció a Carlos Marín?
- ¿Cómo es Carlos Marín como compañero y amigo?
- En términos generales, ¿cómo podría caracterizar el trabajo de Carlos Marín?
- ¿Una cercana relación con determinadas fuentes, puede limitar la labor ética y profesional de un periodista?
- En *Los periodistas*, Vicente Leñero menciona que Marín fue quien dijo, después de abandonar *Excélsior*, que no fueran a buscar empleo a otras publicaciones, sino que formaran una nueva, ¿fue así?, ¿usted qué recuerda?

- Manuel Becerra Acosta sostenía que Marín era un *clown* de Julio Scherer, ¿concuerta usted con esta afirmación?
- ¿Qué tanto le ayudó a Marín haber sido reportero antes de convertirse en director?
- ¿Qué le parece el trabajo de Carlos Marín en la radio y la televisión?

5. Rafael Ocampo

- ¿Cuándo y por qué decidió trabajar con Carlos Marín?
- ¿Cómo se ha caracterizado su convivencia con Marín?
- ¿Cuál fue su experiencia al haber trabajado con Marín en *Proceso*?
- ¿Por qué optó por salirse de *Proceso* junto a Carlos Marín?
- ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de la labor periodística de Marín?, ¿y sus puntos débiles?

6. Froylán López Narváez

- ¿Cuál era la forma de trabajo de Carlos Marín mientras estaba en *Proceso*?
- ¿Cuáles son las características de la labor profesional de Marín que los estudiantes de Periodismo deberíamos retomar?
- ¿En qué consistió la “dirección colegiada”, de la que usted y Marín formaron parte, y cuáles fueron los principales obstáculos a los que se enfrentaron?
- ¿Cómo transcurrió aquella junta en donde nombraron a Rodríguez Castañeda como director de *Proceso* y Marín y usted decidieron irse de la revista?
- ¿Por qué, según usted, Carlos Marín debió ser el sucesor de Scherer en la dirección de *Proceso*?
- ¿Qué es lo que le ha criticado a la forma de actuar y al trabajo de Carlos Marín?
- ¿Usted invitó a Marín a dar clases en la FCPyS de la UNAM?
- ¿Cómo evalúa el trabajo de Carlos Marín como profesor, no sólo en la FCPyS sino también la Universidad Iberoamericana?

7. José Carreño Carlón

- ¿Cómo podría caracterizar al Carlos Marín principiante, ese que llegó a la redacción de *El Día* inmediatamente después de salirse de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García?
- ¿Cuáles fueron las cualidades y los errores que usted notó en el joven periodista Marín?
- ¿Cuál fue el contexto profesional, político y social en el que Marín se inició como reportero?

- ¿Qué es lo que usted ha criticado del trabajo de Marín?
- ¿Cómo evalúa el trabajo de Carlos Marín como profesor?

8. Roberto Velázquez

- ¿Cómo podrías retratar a Carlos Marín profesor?
 - ¿De qué materia era la clase?, ¿qué día era, cuánto duraba?
 - ¿Marín asistía todas las clases?
 - ¿Cuál era la tarea que dejaba?
 - ¿Qué fue lo que aprendiste principalmente en su clase?
 - ¿Marín te invitó a trabajar con él en *Proceso*?, ¿Cómo jefe era diferente a cuando era tu profesor?
- ¿Por qué decidiste salirte de *Proceso* junto A Carlos Marín?